



F



**LUCHANDO
EN LA SOMBRA**

por **FRANK MCFAIR**



San Bernardo, 68 - MADRID

COLECCION

F. B. I.

Números publicados:

- Núm. 1.—¡CULPABLE!, por Alf Manz. (2.^a edición.)
Núm. 2.—LA HORA GRIS, por Alf Manz. (2.^a edición.)
Núm. 3.—EL REY DEL HAMPA, por Fred Baxter.
Núm. 4.—EL COBARDE, por Alf Manz.

En preparación:

CONTRA SCOTLAND YARD.
ESPIAS EN LA NOCHE.
T A N G E R.

INTRODUCCIÓN

Cuatro hombres altos y fornidos se apearon de su automóvil, dejándolo estacionado en South Street, y se internaron por el muelle 15. Echaron una distraída mirada hacia un barco noruego que estaban descargando en aquel momento, y uno de ellos se acercó al oficial de Aduanas.

—Queremos ver al inspector —dijo concisamente.

El otro les echó una ojeada.

—No tengo inconveniente, amigos. Allí, a la izquierda —añadió, señalando hacia un pabellón pintado de blanco.

Los cuatro hombres torcieron hacia el pabellón, empujaron una puerta de vaivén y se encontraron en una habitación amplia, separada en dos por una especie de mostrador. Había allí varios empleados y una o dos personas, cuyo equipaje estaba siendo revisado.

—¿El inspector? —preguntó uno de los hombres.

—Allí —señaló una puerta que daba al interior—. Pero creo que está ocupado.

—Nos recibirá —gruñó el que hablara antes. Y los cuatro, en fila india, se dirigieron a la puerta. Daba a una oficina algo más pequeña, en la cual había una mesa, varias sillas y un par de archivadores metálicos. Un hombre en mangas de camisa, con los pies apoyados en la mesa, dictaba una carta a una muchacha pelirroja.

—¿Qué se les ofrece? —preguntó, lanzándoles una ojeada por encima de sus lentes.

Uno de los hombres sacó algo del bolsillo y permitió que el inspector de Aduanas le echase una rápida ojeada. Al mismo tiempo le hizo una seña imperiosa a la taquígrafa. Ésta, sorprendida, miró a su jefe.

—¿Polizones, eh? —preguntó el inspector—. Salga un

momento, Dolly.

Apenas la puerta se cerró tras la muchacha, uno de los cuatro policías, el que parecía llevar la voz cantante, se apoyó con ambas manos en el borde de la mesa.

—Queremos unos informes.

—Adelante, adelante. No sólo tengo que estar vigilando continuamente para que no me pasen contrabando, sino que encima he de contestar a todo el que desee preguntar algo. Bueno, díganme lo que sea. Tengo trabajo, por si no lo saben.

—Eso podrá esperar, amigo. Lo que queremos saber se refiere a un oriental.

—¿Un oriental? Los veo pasar a cientos por aquí. A miles, diría mejor. ¿Cómo lo quieren, amarillo, aceitinado, a rayas o con lunares? Digan, digan.

—Se cree gracioso, ¿verdad? —preguntó el policía—. Nos referimos a un japonés, si es que puede usted distinguir a un japonés de un tipo de Brooklyn.

—Seguro. Los de Brooklyn son mucho más incivilizados y menos corteses. Hablen.

—¿Cuándo es la última vez que dejó pasar a un tipo de éstos? Me refiero a uno que llevase en regla sus documentos.

—Si no lleva los documentos en regla, por aquí no pasa ni un ratón. Pueden decir eso en Centre Street. Quizá así se den cuenta del trabajo que tenemos.

—Este hombre no se fijó bien en la chapa, Jim —dijo otro de los policías—. Enséñasela otra vez. A no mejor así puede aprendérsela de memoria un tío tan listo como éste.

Volvió a brillar el emblema plateado a la luz que entraba por la ventana que daba al puerto. El inspector de Aduanas lo contempló con más atención.

—¡Ah, bueno! Podían haber empezado por ahí, muchachos. Que me maten si me imaginé siquiera que eran del F. B. I.

—su voz se había tornado perceptiblemente más amable—. ¿Ocurre algo con el Fisco, amigos?

—Nada que se refiera a contrabando común —respondió el llamado Jim—. Háblenos del japonés ese.

—Déjenme recordar... —El inspector se puso en pie, con las

manos en los bolsillos, agitando la calderilla que llevaba en ellos—. ¡Ajá! Fue hace un par de semanas.

Los policías se miraron unos a otros muy interesados, y luego, de común acuerdo, volvieron la vista hacia el inspector.

—Sí, eso es, hace un par de semanas. Uno de mis muchachos fue precisamente el que atendió a todo.

Tocó un timbre y apareció un ordenanza.

—Que venga Welles —ordenó el inspector.

Un momento después, un hombre joven, de cabellos rubios, entró en el despacho.

—Estos amigos son del

F. B. I.

—le dijo el inspector—. Están averiguando algo sobre el japonés que desembarcó hace dos semanas de aquel barco brasileño. ¿Lo recuerdas?

—Cómo no. ¿Qué es lo que quieren saber?

Jim se encaró con él.

—Primero de todo, cuáles eran sus señas personales. ¿Lo recuerda?

—Creo que sí. Era un hombre de baja estatura y de un color muy pálido. Iba completamente afeitado y tenía unas entradas muy grandes en las sienes.

Uno de los policías estaba tomando notas según hablaba el muchacho. Jim esperó a que el otro acabase, y luego volvió a preguntar:

—¿Y el equipaje?

—Pues el corriente. Un par de maletas y un baúl. No había nada en ninguno de ellos. ¡Ah!, y...

Los cuatro agentes se inclinaron ansiosamente hacia él.

—¿Y...? —preguntó Jim.

—Nada, una tontería. Traía bajo el brazo, sin dejárselo al mozo, una caja de cuero muy larga. Parecida a las que emplean los músicos para guardar las trompetas, pero mucho más larga y más estrecha. Cuando le pregunté lo que llevaba en ella me dijo que era una cosa que una compañía de ventas había pedido. Como es natural, hice que la abriesen.

—¿Y...? —volvió a preguntar Jim. El lápiz del agente que tomaba notas corría rápidamente sobre la libreta de apuntes.

—Pues tenía razón.

—Pero ¿qué era, demonios? —exclamó otro de los agentes sin poderse contener. El joven Welles le dirigió una mirada de reproche.

—Espere un poco, amigo. Tengo que contarle todo, ¿no es así? —preguntó al inspector.

—Claro, chico. Adelante.

—Se trataba de una espada.

Una exclamación de alivio brotó instantáneamente de las cuatro abiertas bocas de los agentes.

—Eso es algo, compañero. Descríbanos esa espada.

—Pues una espada, como tantas otras, sólo que sin filo. No sé para qué demonios podría servir un arma así; pero el japonés me dijo que era una muestra del arte oriental y que la compañía de ventas la subastaría dentro de una cierta cantidad de tiempo. Hay gente, ya lo saben, que paga un montón de dólares por esas estupideces que no valen ni el trabajo de fabricarlas.

—Al grano, Welles —intervino el inspector—. A estos muchachos no les interesan tus opiniones particulares.

—¿Dijo él que era muestra del arte oriental? —preguntó Jim.

—Claro. Era una cosa muy vieja, o al menos lo parecía. Al examinarla, el perito vio que la empuñadura era de oro, con signos raros grabados en ella. La hoja, de acero, de acero muy bueno, pero muy viejo y ya bastante gastado. Pero esas cosas, ya lo saben; se simulan muy bien. En fin, le hicimos pagar y le dejamos marchar.

—Supongo que conservarán una copia del informe que hiciera el perito, ¿no es así? —preguntó Jim.

—Aún no nos tienen que enseñar los del

F. B. I.

a hacer nuestro trabajo —gruñó el inspector—. Welles, dales una copia. Y ¿se puede preguntar por qué tanto interés en esa... espada o lo que demonios sea?

—Lea los periódicos —refunfuñó Jim—. A lo mejor se entera por ellos, y a lo mejor, no. Cuestión secreta, ¿sabe?

—Y otra cosa —añadió el policía que tomaba notas—. No abran la boca sobre todo en este asunto, si no quieren tener encima de ustedes al

F. B. I.

No digan ni una palabra.

—Todos trabajamos para el Gobierno, ¿no? —preguntó amoscado el inspector—. Yo saco dinero a los que quieren entrar en el país, y ustedes se lo gastan, añadiéndole, además, el de los contribuyentes. Estamos en paz. Y no abriremos la boca, si es eso lo que quieren. Ya lo has oído, Welles. Córtate la lengua.

Welles buscó el informe en uno de los archivadores y se lo tendió a los agentes.

—Ahí tienen todo.

—Una cosa. ¿Dio el japonés el nombre de la agencia de ventas?

—Ahí está apuntado, amigos. No crea que nos dormimos.

—Está bien, hombre. ¡Ah!, bueno. Quizá tenga que declarar alguno de ustedes. Lo más probable es que no, pero estén preparados por si acaso.

—Procure que sea en día de trabajo, agente. No me gustaría que me fastidiasen un «week-end».

Los cuatro policías salieron al muelle de nuevo. Cruzaron South Street, y se introdujeron en el coche.

—Haz ladrar la sirena, Reed —dijo Jim al chófer—. Tenemos prisa.

El coche arrancó a velocidad suicida, y enfiló aullando la calle de Fulton para alcanzar Broadway. Ya en la avenida, aumentó la marcha hasta que el indicador alcanzó las sesenta millas. En el cruce de la calle de Nassau, aminoró mientras el agente de circulación cerraba el tránsito. Luego, el chófer tomó decididamente por Centre hasta detenerse con un chirrido de los frenos delante del edificio de la Policía.

Jim se apeó seguido de sus hombres, y atravesó casi a la carrera los pasillos repletos de gente. En una puerta, marcada con el número 221, se detuvo y llamó con los nudillos. Una voz le autorizó a pasar.

Era una oficina amplia, pero amueblada con gran sencillez. Un hombre de cabellos canos se hallaba sentado ante una mesa y revolvía un grueso legajo. Alzó la vista.

—¿Qué hay, Jim? —preguntó.

—Lo encontramos, jefe —pasaron dentro los cuatro y se quedaron en pie, mientras Jim hablaba.

—¿De veras? Eso son buenas noticias. Hable.

—Fuimos muelle por muelle, jefe, hasta que en el número quince encontramos lo que quería usted. Un japonés pasó hace dos semanas, con todos los documentos en regla y una caja en la que llevaba una espada. La declaró, pagó por ella y se marchó. Eso es todo. Aparte, claro, de las señas personales y el informe de los aduaneros. Aquí está.

Y le tendió las hojas escritas a máquina. El hombre de los cabellos grises les echó una rápida ojeada mientras le brillaban los ojos.

—Buen trabajo, Jim, Y rápido, por cierto. Hay que empezar a trabajar en esto enseguida.

—A sus órdenes, jefe. ¿Empezamos por la compañía de ventas?

El inspector-jefe Hoggar le miró especulativamente.

—Esto es algo más complicado de lo que se cree, Jim —quedó un momento silencioso, se puso en pie y se asomó a la ventana. Desde allí divisaba una amplia perspectiva de la calle Broome y parte de Broadway—. Vamos a necesitar gente un poco especializada —dijo sin volverse. Jim hizo una mueca.

—Usted dirá, señor.

—¿Se acuerda de Bedloe, Jim?

—Claro que sí, señor. Estuvimos juntos en Quántico. ¿De veras será necesario, señor? Ya sabe que...

—Lo sé, lo sé, Jim. Bedloe es un poco... especial en su trabajo; pero también es el único que puede seguir este asunto hasta el final. Escuche, Jim, y escuchen todos ustedes. No crean que se trata aquí de un simple negocio, sin más trascendencia que una defraudación del Fisco o el asesinato de un personaje importante. Es algo más profundo y que requiere todas nuestras energías y nuestra inteligencia. Nos estamos enfrentando con algo que puede atañer al país entero. A todo el país —añadió pensativamente.

—Pero, Bedloe... —insistió Jim, moviendo de un lado a otro la cabeza—. Cada vez que me acuerdo del caso aquel de la muchacha griega...

—Ya le dije que conozco a Bedloe —interrumpió Hoggar—. Cuando él empieza un trabajo lo acaba, cueste lo que cueste, y si es necesario, sin fijarse demasiado en que los métodos para conseguirlo sean... demasiado legales o no. Pues bien, ése es el

hombre que necesitamos.

—Bien, jefe. Entonces, ¿hay que llamarlo? —preguntó Jim, vacilante.

—No se preocupe de eso, muchacho. Yo lo haré. Y una cosa. Estén ustedes preparados para colaborar con él. En todo momento. ¿Me han comprendido?

—Desde luego, señor; si eso es tan importante como dice...

—Lo es. —Hoggar cogió el teléfono y marcó un número.

—Póngame con Washington —dijo al operador—. Con el Nacional 7117 —esperó unos instantes. Luego—: ¿7117? ¿Secuestros? —preguntó—. Aquí, Nueva York, ciudad, Centre Street. Quiero hablar con el agente principal Thomas Bedloe. Procure ponerme cuanto antes con él.



POR QUÉ SE HA IMPUESTO LA COLECCIÓN

F. B. I.

*Porque es un género novelesco inédito
hasta ahora en el mundo entero.*

I



NO de los hombres era de elevada estatura, de anchos hombros y estrecha cintura. Los ojos grises, la nariz aguileña, la boca firme y el mentón decidido, le daban extraña semejanza con un pájaro de presa. El otro, que caminaba a grandes zancadas a su lado, era casi tan alto como él, pero un poco más delgado. Iba descubierto y su cabello, del color de la paja, revoloteaba a la ligera brisa de octubre. Tenía los ojos muy azules, de un extraño color desvaído y los pómulos muy salientes.

Se apearon de un coche, dejando el vehículo estacionado en el aparcadero de Centre Street y atravesaron la calle hasta encontrarse dentro del edificio. Un guardia uniformado les detuvo.

—Buscamos al inspector Hoggar —dijo el primero de ellos—.

Nos está esperando. Mi nombre es Bedloe, Thomas Bedloe.

—Oficina 221 —dijo el guardia, señalando con el pulgar hacia Tino de los corredores.

Los dos hombres se encaminaron en la dirección que les indicaba, mirando los números de las puertas.

—Aquí es —dijo Bedloe, deteniéndose. Sin llamar siquiera a la puerta, la abrió y se introdujo en el despacho de Hoggar. Éste dejó de escribir y los miró. Se puso en pie.

—Me alegro de volverle a ver, Bedloe —dijo, tendiéndole la mano. El Agente Principal se la estrechó en silencio—. Bien, ha sido usted rápido.

—Tomamos el avión —dijo Bedloe—. Ya me supuse que cuando me llamaba sería por algo importante. Estoy acostumbrado a salir corriendo cuando recibo un aviso. Por regla general —añadió, sonriendo.

Hoggar miró curiosamente al compañero de Bedloe.

—Solamente le avisé a usted —recordó.

—Creí que conocía ya a Stan Katzinsky —dijo Thomas—. Trabajamos juntos desde hace algún tiempo.

El nombrado extendió una mano larga y delgada, sin sonreír siquiera. Sus pupilas no parecían fijarse en ninguna cosa en particular; pero el inspector-jefe Hoggar no pudo reprimir un escalofrío. Aquellos ojos eran apenas los de un ser humano. Le hacían evocar, sin querer, a los de un animal salvaje.

Bedloe se sentó en una, silla, al otro lado de la mesa del inspector. Sacó un paquete de cigarrillos y encendió uno. Por encima de él, la mano de Stan se alargó y cogió otro.

—Bien —dijo Hoggar, dejándose caer en su sillón—. Me imagino que no tendrá ni idea de por qué le he hecho llamar.

—No se nos suelen decir las cosas hasta que tenemos que intervenir de lleno en ellas —objetó Bedloe, sonriendo—. Casi siempre tenemos que terminar lo que otros empezaron y no pudieron concluir. No crea que es fácil nuestro trabajo. ¿No es verdad, Stan?

—Así es —respondió el otro. Tenía una voz ronca, tan extraña como sus ojos. No dijo más.

—Bien —repitió Hoggar, mirándole con curiosidad—. Creo que tendré que ponerle en antecedentes y hacer un poco de historia

antes de que empiecen a trabajar. No necesito decirles que esto es una cuestión de importancia fundamental para toda la nación.

—Lo que se nos encomienda casi siempre suele ser de «importancia fundamental para el Gobierno» —dijo Thomas Bedloe—. No se preocupe, inspector, y siga adelante.

El inspector observó a ambos pensativamente.

—Hace dos días recibimos una notificación de... bueno, de una persona que trabaja para nosotros. Dicha persona se encuentra actualmente en el Japón. Se puso en contacto con un agente de la Inteligencia Británica, y éste se encargó de transmitirnos el mensaje, ya que él no podía hacerlo. Ésta es la causa de que el mensaje se haya retrasado tanto. De lo contrario, hubiéramos podido tenerlo en nuestro poder al día siguiente de haber sido expedido. ¿Me siguen?

Bedloe asintió con la cabeza.

—El mensaje se refería a que un noble japonés, el marqués Takaza Hori, embarcaba en Río de Janeiro con rumbo a Nueva York. Esto, en sí, no tendría gran importancia, si no fuera, porque dicho noble llevaba consigo una espada.

—¿Una espada? —preguntó Bedloe, haciendo un visaje de extrañeza.

—Una espada, sí. Mejor dicho, un sable. Verán, les explicaré un poco todo esto, que parece un embrollo. Todos estos datos los hemos conseguido del Instituto Orientalista de los Estados Unidos.

«En el siglo XVI hubo en el Japón un Shogun, que, mediante sus propios esfuerzos, logró llegar desde palafrenero hasta ese importante cargo. ¿Saben ustedes lo que es un Shogun?».

—Tengo una cierta idea —contestó Bedloe, encendiendo un nuevo cigarrillo—. Eran generalísimos del Japón, ¿no? Una especie de secretario de Defensa con muchas más atribuciones.

—Exacto —respondió Hoggar—. Pues el tal Shogun —miró los papeles que tenía delante de sí—. Taiko-Sama se llamaba; tuvo una vida bastante inquieta. Dominó completamente el país, según la costumbre de entonces de no concederle al emperador más que la representación espiritual del Imperio. Libró batallas con todos los pueblos vecinos, y llegó incluso a conquistar Corea. A la vuelta de esta campaña le sorprendió la muerte, y en el momento en que llegaba el fin, pronunció unas palabras extrañas. Y digo extrañas porque se referían a su sable.

»En fin, para no cansarlos más, les diré que ese sable, el arma favorita de Taiko-Sama, fue considerado desde entonces por los hijos del Sol Naciente como una cosa tan sagrada como el culto a los antepasados. Uno de los historiadores del almirante Perry habla de él en sus memorias, y dice que lo conservaban como una reliquia en un castillo fortificado que los descendientes del Shogun tenían en Kobe. Extrañas leyendas corrían entre los nobles acerca del arma; pero ya saben ustedes lo que son esos orientales. No dejan que los europeos ni los americanos se enteren de algo que creen sólo les concierne a ellos.

»En definitiva, nuestro agente, ayudado por otro de la Inteligencia, se enteró, casi por casualidad, de que una de las leyendas acerca del sable de Taiko-Sama estaba tomando “forma” y “cuerpo”. Es decir, que se había formado una de esas “Sociedades Secretas” japonesas, cuyo nombre era “Sociedad del Sable” y cuyo presidente era el marqués Takaza Hori, el mismo de que nos estamos ocupando. Y que, si ese sable simbólico era llevado a algún otro país, significaría que la “Sociedad” empezaría a trabajar bajo cuerda para conseguir que todo japonés que habitase en ese país se uniera a ella, con vistas, claro está, a la anexión por parte del Imperio. ¿Comprenden?».

—Creo que sí —dijo Bedloe con los ojos brillantes e inclinándose sobre la mesa. Aplastó contra un cenicero la colilla del cigarro e invitó a Hoggar a continuar con un gesto de la mano. Stan Katzinsky no se había movido de su sitio, junto a la puerta; pero también él parecía atender curiosamente.

—Pues bien. Nuestro agente nos dijo que el sable había sido llevado primeramente al Brasil, donde ya saben ustedes que hay un importante contingente de ciudadanos de origen japonés. El hombre perdió el rastro, mientras intentaba ponerse en comunicación con nuestros agentes del Brasil, y no pudo más que avisarnos lo más rápidamente posible cuando se enteró de que el marqués Takaza partía de Río para venir aquí, a Nueva York. Y esto, señores, es todo o casi todo. Quiero decir que si el «Sable del Shogun» está en los Estados Unidos, tendremos disgustos.

—Si esos mamarrachos amarillos quieren jaleos con nosotros, los van a tener —dijo inopinadamente Stanislaw Katzinsky rompiendo su mutismo—. No creo que se atrevan con América. Los barreríamos

de un solo escobazo.

—Ojalá —dijo Hoggar—. Pero el Gobierno está intranquilo. Hay aquí, en Nueva York, algunos miles de japoneses naturalizados, otros americanos de nacimiento y otros emigrantes. Eso quiere decir que el marqués encontraría buen campo para empezar. Pero, imagínese por un momento que ese individuo llegase a San Francisco. Imagínese que California mantiene a cerca de doscientos mil trabajadores japoneses. Allí hay ambiente abonado.

—Entonces —dijo Bedloe—, nuestro trabajo consiste en encontrar ese sable y al que lo lleva y procurar que no vayan hacia el Oeste, ¿no es eso?

—Exacto. Pero recuerden que el Gobierno de los Estados Unidos no tiene ningún interés en ponerse enfrente del Japón. Las cosas hay que hacerlas en silencio y... bien.

—¡Oh, si es por eso!... —dijo Bedloe. Sonrió, enseñando los dientes—. No creo que haya peligro.

—Todo muy silencioso —añadió Stan con una mueca—. Nadie se enterará hasta que...

Thomas le dio un empujón mientras se ponía en pie.

—Silencio, «Carnicero». Al inspector Hoggar no le interesa cómo vayamos a hacer el trabajo. Lo único que quiere, es que se haga, ¿no es así?

Hoggar dudó un momento.

—Bien... eso es... cosa suya, Bedloe. Solamente que quería decirle que no pongan en compromiso al

F. B. I.

Cuando tengan algo duro que hacer, consulten, si es posible. No les pondremos trabas, pero tampoco queremos que algún senador nos escale en el Congreso. Ya saben: «los brutales métodos de la Policía», y todo lo demás. Hay gente que, retrepada en un cómodo sillón, cree que nuestra labor es fácil.

—A veces no se puede perder el tiempo en consultar a las autoridades sobre si una forma de hacer las cosas es buena o no —dijo Bedloe, poniéndose el sombrero—. Hay que obrar rápido, y eso está reñido con las buenas maneras. Bien, míster Hoggar. Denos usted los informes completos.

El inspector les tendió el informe de la Aduana y otras cuantas hojas escritas.

—Léanlo todo con cuidado. Donde primero han de...

—Seguro, seguro, señor. Bien, hasta la vista. Procuraremos tener contacto con usted, pero no le aseguro que ese contacto pueda ser muy frecuente. Y no nos gustaría que se supiera por ahí quiénes somos.

—Descuiden. Cuando necesiten algo, telefoneen aquí —dijo entregándoles un papelito con un número y una cifra—. Habrá siempre uno o dos de mis hombres en espera de sus noticias. Y si se encuentran en un lío...

—Saldremos de él, a ser posible, solos —dijo Bedloe dirigiéndose a la puerta—. Hace ya algún tiempo que aprendimos a movernos sin andaderas.

Un momento después estaban en la calle. Se dirigieron al coche de Bedloe, y Stan cogió el volante.

—Guía a poca velocidad, Stan —le advirtió Thomas—. Quiero echarles una ojeada a estos papeles.

Mientras el otro arrancaba, púsose a leerlos, y lanzó un silbido.

—Mira, aquí dice que el sable venía destinado a una compañía de ventas. Supongo que es ahí donde primero hemos de mirar. Claro que no creo que esos individuos vayan a haber sido tan imbéciles como para pensar que no se había de investigar ese detalle.

—A la mejor no saben que andamos detrás de ellos —dijo Stan—. A lo mejor creen que han engañado a nuestros agentes del Japón y del Brasil.

—No seas absurdo, «Carnicero». Los amarillos no son tan idiotas. Tienen algo debajo del pelo, no te quepa la menor duda. Seguramente, que todo esto de la agencia de ventas no es más que pura tramoya para ocultar las cosas.

Siguió leyendo mientras su compañero conducía por la calle Lafayette para alcanzar la calle Catorce Este. Había allí una pensión barata, en la que se alojaban siempre que tenían que residir temporalmente en Nueva York. La patrona creía que eran viajeros de comercio.

—No —dijo de pronto Bedloe—. Vamos a echarle un vistazo a esta Compañía Marlowe de Ventas, Ltd., Leroy Street, número cinco, al lado de la Séptima Avenida. ¿Sabes dónde es?

—En Greenwich Village, ¿no?

—Sí. Y date prisa. No te olvides de que tenemos que comer aún.

El «Carnicero» puso el pie en el acelerador y lanzó el coche por la calle Houston. A su lado, Bedloe fumaba pensativo.

—Un sable que tiene cuatrocientos años de antigüedad... Debe ser uno de esos bellos trabajos orientales como ya no se hacen.

—La única clase de belleza que me interesa es la que empieza en una melena rubia y termina en un par de tacones altos. Creo que es por aquí.

Leroy Street, número cinco era una casita de dos pisos bastante vieja. Hacía mucho tiempo que no se revocaba la fachada, y su aspecto dejaba bastante que desear. Se apearon y entraron por un portalón enorme. Un hombre bajito, en mangas de camisa, les salió al paso, sosteniendo una escoba con la mano izquierda y rascándose los dientes con un palillo de madera.

—Queremos ver a míster Marlowe —dijo Bedloe—. ¿Dónde está?

—En su despacho, en la planta alta. ¿Van a comprar algo?

—A usted, si nos lo dan barato —repuso el «Carnicero» siguiendo a Thomas por la escalera.

A la izquierda del «hall» donde estaba el hombre de la escoba se veía un amplio salón que debía servir para las subastas. Los dos agentes se detuvieron ante una puerta de cristales esmerilados, en los que había un nombre: «H. Marlowe», y debajo, la palabra «Privado».

Bedloe llamó con los nulillos. Una voz les invitó a pasar. Míster Marlowe era un hombre de unos sesenta años, vestido con afectado atildamiento.

—Me llamo Holt —dijo Bedloe después de estrecharle la mano —, y represento a un coleccionista de arte, míster Martin. Habrá oído usted hablar de él, ¿no es así?

—Martin... Martin... No recuerdo. Y es extraño porque suelo conocer a todos o casi todos los coleccionistas de arte de la ciudad. En fin, díganme lo que quieren.

—No es extraño —dijo Bedloe—. Se trata de un coleccionista particular, que casi no figura en ninguna venta ni compra. Pero siente decidida pasión por las muestras de arte oriental.

—Ajá —dijo el otro sin comprometerse a nada.

—Y se ha enterado por un amigo suyo que había recibido usted un arma bastante antigua, de origen japonés. Aunque quizá no...

Míster Marlowe se puso en pie.

—Caballeros, llegan ustedes en el momento oportuno. Ha habido una extraña confusión con respecto a ese objeto. Vengan conmigo, por favor.

Salieron de la oficina y penetraron en un vasto almacén, repleto de chismes amontonados unos sobre otros. Había allí muebles, porcelanas, cornucopias, en fin, una heterogénea mezcolanza.

—Esto parece un museo —hizo notar Stan mirando curiosamente a su alrededor. Míster Marlowe se dirigió hacia uno de los rincones y cogió un alargado estuche de cuero. Volvió hacia ellos, y se lo enseñó.

—Aquí lo tienen —abrió el estuche y les mostró un sable de acero muy desgastado con pomo y guarniciones doradas.

—Verán ustedes que el trabajo parece muy antiguo, ¿verdad? Bueno, pues sin preciarme de ser un conocedor perfecto de manufacturas orientales, me di cuenta enseguida de que el sable no tenía tantos años de existencia como quisieron hacerme creer. Naturalmente, sabrán ustedes que siempre (y lo digo sin falsa modestia) me he distinguido por la seriedad en mis subastas. No podía, por tanto, proponer la compra de esto sin hacerlo objeto de un peritaje. Y mi primera impresión resultó ser la cierta. Este arma no tiene más de cincuenta años de antigüedad.

—Muy curioso —dijo Bedloe suavemente—. Muy curioso —sacó su chapa de agente del bolsillo y permitió que el otro la viese—. No hay tal coleccionista.

—Policía Federal —dijo míster Marlowe, y lanzó un silbido de sorpresa—. Bien, ¿qué andan buscando ustedes?

—La procedencia de ese sable. Explíquenos cómo lo consiguió, quién se lo trajo. Todo, en fin.

—Vengan a mi oficina.

Les ofreció asiento y encendió un cigarro, después de tenderles la caja en que los guardaba. Ambos rehusaron.

—Pues, verán. Hace unos días, casi un mes, para ser exacto, un hombre me dijo que un amigo suyo, un japonés, deseaba subastar, con la menor cantidad posible de publicidad, un sable que había pertenecido a un noble imperial. Le dije que, en efecto, podía hacerme cargo del asunto, y me dieron la fecha en que me traerían el objeto. El día fijado el mismo hombre vino a esta oficina,

acompañado de una mujer, y me dejaron eso. Ya les dije que empecé a sospechar casi enseguida de la poca antigüedad del objeto. Y ahí para todo. Como no sé las señas de ese hombre, ya que por lo visto se olvidó de dejármelas, decidí guardar el sable hasta que vinieran a buscarlo. Pero, naturalmente, no pensaba subastarlo.

—Bien. —Bedloe y Stan se pusieron en pie—, míster Marlowe, creo que nos ha dicho usted la verdad; pero que Dios le ampare si nos oculta algo. No olvide que con los Federales no se juega.

—Les doy mi palabra de honor, señores... Yo siempre he sido honesto en mis negocios, y jamás me he visto mezclado en algo que el Gobierno...

—Está bien, está bien. Otra cosa: ¿puede usted disponer de un mensajero?

—Sí, señor.

—Bueno, mejor será que no. Haga usted el favor de entregarnos el arma. Le daremos a usted un recibo, pero ese sable tiene que ir a los peritos del

F. B. I.

No se preocupe, que cuando ellos hayan acabado, se le devolverá. Y si el hombre que se lo trajo volviese por aquí, procure entretenerlo. No tiene más que avisar a este teléfono —le dio un número—, y al cabo de cinco minutos tendrá aquí a los agentes. Procure entretenerlo.

—Sí, caballeros. Lo haré con mucho gusto. Yo siempre he ayudado al...

—Describanos a ese hombre —dijo de pronto Stan, inclinándose sobre míster Marlowe y mirándole fijamente. El hombre empezó a sudar bajo la observación de aquellos ojos glaucos.

—Pues era un tipo alto, de pelo muy negro y ojos oscuros. El... pelo, muy rizado. Y tenía una cicatriz en la cara.

Los dos agentes cambiaron una mirada.

—¿Dónde estaba esa cicatriz? —volvió a preguntar Katzinsky.

—En la frente, le llegaba hasta la ceja. Le daba un aspecto muy raro.

—Hemos acabado, míster Marlowe —dijo Bedloe—. Ahora denos el sable.

—Sí, señores. Y supongo que de esto no debo decir... nada, ¿no es así?

—Más le vale, claro —dijo Stan con un tono helado.

Dos minutos más tarde ambos estaban en la calle, llevando el alargado estuche bajo el brazo. Se metieron en el automóvil.

—¿A comer? —preguntó el «Carnicero».

—Aún no —suspiró Bedloe—. Tenemos que ir a Centre Street otra vez. Quiero que examinen ese sable cuanto antes. ¡Vaya! De manera que nuestro viejo amigo Peter Vane está metido en el embrollo... La cosa empieza a ponerse interesante.

—La descripción le cuadra perfectamente. No me va a molestar mucho ponerle las manos encima a ese chacal.

—Ahora, lo que necesitamos saber es dónde se le puede encontrar. ¿Te acuerdas de

«Morelo's»?

—¿Desde cuándo se me olvida a mí un bar? Y eso me recuerda que hace más de tres horas que no bebo un maldito trago. Así no se puede trabajar, Tommy.

—Pronto lo conseguirás, «Carnicero». Pienso que nos daremos una vuelta por

«Morelo's»

esta tarde. Depende de las noticias que saquemos de la Jefatura.



¡CULPABLE!, 1.^a edición. (Agotada.)

» 2.^a edición. (Agotándose.)

LA HORA GRIS, 1.^a edición. (Agotada.)

¡Este es el triunfo de la Colección

F. B. I.

II



L

«Morelo's»

se hallaba situado en la calle Cincuenta Oeste, al lado del Roxy y del hotel Taft. Era un «*cabaret*» de lujo regentado por un italoamericano, que pagaba escrupulosamente sus impuestos por el aspecto legal del negocio. En cuanto al ilegal, el juego, eso ya era otra cosa. De todas maneras, los clientes procuraban ser discretos, en lo posible.

Bedloe y Stan penetraron en el local al filo de las ocho. En la pista de baile danzaban lánguidamente algunas parejas, ya que las atracciones no empezaban hasta las diez. Las mujeres eran damas ya entradas en años y muy enojadas. Los bailarines, gigolos profesionales.

Bedloe echó una ojeada rápida y se dirigió al mostrador.

—Dos ginebras dobles —pidió. El mozo le contempló con atención un momento y se fijó preferentemente en sus anchos hombros.

—Enseguida, amigos —dijo. Y se volvió para atender a un hombre vestido de etiqueta, que se había acercado dando traspiés.

—No acabo de entender —dijo Stan— por qué esos tipos se han tomado tanto trabajo para traer desde el Japón un sable que perteneció a no sé cuánta gente ilustre y luego se lo dejan abandonado de cualquier manera en una oficina de ventas, que sería lo primero que visitase la Policía. No son muy listos, digo yo.

—Exacto. Dices tú. Si te tomaras el trabajo de pensar un poco verías que lo único que querían ellos era hacer entrar ese sable simbólico en el país. Para ello, hicieron toda la tramoya de la oficina de Marlowe. Pero ahora resulta que el sable que éste tiene no es el verdadero, no debe serlo al menos. ¿Qué puede uno pensar? Vamos, Stan.

—No puedo meditar si no me traen esa ginebra. ¡Eh, pies planos! ¿Están destilando la ginebra, o qué?

—Enseguida, amigos —respondió el otro, imperturbable.

—Me carga ya con tanto «amigos» —dijo Stan fríamente—. Bien, sigue tu razonamiento. Querían meter el arma en el país.

—Bien vas. ¿Cómo te explicas que entrase un sable que todo el mundo cree genuino, y en cambio, siguiéndole la pista nos encontramos con que es una especie de falsificación?

—Cambiazó.

—Exacto. El sable que el marqués Hori desembarcó no es el que tiene Marlowe. Me juego la paga de un mes.

El «barman» volvió con una botella y dos copas.

—Su ginebra, amigos —dijo—. Un dólar.

—Nos confunde, chico —dijo Stan sin cambiar de expresión, mirando al otro fijamente—. Nos olvidamos nuestros trajes de etiqueta en casa, pero «no» somos amigos suyos. ¿Lo olvidará, o tendré que recordárselo?

La extraña mirada de los claros ojos achicó perceptiblemente al «barman» Stan Katzinsky recibió su apodo de «Carnicero» entre los agentes federales por la poca importancia que concedía a la vida humana en general. En un Cuerpo compuesto por hombres tan

duros como los del

F. B. I.,

él descolló inmediatamente, por ser aún más duro que ellos. Para él, sacar el arma y disparar era una cosa tan natural como respirar o beberse un vaso de «*whisky*». Si Stan no hubiese ingresado en el Cuerpo hubiera sido un «gangster». De eso estaban completamente seguros sus jefes. E incluso había tenido algunos disgustos con ellos por su excesiva afición a matar.

—No hay que ponerse así —rezongó el hombre. Y se retiró a servir a otro cliente.

El salón se iba animando. Poco a poco iban llegando grupos de personas que ocupaban las mesas del borde de la pista, guiadas por el obsequioso camarero mayor. Stan lanzó de pronto un pequeño silbido de sorpresa.

—Caramba —dijo—. ¡Qué lástima que siempre que encontramos algo que vale la pena resulte que estamos de servicio!

—¿Es rubia o morena? —preguntó Bedloe, sin separar la vista del espacio que quedaba libre detrás del mostrador. Aquel espacio, ya lo sabía él, conducía a las oficinas privadas de Morelo.

—Rubia. Y tan bonita que haría olvidarse al rey de Siam de sus trescientas mujeres para dedicarse a hacerle la corte.

Bedloe se volvió y miró en la dirección que seguían las pupilas de su compañero. Una muchacha alta. —Bedloe le calculó por lo menos cinco pies y medio—, rubia y de ojos azules inmensos, avanzaba por entre las mesas. Llevaba un vestido de noche, que revelaba la mano de un modisto francamente bueno y que le sentaba como un guante. Por encima, una corta capa de piel. Sintiendo que se le aceleraba el pulso, Tom se dijo que su compañero no había exagerado nada. Pero al mismo tiempo, sintió la extraña sensación de que ya había visto aquellas facciones antes. Thomas Bedloe tenía una memoria fotográfica, que nunca le engañaba. Aquellos rasgos le eran conocidos.

—Cuando ve uno a esa muchacha, se pregunta qué ha estado uno haciendo hasta ahora. No parece real. Y anda como deben hacerlo las hadas, si es que las hadas pueden llegar a ser tan bellas —comentó Stan poniendo cara sentimental. Esto, en él, equivalía a decir que sus facciones adquirieron la rigidez de un ídolo maya.

—Yo he visto antes esa cara —dijo Tom pensativo, observando

cómo la joven atravesaba el local y penetraba, siempre precedida por el camarero, en el interior, hacia donde se encontraban las salas de juego.

—¿De veras? ¿Y cómo es que no estás enamorado, entonces?

—Debió ser una fotografía. Sí, estoy seguro de que era un retrato. Déjame pensar... No, no logro acordarme. Pero me acordaré, seguro.

—Bien, parece que Peter Vane no vendrá aquí esta noche. Antes solía estar a las ocho en punto. Quizá haya cambiado de costumbres.

Bedloe acabó su ginebra, dejó un dólar sobre el mostrador y se puso en pie, abandonando el alto taburete.

—Vamos a echarle un vistazo al juego, Stan.

—Soy tu hombre. Seguramente la rubia ésa va a dejarse unos cuantos billetes ahí dentro.

Se dirigieron rectamente hacia la puerta del interior. Había en ella una mirilla que se abrió cuando Bedloe dio un golpecito. Una cara morena apareció en la mirilla y les examinó.

—Esto es privado, amigos —dijo—. No se puede pasar.

—¿De veras? —preguntó Stan—. Abra esa puerta, mico, si no quiere verse en líos.

—Amigos de Morelo —dijo Bedloe apartando al «Carnicero»—. Dígame que está aquí Tommy.

La mirilla se cerró con fuerza para volver a abrirse enseguida. Se movió un bien engrasado cerrojo y ambos pasaron. Se encontraron en un corto corredor que desembocaba, previa obligación de volver a atravesar una segunda puerta, en una sala de enormes dimensiones. Había allí una mesa de ruleta, dos o tres de bacarrá y varias de póker. Alrededor de la ruleta había diez o doce personas y se oía el monótono ruego del croupier y el chasquido de la bolita.

Morelo en persona se les reunió. Su rizado pelo, negrísimo, y su morena faz contrastaban extrañamente con la blancura de la pechera almidonada de su camisa de etiqueta.

—Me alegro de verle, Tommy —dijo, examinando al «Carnicero» curiosamente. Le había visto en dos o tres ocasiones y no sentía ninguna simpatía por Katzinsky. Esto solía ocurrirle a un buen número de personas—. Supongo que esta visita no será... oficial.

—Los chicos del Fisco se encargan de ello, Tony —dijo Bedloe,

mirando a su alrededor. A la rubia no se la veía por ninguna parte —. Queríamos saber si ha venido por aquí Peter Vane.

Los oscuros ojos de Morelo rehuyeron la mirada de Tom.

—Pues no. Hace algún tiempo que no le veo. ¿Quieren ustedes hacer una mesa de póker?

—Esta noche, no. Si no está aquí Pete... A propósito, Tony: la habitación de póker particular, ¿está ocupada?

Las pupilas del italiano se llenaron de aprensión, prontamente reprimida.

—Pues... sí —dijo—. Hay unos caballeros echando unas manos. No vale la pena molestarlos.

—Seguro —dijo Tom—. Echaremos un vistazo por aquí.

—Si quieren probar suerte con la ruleta —dijo Morelo— pueden hacerlo. Ya saben que para los amigos las pérdidas no son demasiado grandes.

Se separaron del italiano y vieron cómo éste se dirigía hacia el exterior. Apenas le perdieron de vista, Bedloe y Stan se dirigieron con rapidez hacia la puertecilla que se abría al fondo de la sala de juego, Aquella era la habitación «reservada» de póker, a la que poco antes aludiera Tom.

Ante ella había un hombre alto vestido de etiqueta, con los brazos cruzados sobre el pecho. Cuando los dos agentes llegaron junto a él, les impidió el paso con un gesto...

—Está ocupada, señores —dijo. Tenía una cara aplanada y la nariz revelaba que aquel tipo había sido pugilista en algún tiempo anterior.

—Lo sabemos —le interrumpió Bedloe, mirándole fijamente—. Pero, a pesar de todo, vamos a entrar.

—No sin antes consultar con míster Morelo —dijo el otro suavemente, pero poniéndose perceptiblemente en guardia.

—Mire, no queremos jaleos —dijo Bedloe significativamente—. Claro que si es eso lo que está buscando...

—No se pasa —repitió el expúgil, moviendo la cabeza.

Apenas pudo terminar. El brazo izquierdo de Bedloe se movió con rapidez y le cogió por las solapas. Al mismo tiempo, el puño derecho del agente principal chocó contra su mandíbula y proyectó la cabeza del otro contra el entrepaño de la puerta. Sonó como un tambor.

El hombre era duro, no cabía duda, y su contestación no se hizo esperar. Con un violento revés se libró de la presión de Bedloe sobre su traje e inició un «*swing*» que de haber alcanzado al agente le hubiera tumbado. Pero el golpe no llegó a su destino. Bedloeladeó la cabeza y su rodilla derecha entró en doloroso contacto con el epigastrio del tipo. Éste exhaló el aliento como un fuelle, mientras se doblaba en dos, poniendo los ojos en blanco. Stan le golpeó brutalmente de costado, y la corpulenta humanidad del guardaespaldas se vino a tierra. Todo ello había ocurrido en el breve espacio de tiempo de unos segundos.

Bedloe abrió la puerta instantáneamente y se metió de rondón en la salita de póker particular. Sus claros ojos examinaron de una ojeada a sus ocupantes y su boca se frunció en una sonrisa.

—Bien, bien —dijo—. Aquí tenemos a Pete Vane. ¿Qué hay, Pete?

Stan se había quedado en la parte de fuera, vigilando al caído centinela. Tom cerró la puerta tras de sí. Había en la salita cuatro personas, y difícilmente se hubiera podido encontrar un grupo más heterogéneo. En primer lugar, estaba la muchacha rubia de la capa de piel, mirándole con los inmensos ojos llenos de asombro.

Luego, estaba el llamado Vane, un hombre alto, de pelo negro y con la inconfundible cicatriz cruzándole la frente y levantándole la ceja izquierda como en una sempiterna mueca de desprecio. A su lado había una chica morena cuyo cuerpo escultural realzaba más aún un ajustado traje sastre. Y, por fin, «King» Keogh, el corpulento lugarteniente de Peter Vane.

Este último miró a Bedloe con furia condensada. Era la segunda vez en su vida que se ponía en contacto con el agente principal, y tenía ciertos motivos para recordarle con disgusto.

—¿Qué está usted buscando aquí, Bedloe? —preguntó.

Bedloe echó una ojeada a los naipes que cubrían la mesa. Aquello no daba, en manera alguna, la impresión de una partida de póker.

—¿Por qué no me presentas, Pete? —preguntó, mirando curiosamente a las dos mujeres. En ese momento entró Stan arrastrando el cuerpo del guardaespaldas y conteniendo las protestas feroces de Morelo. «El Carnicero» cerró la puerta en las mismas narices del dueño y se enfrentó con el grupo, siempre en

silencio.

—¡Váyase! —gritó Vane rabioso—. No tiene usted derecho a meterse en una partida particular.

—No, claro —comentó Bedloe, avanzando un paso. En aquel momento, la luz se hizo en su cerebro con respecto a la joven rubia. Se acordó de dónde la había visto y notó con satisfacción que un eslabón más se encadenaba en todo aquel asunto.

—Usted trabaja en algo relacionado con el Instituto Orientalista, ¿verdad?

La muchacha irguió la cabeza y le miró de frente, pero no contestó siquiera. La morena lo hizo en su lugar.

—¿Conque usted es el célebre Bedloe? —preguntó sonriendo—. Me alegro de conocerle en persona. Oí hablar mucho de usted.

Peter Vane la interrumpió con brusquedad.

—Váyase —repitió—. No tienen ustedes derecho...

Bedloe se le acercó y le aplicó un fuerte revés en la boca.

—Cierra ese sucio pico, Peter —dijo calmamente—. Me vas a explicar qué es lo que hacías aquí, y además vas a ser rápido.

Con los ojos enloquecidos de ira, Peter intentó llevarse la mano al sobaco, mientras un hilillo de sangre le corría barbilla abajo. Tom interceptó el movimiento por el sencillo procedimiento de retorcerle el brazo hasta que el «gangster» gruñó de dolor. De pronto, la voz de la morena rasgó el quieto ambiente de la habitación.

—¡Suelte a mi hermano, cerdo! —dijo sordamente. En su mano había aparecido una pistola. Ni Stan ni Bedloe, atentos a Vane, habían previsto aquello—. Colóquense juntos y no se muevan, porque los frío.

Bedloe soltó al «gangster» y se volvió a mirar la pistola que la joven sostenía. Estaba tratando de calibrar las posibilidades de darle un puntapié en el brazo y sacar su propia arma de la funda sobaquera, cuando el puño de Peter cayó como una maza sobre su rostro. Bedloe se tambaleó. Al mismo tiempo, en la parte de fuera de la habitación se oyeron recios golpes.

—¡Puerco! —Gruñó Vane, repitiendo su golpe. Al mismo tiempo, King Keogh palpó las ropas de él y de Stan, y les quitó las pistolas. Con un movimiento de la mano intentó detener la furia de Vane.

—¡Quieto, jefe! —dijo—. Éste no es lugar para eso.

—¡Maldito coyote! —dijo el «gangster», ardiendo de rabia y

limpiándose la sangre—. Te he de ver «emplomado», y no tardando mucho.

Bedloe se irguió sin perder ni un adarme de tranquilidad. Tampoco los ojos del «Carnicero» reflejaban emoción alguna.

—Podrás hacerlo la primera vez que nos encontremos. Y no tengas ninguna duda de que nos encontraremos —dijo Tom.

La puerta se abrió violentamente y apareció Morelo en el umbral. Llegaba con dos de sus más robustos guardaespaldas.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó ansiosamente—. Te dije que no te admitiría aquí si armabas algún escándalo —gruñó volviéndose hacia Vane y mirándole con furia. Al ver que la pistola de la muchacha, apoyada por las del pistolero y Keogh les apuntaban a ellos también, levantaron las manos.

—Lo siento, Tony; él empezó —dijo Pete—. Y ahora, estense todos quietos. No quiero que estos tipos me sigan. Nosotros vamos a salir de aquí y nos largamos. Pero recuerden que al primero que se atreva a tratar de seguirnos le vamos a meter tanto plomo dentro, que cuando lo recojan parecerá un almacén de municiones.

—No se olvide de mi cara, preciosa —dijo Bedloe a la morena—, porque la volverá a ver prontito.

Vane no se pudo contener y volvió a golpearle en la cara con el cañón de la pistola, haciéndole un verdugón en la mejilla. Tom casi perdió el sentido por la violencia del golpe, y tuvo que apoyarse en la pared. «El Carnicero» no se movió siquiera. Se limitaba a mirar. La muchacha morena rió socarronamente.

—Con esa señal me acordaré mucho mejor aún —dijo.

—Vamos, Marcela —dijo Vane.

La joven rubia se había tapado la boca con ambas manos al contemplar aquellas violencias, y sus ojos, se habían agrandado aún más por el terror. Marcela la cogió de un brazo y la sacó. Keogh se quedó el último guardándoles la retirada. Un momento después desaparecían.

Ágil como un gato, Stan se precipitó a la puerta, pero era demasiado cauto para dejarse coger. Seguramente que Keogh estaría ya en la habitación (la oficina de Morelo), y dispararía en cuanto alguien intentase abrir. Los hombres de Morelo tampoco parecían muy dispuestos a medirse con los «gangsters».

Bedloe se reponía ya del bestial golpe que recibiera. Se pasó una

mano por los cabellos para alisárselos y se dirigió al italiano.

—Usted me engañó, Tony. Me dijo que Pete no estaba aquí. Ahora me va a explicar todo y a dejarlo bien clarito, y me va a acompañar a la Jefatura.

Stan Katzinsky abrió la puerta y se preparó para salir al exterior.

—No te preocupes, «Carnicero» —le dijo Bedloe—. Ahora ya sé dónde podremos coger a esos tipos. Tengo su tarjeta.

—¿De veras? —preguntó Stan. Se encaró también con Morelo—. Bueno, hable, hermano. ¿No ve que estamos esperando?

—Yo... —El italiano se restregó las manos. El centinela que pusiera a la puerta de la salita particular de póker había recobrado el conocimiento y estaba sentado en el suelo mirando a Bedloe con ojos hostiles. Stan le apoyó un pie en el hombro y le empujó hacia atrás.

—Quieto, chico, ¿eh? Nada de bromitas.

—No creía que eso tuviera importancia —dijo Morelo por fin, decidiéndose.

—Pues la tiene —dijo Tom, tocándose la cara y haciendo un visaje de dolor—. Escuche, Tony. Otra jugarreta de ésas y hago que le cierren el establecimiento. Tenía usted un hombre de guardia, el gorila ese, «para que no se molestase» a Pete Vane. Ganas me dan de ponerle en un aprieto, pero lo pasaré por alto esta vez. Recuérdelo y no haga tonterías.

—Le doy mi palabra... —empezó el italiano. Stan le cortó el gesto.

—Menos palabras. Y vosotros abrid esa puerta —añadió a los guardaespaldas vestidos de camareros.

Salieron a la calle. Empezaba a caer una ligera llovizna y el aire se había enfriado. Comenzaba el otoño.

—¿Dónde vamos ahora? —preguntó Stan, poniendo en marcha el motor del automóvil—. Dijiste que tenías la tarjeta de Pete, ¿no?

—Algo muy parecido —repuso Bedloe, tocándose la cara de nuevo. A la escasa luz del tablero de mandos, Stan pudo darse cuenta de que el golpe que su compañero recibiera en la mejilla se había tornado de color violeta. Decía mucho en favor de la robusta contextura de Tom que no se hubiera desmayado al recibir tal «caricia». Un hombre cualquiera hubiera estado media hora «durmiendo»—. ¿Recuerdas a la rubia?

—¿Quién podría olvidarla? Me da un vuelco el corazón cada vez que pienso en ella. Y la morena ésa tan decidida, tampoco estaba nada mal. Sólo que no es mi tipo.

—Bueno, pues ya he recordado dónde había visto esa cara de ángel. Fue en una revista. Se trataba de un artículo de un profesor del Instituto Orientalista. Había una fotografía del profesor y una de esa chica. Seguro. Lo único que hace falta ahora es saber cómo se llama. Ella nos conducirá de nuevo a Pete, tanto si quiere como si no. «Esto», no se me olvida.

—¿Qué revista era? —preguntó Stan.

—Un «Life». Y no fue hace mucho tiempo. Un año o algo así.

—Buena memoria, compañero. ¿Entonces...?

—Hay que buscar ese número. Y tiene que ser cuanto antes —quedó un momento quieto, pensando, mientras el coche se deslizaba sobre el mojado asfalto de la Séptima Avenida. En el momento en que llegaban a la estación del subterráneo IRT de la calle Treinta y Cuatro, Bedloe le dio un golpecito en el brazo a Stan.

—Vamos a la redacción del «Express». Allí nos enteraremos pronto.

Katzinsky torció el volante y enfiló por la calle Treinta y Tres, pasando lentamente entre el congestionado tráfico de la estación de Pensilvania. Dos manzanas más allá frenó delante de un edificio de diez pisos sobre cuya fachada se perseguían las luces de neón, enviando a los cuatro vientos la palabra «Express». Descendieron del coche.

—¿Dónde puedo encontrar a Joe Barton? —preguntó Tom a un ordenanza. El hombre les indicó un piso y un número y dos minutos después entraban en el despacho de Barton, el redactor de sucesos del «Express». El hombre, un tipo de mediana estatura, completamente calvo, y con unos ojillos que se parapetaban detrás de unos lentes de armazón de acero, parecía un ser muy insignificante, pero en la realidad era un magnífico periodista. Saludó a ambos con un movimiento de la mano y continuó aporreando la máquina de escribir.

Sacó la hoja y se les quedó mirando.

—Venís a pedirme un favor, como si lo viera —dijo—. Bueno, pues hoy no estoy para nadie. Acabé de hacer el tonto. Cuando el caso aquel del secuestro de la chica griega, me prometisteis las

primeras noticias, y resultó que se las llevó el «Herald». Podéis volveros por donde habéis venido, chicos.

—Nada de eso. Y no pienso pedirte ningún favor. Sólo quiero examinar vuestro archivo. Necesito un número de «Life» de hace cosa de un año, para echarle una ojeada. No necesitas ni molestarte siquiera.

—Bueno —refunfuñó Barton. Oprimió el timbre y una bonita muchacha apareció. Mientras preguntaba qué quería, los ojos de la joven se fijaron complacidamente en Bedloe. Éste le dedicó una de sus mejores sonrisas.

—Atiende a estos muchachos, ¿quieres, encanto? —le dijo Barton—. Yo estoy ocupado.

Bedloe le explicó lo que quería, y ella sonrió:

—Eso es tan fácil como tomarse un sorbete de fresa —dijo, aparentando desenvoltura—. Vengan conmigo.

Les llevó a un enorme archivo y empezó a mover de un lado a otro la escalera corredera fija en las estanterías, hasta que encontró lo que buscaba.

—Aquí tienen —y se quedó con ellos, mirando por encima del hombro de Tom, que ya estaba buscando el número del artículo aquel.

—Me llamo Miriam —dijo la chica—. Soy la redactora de sociedad. Si alguna vez dan ustedes un baile o una fiesta así, no se olviden de mí. Les haré una crónica estupenda.

—Claro que sí, preciosa —le aseguró Stan, mirándola con lo que él se imaginaba ser una expresión de ternura. La joven ni se molestó en mirarle. Parecía hipnotizada por las anchas espaldas y la nuca del agente principal.

—Aquí está —dijo de pronto este último. Se volvió en redondo y dirigió una devastadora sonrisa a Miriam—. ¿Quiere hacer el favor de decirle a Barton que le estamos muy agradecidos? No quisiera que nos creyera...

La muchacha se dio cuenta de la indirecta, y con un suspiro salió de la habitación. Inmediatamente, Bedloe miró el número y la fecha de la revista y anotó algo en un papel.

—A Dios gracias, ya está esto solucionado. Podemos marcharnos.

Metió la revista entre las demás, de forma que Miriam no

supiera cuál de ellas habían mirado, y salió al corredor.

—Por la manera como te miraba esta chica, cualquiera pensaría que te creía la respuesta a sus plegarias de doncella —se quejó amargamente Stan—. Tienes suerte con las mujeres, muchacho.

—A veces me resulta incómodo, no creas.

Asomó la cabeza por el despacho de Barton. Éste estaba hablando con Miriam.

—Adiós y gracias —dijo—. Algún día le llamaré por teléfono, preciosa —aseguró.

—Pruebe a hacerlo —contestó ella—. Seguro que me encuentra aquí.



Trío de ases:

¡CULPABLE!

LA HORA GRIS

EL REY DEL HAMPA

Primeros títulos de la arrolladora Colección

III



EDLOE y Katzinsky terminaron de comer unos emparedados y apuraron algunos vasos de «whisky». «El Carnicero» se limpió la boca con la servilleta de papel y encendió un cigarrillo. A través del humo, miró a su compañero.

—Bien, ahora, «llenitos» y satisfechos, podemos empezar de nuevo. Déjame ver ese papel que tienes en el bolsillo.

Bedloe sacó las notas que tomará en el archivo del «*Express*».

—Atiende. Se refiere a un artículo sobre las «Sociedades secretas» en el Japón. Es del profesor Tobías Rhys, en colaboración con su hija, Glenda Rhys. Ambos son del Instituto Orientalista de los Estados Unidos. ¿Qué te parece?

—¿De manera que se llama Glenda? Bonito nombre, casi tan

bonito como ella.

—Pero hay más aún —volvió a decir Bedloe, brillándole los ojos de satisfacción—. El artículo decía que el profesor Rhys se encuentra actualmente en el Japón, y que de momento no piensa volver. Ahora, querido, sólo nos resta saber dónde vive la rubia y preciosa Glenda.

—Sí, no me molestaría volverla a ver. Y a la morena tampoco.

Bedloe se levantó de su silla y se dirigió a la cabina telefónica del café. Marcó un número y esperó un momento.

—Habla Bedloe —dijo en cuanto se abrió la comunicación.

—Aquí Jim —dijeron al otro lado del hilo.

—¿Qué hay, Jim? Esto marcha. Pero necesito un pequeño dato que nosotros no podemos conseguir ahora.

—¿Necesitas ayuda, Tom?

—Por ahora, no. Ya te lo haré saber. Pero quiero que tú o uno de tus muchachos me encontréis lo más rápidamente posible las señas de una muchacha del Instituto Orientalista. Se llama Glenda Rhys, y su padre, por lo visto, es muy conocido. Estoy en el café de la calle Veintiocho y la Décima Avenida, enfrente del Chelsen Park. Y no puedo perder tiempo.

—Son las nueve y media —dijo Jim—. Procuraré llamarte a las diez o cosa así. No te muevas de ahí. ¿Por quién pregunto?

—Por Holt. Seguro, no me moveré. Otra cosa, Jim: desde mañana por la mañana, a primera hora, tenme un muchacho delante de la casa de Ventas de Marlowe. Si aparece por allí Peter Vane, que le siga a dónde vaya. No creo que enseñe los morros por allí, pero por si acaso.

—¿Está complicado en este asunto?

—¿Por qué te crees que quiero echarle la vista encima? ¿Porque le haya robado los ahorros a su anciana madre y se los haya jugado? Vamos, Jim, ponte a trabajar en eso de Glenda Rhys. Necesito sus señas.

Colgó la comunicación y volvió a donde estaba «el Carnicero». Antes, se dirigió al camarero:

—Llamarán a míster Holt dentro de un rato. Soy yo. ¿Se acordará? —preguntó, deslizándole un billete.

—Claro, míster Holt.

Bedloe se sentó enfrente de su compañero. Éste había pedido dos

«*whiskys*» dobles más y, habiendo acabado con el suyo, se bebía el de Tom. Éste encargó más.

—¿Qué crees tú que hará esa chica metida en el embrollo? —preguntó Stan de pronto.

—No lo sé —respondió el agente principal pensativamente—. Aunque me figuro que lo mismo que el japonés, ese Hori. Pero su cara bonita no le va a servir para escabullirse, puedes estar seguro. No me gustan las Mata Hari, sean rubias o no.

—Será una lástima que le ocurra algo, tan guapa como es —reflexionó Stan. Y se bebió el «*whisky*» de un trago. Por regla general, Bedloe, aunque buen bebedor, no solía abusar del alcohol cuando estaba metido de lleno en un trabajo. «El Carnicero», en cambio, bebía como una esponja y se encontraba tan sereno como al empezar. El tumultuoso torrente de sangre eslava que corría por sus venas debía de tener, evidentemente, gran importancia en semejante fenómeno.

Bedloe encendió un cigarrillo y esperó, mientras jugueteaba con su vaso. Stan le conocía bien y guardó silencio. Sabía que si su compañero estaba meditando, más valía no interrumpirle.

Habrían pasado quince minutos, cuando el camarero se acercó a ellos.

—El teléfono, míster Holt.

Bedloe se encaminó a la casilla. La voz de Jim le llegó al momento, después de asegurarse que hablaba con el agente principal.

—Los Rhys viven en un hotelito en las afueras de Secaucus, en Nueva Jersey. Eso está en la carretera de Weehawken a Passaic, y la finca se llama «El Cerezo en Flor». Parece que concuerda todo, ¿eh, Tom?

—Parece. «El Cerezo en Flor», ¿eh? Bien, Jim. Buen trabajo.

—No creas que fue fácil a estas horas. Ya no había allí nadie más que un empleado nocturno, que no sabía ni una palabra de nada. Le amenazó mi muchacho un poco y le dejó mirar los ficheros. Allí estaba.

—Bien, Jim. Hasta la vista. Vamos a meternos de lleno en el asunto.

—Buena, suerte. Y ya sabes: aquí estaremos constantemente. En caso de peligro...

—Procuraremos salir de él.

Colgó el auricular sonriendo. Ahora ya tenían algo bueno entre manos. Pidió dos tazas de café bien cargado, porque lo más seguro era que aquella noche no pudieran dormir ninguno de ellos. Las bebieron rápidamente y salieron a la calle.

Llovía mucho más fuerte que cuando entraron, y soplaba un viento endiablado. Bedloe puso en marcha la escobilla del limpiaparabrisas.

—Al túnel de Lincoln, Stan —dijo—. Vamos a Nueva Jersey.

—¡Pues es una noticia, con esta lluvia! —Gruñó «el Carnicero», metiendo el pie en el acelerador. Siguió recto por la Décima Avenida hasta la calle Treinta y Nueve, y se detuvo a la entrada del túnel. Bedloe bajó el cristal, le pagó al guardián y penetraron en el enorme corredor subacuático que atraviesa el río Hudson en una extensión de más de una milla.

Cuando salieron del túnel estaban ya en Nueva Jersey. Atravesaron lo más rápidamente posible por entre el tráfico de Weehawken y enfilaron la carretera de Passaic. Cuando hubieron recorrido tres millas, Bedloe hizo parar a Stan delante de una casa.

A la puerta estaba un viejo de largos bigotes amarillentos, resguardado de la lluvia por el techo del porche.

—¿Puede decirnos dónde está la finca «El Cerezo en Flor»? —le preguntó Bedloe, dominando el ruido de la lluvia y el viento.

—Sigan hasta cruzar Secaucus, doblen a la derecha por un caminito transversal y la encontrarán enseguida —gritó el viejo—. Noche de perros, ¿eh, amigos?

No le contestaron. A través de la cortina de agua continuaron hasta el pueblo de Secaucus. Enseguida encontraron el caminito vecinal.

—Despacio ahora, Stan —recomendó Bedloe—. Debe de ser por aquí.

Y casi enseguida la vieron. Era una construcción de dos plantas, rodeada de una verja de hierro. Stan dejó el auto aparcado unas cuarenta yardas más allá del enorme portón, camuflado entre un grupo de árboles. Luego, los dos se dirigieron a la verja.

Bedloe oprimió el timbre y esperó un momento. En la casa, oscura, no se oía ningún ruido.

—No debe de haber nadie —dijo Tom—. Bueno, procuraremos

entrar.

—Tendría muy poca gracia que ella no viniese a su casa esta noche —dijo «el Carnicero» sombríamente—. No me extrañaría nada, con esta nochecita.

Bedloe se encaramó al pretil de la verja y trepó por ésta a fuerza de puños, ayudado por su compañero. Cuando salvó el obstáculo de las puntas metálicas, se dejó caer al otro lado, con las piernas distendidas, como un gato. Stan le siguió en un momento.

Siguieron un caminito de arena, enfangado ahora, y llegaron ante la puerta de la casa. Ésta estaba cerrada y resistió a sus esfuerzos. Dieron la vuelta al edificio, tanteando las ventanas de guillotina, y se detuvieron ante una de ellas. Bedloe cogió un puñado de barro del jardín, lo pegó al cristal y lo golpeó fuertemente. Un trozo de vidrio de forma redondeada se desprendió sin ruido. Introdujo el brazo por el orificio y tanteó hasta encontrar el pasador. Lo descorrió, y la ventana se abrió. Un momento después, los dos entraban.

Stan sacó una linterna sorda del bolsillo y exploró la habitación. Debía de ser un despacho, a juzgar por la gran mesa cubierta de cristal, las estanterías y un soporte para una máquina de escribir.

—Apaga eso —ordenó Bedloe perentoriamente.

Fuera, entre el ruido de la lluvia, acababa de distinguir los sonidos que indicaban que un coche se acercaba. Se precipitó a la ventana y vio los faros de un auto que se aproximaba. La luz se detuvo delante de la casa.

—Alguien va a venir aquí —bisbiseó Tom—. Prepárate, «Carnicero».

Ambos se dirigieron a la puerta de la habitación y se encontraron en un amplio «*hall*», a juzgar por lo poco que podían ver. Esperaron, con los nervios en tensión.

Oyeron el ruido que hacía una llave al introducirse en la cerradura. Luego, un torrente de luz iluminó el «*hall*». En la puerta estaba la muchacha rubia de la capa de pieles. Glenda Rhys.

La lluvia había mojado su vestido mientras llegaba del coche. Se quitó la capa con un movimiento mecánico y... en aquel momento, seguros ya de que venía sola, Bedloe y Stan aparecieron ante su vista.

La muchacha lanzó un grito de sorpresa, mezclada con temor,

pero prontamente reprimido. Sus enormes ojos los examinaron un momento, agrandados por el pánico. Stan fue a la puerta, lanzó una mirada al exterior y luego la cerró con un golpe seco.

—Bien, hermana —dijo Bedloe tranquilamente—. Tenemos que conversar un rato con usted.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó ella por fin.

La mano que sostenía la capa de piel estaba temblorosa.

—Conocidos suyos... hasta ahora —respondió el agente—. Y nos va a contar unas cuantas cosas que queremos saber. ¿Dónde podemos charlar?

La joven se dirigió a una puerta y penetraron en una pequeña sala. Había allí un par de cómodas butacas, una mesita con el aparato de radio y otra con revistas.

—Hablen —dijo, temblando todavía.

—Ese vestido está mojado. Cogerá usted un resfriado si no se lo cambia.

—Hablen —repitió ella, procurando hacer lo más fuerte posible su voz.

—Sabemos quién es usted, señorita; pero, en cambio, ignoramos qué es lo que la une con esos individuos con los que la encontramos esta noche. ¿Nos lo dirá por las buenas, o...?

—¿O...? —preguntó ella.

—O tendremos que presionarla un poco; eso es todo. Vamos: ¿qué negocios tiene usted con Peter Vane?

—Eso es cuenta mía —dijo ella. Sus ojos rehuyeron la dura mirada del agente.

—Dígallo, porque más le vale, preciosa. ¡Hable!

Su voz sonó como un trallazo. La joven se echó atrás, como si alguien la hubiese golpeado, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—No quiero —murmuró—. No sé quiénes son ustedes, pero yo...

Bedloe la cogió por los hombros y la sacudió.

—¡Hable! —repitió con violencia. No era momento para andarse con contemplaciones.

—¡Suélteme, bestia! —gritó ella apasionadamente. Bedloe le quitó las manos de encima y la muchacha se dirigió hacia una mesa, aquella encima de la cual se hallaba el aparato de radio. Abrió un cajón y Bedloe se supuso que intentaría buscar un pañuelo o algo. Un grito de aviso de Stan le hizo apartarse con rapidez. En la mano

de la muchacha había aparecido una «Smith & Wesson», calibre 38.

—No haga bromas —dijo Bedloe tensamente—. Somos agentes federales y esto le puede costar caro.

—¡Salgan de mi casa inmediatamente! —dijo ella, reprimiendo los sollozos. La mano que sostenía la pistola no estaba muy firme, de modo que ninguno de los dos compañeros hubiera tenido ningún inconveniente en quitársela de un golpe. Pero aquel mismo temblor hacía peligrosa el arma en manos de la enloquecida joven.

—Tenga cuidado —le advirtió Bedloe—. Si está cargada...

Apenas tuvo tiempo de apartarse. La pistola vomitó su carga de improviso y Tom oyó el seco crujido de la bala al penetrar profundamente en el umbral de la puerta. Al mismo tiempo, «el Carnicero» se echó adelante y sujetó el brazo de la joven, retorciéndolo.

—Usted se lo buscó —gruñó Tom. Le quitó la pistola y la sentó en uno de los sillones de un violento empujón. Toda la moral, todo el espíritu de la muchacha, se vinieron abajo. Empezó a sollozar convulsivamente.

—Quise matarle —murmuró casi inaudiblemente—. Quise matarle...

—Bueno, ya lo sé —dijo el agente principal, mirando a su compañero con incertidumbre. No le gustaba aquella manera de llorar. Stan movió la cabeza dudosamente.

—¿Por qué lo hizo? —preguntó Bedloe por fin.

La muchacha no respondió. Su cuerpo se estremecía con violencia, mientras se tapaba la cara con las manos. Y fue en aquel momento cuando sonó la voz.

—Si me hacen el favor de mirar hacia aquí, encontrarán una respuesta —dijo alguien con correcta pronunciación, pero con acento extranjero.

Ambos se volvieron como si les hubiera picado una víbora. En la puerta había un hombre de baja estatura, con el negro pelo muy echado hacia atrás. Unas entradas enormes marcaban incipiente calvicie en su cabeza. Era un oriental, y lo que sostenía en su mano no era precisamente un violín, sino una pistola «Murata» de grueso calibre.

Dos ojos almendrados, semiocultos por unas grandes gafas de concha, les observaban incisivamente.

—Levanten las manos, por favor —dijo cortésmente.

Los dos agentes obedecieron lentamente. Detrás del hombre de la pistola había aparecido otra persona. Y se trataba nada menos que de Marcela Vane, la morena del tipo de Juno.

—Bueno, pues ya estamos todos —comentó Stan.

—Las manos unidas detrás de la cabeza —mandó el japonés.

Tom frunció el ceño. Conocía esta modalidad asiática de tortura, y no le agradaba nada. Pero obedeció.

—Supongo que estoy hablando con el marqués Hori —dijo.

—Supone usted bien. Haga usted el favor de desarmarlos, señorita —agregó, dirigiéndose a Marcela.

—Con gusto —respondió ésta.

Sus esbeltas manos palparon un momento las sobaqueras de ambos. No había ningún arma allí.

—¿No recuerda que ya cogió nuestras pistolas? —preguntó Bedloe—. Es extraña tal falta de memoria en usted.

Marcela no le contestó. Se volvió hacia Glenda y le lanzó una larga mirada.

—Perdió el control de los nervios, ¿eh, querida? Tendrá que recobrarlo pronto si no quiere una ducha fría. O un par de bofetadas. A una niña bonita como usted no le vendrían mal.

—¿Qué piensan hacer con nosotros? —preguntó Bedloe, observando al japonés.

—Se ha puesto usted muy pronto al corriente —repuso el asiático sin sonreír—. Ignoro cómo ha podido hallar los datos necesarios para encontrar a la señorita Rhys; pero el caso es que se han convertido ustedes en algo muy... molesto. Lamento tener que decirlo tan crudamente, pero me veo en la penosa obligación de... —calló, como buscando la palabra.

—¿Suprimirnos? —preguntó Tom.

—Sí; creo que así es como se dice en este país. Ahora, ya lo saben.

—No debe usted entristecerse. Un día de éstos, suprímanos usted o no, alguien le seguirá los pasos, amigo. No piense que se va a salir con la suya.

—Eso es cuestión mía, ¿no? —preguntó Hori. Levantó la pistola

y apuntó directamente a la cabeza de Bedloe—. Fueron ustedes muy imprudentes al no darse cuenta de que podía quedar alguien en el coche cuando entró aquí la señorita Rhys. Claro, que ahora no tiene importancia.

Hubo un brusco revuelo de sedas cuando Glenda Rhys se puso en pie, alzando las manos.

—No puede usted cometer un crimen —gritó, dirigiéndose al asiático—. No, usted no puede...

Marcela Vane la abofeteó con fuerza, empleando ambas manos. Sus ojos brillaban de furia.

—¡Quieta, estúpida! —gritó roncamente.

Y Bedloe se agachó justo en el momento en que la «Murata» del japonés lanzaba su mensaje mortal. Fue un salto más de tigre que de hombre el que le llevó hasta las piernas del marqués, un «tackle» perfecto. El oriental perdió el equilibrio un momento, pero su mano izquierda, de canto, golpeó al agente en la nuca y Tom rodó por el suelo abriendo las piernas, en una extraña postura. Al mismo tiempo, «el Carnicero» apartó a Marcela Vane de un golpe y se lanzó a la pelea. No llegó a tiempo por una fracción de segundo. Hori, libre ya de Bedloe, se enfrentó con él. La pistola había caído al suelo, pero los brazos del oriental eran tan efectivos como un arma. No tuvo más que coger al «Carnicero» por una muñeca y Stan se vio levantado en el aire, mientras los huesos le crujían y sentía un calambre espantoso. Fue a chocar violentamente contra la pared y perdió el conocimiento.

—Llame usted a su hermano, por favor, señorita —dijo Takaza Hori, calmadamente, quitándose una invisible mota de polvo de su manga—. Necesitaremos a alguien más aquí.

Marcela se dirigió al teléfono y marcó un número, sin apartar la vista de Glenda. Ésta, después de recibidas las bofetadas, se había apoyado en la pared, con los ojos muy abiertos, contemplando horrorizada la escena.

Hubo un silencio. Luego, la voz de Marcela lo rompió, hablando con alguien al otro extremo del hilo. Un momento después colgó.

—Vendrá enseguida —dijo, dirigiéndose al japonés.

—Bien. Usted, señorita Rhys, debe tener mucho cuidado, un gran cuidado, en cómo se porta. Recuerde que su padre... ¿Necesito decir más?... Bien. Habrán podido ustedes observar —añadió, sin

dirigirse a nadie en particular— cómo las razas puras pueden encontrar argumentos muy convincentes contra las bestialidades acostumbradas de sus paisanos. Mala cosa, muy mala, es mezclar las razas. Nada bueno puede salir de uniones no previstas por los científicos.

—Es usted muy hábil —aprobó Marcela, sonriendo. Plantó su puntiagudo tacón en las costillas de Bedloe y movió el cuerpo del agente principal—. ¿Qué hacemos con ellos, señor?

—Matarlos —fue la fría respuesta—. Pero, claro, de una manera que no pueda hacer sospechar a sus compañeros. Creo que sé el método. En cuanto venga su hermano, nos pondremos de acuerdo sobre estos detalles secundarios.

Bedloe despertó, sintiendo que la nuca le dolía intolerablemente. El golpe de canto del japonés casi le había roto las vértebras. Es decir, hubiera roto las de otro hombre menos fuerte que él. Recobró el conocimiento en la oscuridad más completa. A su lado sintió una pesada respiración. Trató de moverse, pero se encontró con que estaba fuertemente atado, lo mismo, pensó un poco humorísticamente, que si fuera un fardo listo para ser estibado.

—Stan —llamó en voz baja.

No le respondieron.

—Stan —volvió a decir, alzando un poco la voz. Un tenue suspiro le llegó de su derecha, a muy poca distancia.

—Despierta, «Carnicero» —dijo premiosamente. El suspiro se convirtió en un ahogado lamento. Bedloe notó que sus cabellos se erizaban.

—¡Cómo me duele la cabeza! —dijo de pronto la voz de Katzinsky. Bedloe estuvo a punto de brincar de alegría.

—No creas que yo me encuentro mucho mejor —respondió—. Estoy como si hubiera permanecido dos días enteros escuchando ópera. ¿Puedes moverte?

—Apenas. Tratemos de acercarnos. Quizá pueda roer estas cuerdas con los dientes.

Mediante un gigantesco esfuerzo, Bedloe consiguió rodar hasta que su cuerpo tropezó con el de su compañero. Al instante sintió que los fuertes dientes de éste empezaban a trabajar en las cuerdas que le sujetaban las muñecas.

—Son demasiado gruesas —dijo Stan de pronto, dejando de roer

—. No creo que pudiera hacerlo ni en varios días. ¡Maldición!

Un leve ruidito se insinuó en el cuarto al terminar él de hablar. Apenas el susurro que hubiera producido un ratón, pero ambos lo oyeron y se pusieron en guardia. Había alguien cerca. Alguien que trataba de moverse lo más silenciosamente posible.

No hablaron. En cambio, volvió a llegar el ruidito a sus oídos. Ahora pudieron percibir claramente el chasquido de metal contra metal. Y luego un chirrido. Una puerta se estaba abriendo en aquella misma habitación.

Bedloe sintió que un sudor frío le empapaba las sienes. El estar así, atado, en plena oscuridad, no predisponía a la tranquilidad de espíritu. A su memoria acudieron cientos de torturas asiáticas de las que había oído hablar, y se estremeció. A su lado oyó el levísimo sonido de la respiración del «Carnicero».

Una estrechísima franja de luz se insinuó a la derecha de Bedloe. Allí, allí era de donde vendría el peligro. Instintivamente, hizo presión sobre sus ligaduras, pero sólo consiguió que se le clavasen dolorosamente en la carne. Y la franja de difusa luz se iba haciendo cada vez más ancha, cuando de pronto se interrumpió. Alguien estaba entrando en la habitación.

Era alguien que se movía lentamente, casi sin ruido. La espera así, en la oscuridad, sin saber qué peligro le amenaza a uno, acabaría con los nervios del hombre más fuerte. Stan y Bedloe eran valientes, y durante su vida se habían visto muchas veces en situaciones que requerían todo su valor, pero jamás como ahora. Instintivamente, los cuerpos de ambos se buscaron uno a otro.

Se oyó un frote y la luz de una cerilla arrancó sombras movibles de las paredes. Un doble suspiro de alivio se escapó del pecho de los dos agentes. Al menos, ahora sabían quién estaba allí, aun cuando no conocieran sus intenciones. Pero ya era algo tranquilizador el distinguir a la llama del fósforo el cabello rubio y el óvalo perfecto de la cara de Glenda Rhys. Ésta se llevaba un dedo a los labios, indicando silencio.

Se acercó a Bedloe y algo relució en su mano. Un cuchillo. Cuando la delgada hoja de acero se acercó a su cuerpo, Bedloe clavó sus ojos en los de la joven, esperando qué ocurriría. No podía olvidar que hacía poco tiempo había disparado contra él, que había intentado matarle.

Pero el filo del arma sólo cortó las cuerdas que sujetaban sus brazos. Se incorporó, envarado, mientras la sangre, retenida hasta ahora por las ligaduras, empezaba a circular. Casi no podía moverse, pero se las ingenió para empezar a desatarse las piernas.

—Está abajo —susurró Glenda, mientras cortaba las ligaduras de Katzinsky—. ¡Es horrible! Hablan de matarlos a ustedes de un golpe en la cabeza y lanzarlos al río. Todo el mundo creará que se han suicidado, piensan.

—No crea que todo el mundo, preciosa.

—¿Quiénes son ustedes?

—Policía Federal, ya se lo dije.

—Tienen que escapar cuanto antes. Ellos han creído que yo estaba dormida, y por eso no se han ocupado de mí. Esa horrible mujer ha vuelto a pegarme, y yo la...

—Usted se viene con nosotros —dijo Bedloe, perentoriamente.

La luz del segundo fósforo se había apagado y hablaban en la completa oscuridad del interior del cuarto. Pero Tom sintió que el cuerpo de la joven se ponía rígido.

—No —dijo con firmeza.

—Eso es lo que se cree. Me parece que usted está en peligro. ¿Por qué no nos cuenta qué hace con todos esos granujas?

—No tienen ustedes tiempo que perder —dijo ella, anhelosa—. Han de escapar cuanto antes. ¿No comprenden que les matarán?

—De acuerdo, nos matarán si nos encuentran. ¿Dónde están ellos?

—Abajo, en el despacho. Pueden ustedes salir por la puerta trasera. Si se dan prisa, estarán lejos cuando ellos vengan.

—Estaremos, aunque tenga que llevarla atada —insistió Bedloe con un susurro—. Vamos, «Carnicero».

Abrieron la puerta y salieron a un corredor. La muchacha iba guiándoles cogida a Tom con una mano, para evitar que chocase con los muebles. En el registro a que les sometieran mientras estuvieron inconscientes, les habían quitado hasta los fósforos.

Llegaban a un tramo de escaleras que descendieron cuidadosamente.

—Sin ruido, por favor —suspiró apenas la muchacha—. Ellos están en esa habitación.

Bedloe la cogió y la atrajo hacia sí con fuerza.

—Escuche —le dijo con la boca pegada a su oído—. Ocurra lo que ocurra, sea lo que sea, la voy a sacar a usted de aquí, aunque para ello tenga que recurrir a la fuerza.

La muchacha se debatió con fuerza, pero la mano de Tom se posó en su boca para impedirle gritar. «El Carnicero» la tomó de un brazo, pero algún ruido debieron de producir, porque impensadamente se abrió la puerta del despacho. Recortándose contra la luz del interior, la figura de King Keogh se dejó ver, enorme. Tenía un revólver en la mano, pero no le dio tiempo siquiera a usarlo debido a la rapidez con que actuó Stan. Soltó a la muchacha y le largó una patada en la mano a Keogh. El revólver saltó por el aire, describiendo una parábola, y cayó a los pies de Bedloe. Al mismo tiempo, sin perder un segundo, el puño del «Carnicero» chocó contra la mandíbula de Keogh y le lanzó para atrás.

Bedloe apartó a Glenda de un empujón, se agachó velozmente y recogió el arma del suelo. Se oyó el ensordecedor estampido de un disparo y una bala pasó por encima de la cabeza del agente principal. Desde dentro del despacho alguien había abierto el fuego contra ellos.

Stan se apartó de la línea de tiro y el arma de Bedloe rugió. El corpachón de Keogh se estremeció convulsivamente y se vino a tierra. El grito horroroso de Glenda fue apagado por otros dos disparos consecutivos que sonaron dentro de la habitación. Ninguna de las balas dio en el blanco, pero Bedloe se dio cuenta de que no podrían resistir en esta situación mucho tiempo.

Ellos tenían una ventaja, y era que las sombras del «hall» les ocultaban parcialmente a los ojos de sus enemigos. Se movió hasta encontrarse al lado de la pared, y esperó tensamente. Oyó el ruido de una ventana que se abre, y supuso que sus enemigos intentarían escapar. Había que obrar rápidamente.

Dio un salto enorme y se plantó dentro del despacho, a tiempo para ver que Marcela Vane introducía su esbelto cuerpo por la ventana y saltaba al exterior.

—¡A ella, Stan! —gritó.

Peter Vane, al lado de la ventana, disparó de nuevo. Había sido todo tan rápido, que su bala fue a perderse, inofensivamente, en la pared, rompiendo un jarrón de porcelana, cuyos pedazos cayeron al

suelo. Bedloe apretó el gatillo de su arma y Peter soltó la suya con un alarido de dolor. La bala le había roto la mano. Se la sujetó con la izquierda, maldiciendo ferozmente y echando espumarajos de rabia, mientras sus ojos enloquecían.

Tom Bedloe se precipitó sobre él y le golpeó con el cañón de la pistola en la cabeza. El «gangster» se vino a tierra.

Bedloe se asomó a la ventana, a tiempo de ver la elevada figura de Stan, que corría entre la lluvia, persiguiendo a Marcela.

—¡No la dejes escapar, Stan! —gritó, dominando el ruido de las gotas de lluvia en el tejado de chapas del garaje. Luego se volvió hacia el interior. Peter Vane estaba todavía inconsciente, tendido en el suelo. Al lado de la puerta yacía el cuerpo de King Keogh, sujetándose el vientre con ambas manos. Una sola mirada le bastó para comprender que estaba muerto.

Glenda Rhys apareció en la puerta despeinada, mirando con horror el cuadro que se ofrecía a su vista. Cerró los ojos y cayó hacia adelante, desmayada. Bedloe llegó a tiempo justo de evitar que rodase por el suelo.

La cogió en brazos y la sacó de allí, llevándola al «hall». Encendió las luces de éste y la sentó en un sillón. Buscó a su alrededor y vio encima de una mesita una botella. La cogió, la introdujo a la fuerza entre los labios de la muchacha y le obligó a tragar unas gotas. Ella tosió convulsivamente y abrió los ojos.

—¿Se encuentra mejor? —preguntó Tom, mirándola con curiosidad, pero procurando sonreírle.

—¡Es... horrible! —contestó ella débilmente—. ¿Cómo pueden...?

—¿Cómo podemos, qué? —preguntó Bedloe—. Señorita Rhys, hubiera podido usted evitar gran parte de esto si hubiera hablado cuando se lo pedimos. Pero lo hará ahora, ¿no es cierto?

—No puedo... —empezó ella. Les interrumpió la llegada de Stan. Venía solo y se reflejaba el mal humor en su cara.

—Logró llegar a un coche que estaba parado al lado de la verja. Pude poner el pie en el estribo, en el momento en que arrancaba, pero me golpeó con algo y me tiró al suelo. ¿Y esos? ¿Mataste a Vane?

—Está sin sentido.

—Bien, voy a concluir con él.

—Un momento, Stan. Antes nos tiene que decir algo.

—Escuche, Glenda —dijo Bedloe, volviéndose a la muchacha—. Más vale que se quede aquí, pero no se mueva. Lo que vamos a hacer... no le gustaría demasiado.

—¡No quiero más sangre en mi casa! —gritó la muchacha, poniéndose en pie voluntariamente—. ¡Son ustedes como animales salvajes, sedientos de sangre! ¡Oh Dios mío!

—Esta chica no sabe más que llorar —dijo Stan fríamente, mientras se dirigía hacia el despacho—. Tendrás que convertirte en niñera, Tom.

—Escuche —dijo Bedloe a la joven—. De ahora en adelante estará usted bajo la protección de la Policía. Nada le ocurrirá, ¿me comprende? Nada en absoluto. Lo único que le pedimos es que nos ayude un poco. ¿No querrá hacerlo? No creo que esté usted metida en esto por su gusto, pero sí que hay algo por lo que ellos le pueden obligar a ayudarles. Dígame qué es y le prometo hacer desaparecer ese obstáculo. ¿La están haciendo «chantage»?

Ella movió negativamente la cabeza. Luego miró a Tom con sus luminosos ojos azules.

—Si se enteran de que yo se lo he dicho, le matarán. Él no puede volver y le matarán como a un perro. Me lo han dicho.

Algo acudió a la memoria de Tom Bedloe.

—¿Su padre? —preguntó.

Ella afirmó con la cabeza. Sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—Pero... —empezó Tom—. No podrán hacerlo allí, en el Japón. Su padre es un súbdito americano y se mirarán bastante antes de meterse en líos con el Gobierno de la Unión.

La joven movió la cabeza desconsolada.

—No los conoce usted. Tiene medios para hacer que un asesinato parezca un accidente. Conocen cosas horribles. Ahora le han prohibido que salga de allí. Si pide ayuda a la Embajada, le ocurrirá algo. Y en el caso muy improbable de que lograra huir de allí, me matarían a mí.

Bedloe estaba confuso. Del despacho le llegó la voz de Stan que hablaba con alguien, y el ruido de un golpe.

—Sólo puedo decirle una cosa, Glenda. A usted no le ocurrirá nada en absoluto mientras permanezca con nosotros y procure ayudarnos. Pero ¿para qué quieren retener a su padre en el Japón?

Y ¿para qué la necesitan a usted?

La joven bajó la cabeza.

—Quieren que saque documentos, listas y demás del Instituto. Saben que puedo hacerlo porque soy la secretaria. ¡Oh, tengo que confiar en alguien, o de lo contrario me volveré loca! Apenas duermo pensando qué será lo que busquen esos japoneses cuando necesitan los nombres y las direcciones de muchos nipones residentes en los Estados Unidos. Pero no puede ser nada bueno. Y ellos... me obligan a que les facilite todas esas cosas.

Bedloe se sobresaltó. Empezaba a ver claro. Los amarillos estaban intentando algo que, como dijo Hoggar, era dinamita pura. Si algo ocurriera, una guerra, por ejemplo, cientos de miles de japoneses naturalizados, emigrantes, residentes, serían un tumor enorme en el seno de los Estados Unidos, un tumor que costaría gran trabajo extirpar.

—¿Sabe usted dónde vive el marqués de Hori? —preguntó con voz aguda.

—No, no lo sé. Lo conocimos mi padre y yo en el Japón. Parecía una buena persona, muy inteligente y «parecía» también muy amigo de nosotros los americanos. En cambio, ahora, cuando llegó a los Estados Unidos y me buscó...

Bedloe se decidió rápidamente. No tenía más remedio que confiar en la joven.

—Mire —dijo rápidamente—. Lo que están buscando esos tipos es que todos los japoneses que hay en el país se pongan de parte de ellos en el caso de que estallase un conflicto armado. Usted misma puede darse cuenta de lo que eso significaría. La ayuda que usted les presta puede servir para que miles de nuestros muchachos se encontrasen cogidos por detrás. ¿Le gustaría?

—¡No! —gritó ella convulsa—. Pero ¿qué puedo hacer? Matarán a mi padre, ¿no comprende?, y yo sería su asesina...

Tom la tomó entre sus brazos un momento.

—No se preocupe, Glenda —dijo con la voz más cariñosa que pudo encontrar—. Apártese del asunto y le prometo que nada ocurrirá a su padre. Aún le quedan al

F. B. I.

algunos triunfos en la manga. Déjeme hacer y confíe en mí, ¿quiere?

La joven le miró y una sonrisa luminosa se insinuó a través de sus lágrimas.

—No tengo más remedio.

Bedloe la atrajo hacia sí. Aquellos labios rojos estaban tan tentadoramente cerca... La besó rápidamente y la apartó.

—Quédese aquí. No se mueva.

Y penetró en el despacho de dos zancadas. Stan estaba de pie, al lado de Vane que continuaba tendido en el suelo. En el momento en que Bedloe llegaba, el «Carnicero» golpeaba al otro brutalmente con el pie.

—Miserable traidor —le estaba diciendo—. Puedo soportar a un ladrón o a cualquier tipo de éstos, pero a una bestia, como tú, que se vende a los amarillos, maldita sea tu estampa...

Tom llegó hasta el caído, lo cogió de las solapas y lo levantó en vilo.

—¿Dónde vive el japonés ese que estaba antes con tu hermano? —le preguntó acercando mucho su cara a la del otro.

—¿Te gustaría saberlo, eh? —preguntó el pistolero con un conato de ironía. El agente le golpeó con fuerza en un ojo y Vane lanzó un alarido de dolor.

—¿Dónde vive?

Silencio. El pistolero se dejó caer con todo su peso sobre un pie de Bedloe y éste gruñó. De nuevo su puño chocó contra el ojo dolorido de Pete, causándole a éste un intolerable dolor.

—Déjame a ese cerdo —intervino Stan. Tenía en la mano la pistola de Keogh—. Te juro que dentro de media hora estará hablando por los codos.

Bedloe se apartó.

—Está bien, «Carnicero». Y no es necesario que guardes demasiados miramientos con él.

Katzinsky cogió al «gangster» y salió al «*hall*» arrastrándole. Glenda Rhys no se había movido de su sillón y levantó la vista al oír los pasos.

—Dónde está la cocina, ¿preciosa? —preguntó Stan.

La muchacha le señaló el pasillo.

Stan se llevó al prisionero y penetró en una amplia cocina. Se dirigió de inmediato hacia el grifo del fregadero, lo abrió y buscó a su alrededor. En el cubo de los desperdicios había varias latas de

conservas usadas. Escogió una, le abrió un agujero en el fondo y la ajustó al caño del chorro, regulando éste para que la lata no pudiera llenarse del todo. El resultado fue que una gota caía a cada segundo por el agujero de la lata.

Cogió a Vane, que miraba todo aquello con ojos de sospecha, le dio un nuevo golpe para quitarle posibles arrestos y le ató al fregadero. La cabeza del maleante quedó justamente debajo de la gota que caía regularmente.

Bedloe apareció en la puerta seguido por Glenda.

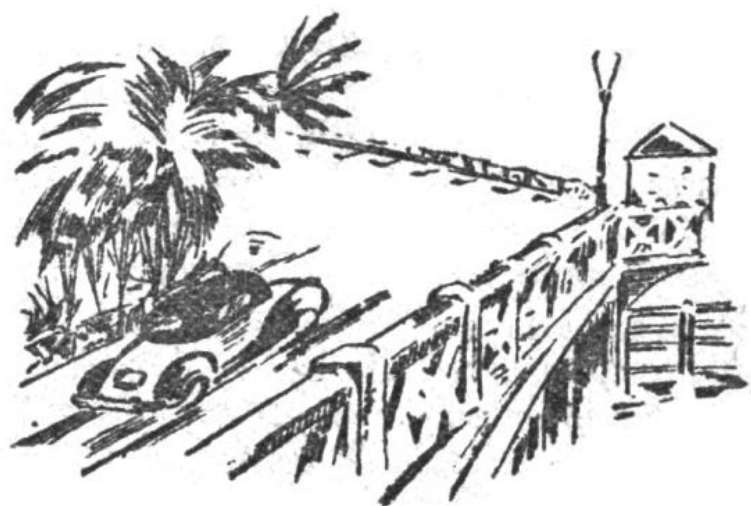
—¿Qué diablos estás haciendo? —preguntó.

—Es algo que aprendí de mi padre —dijo Stan contemplando críticamente su obra—. En 1912, los rusos lo cogieron a él y a dos compañeros que luchaban por la libertad de Polonia y les sometieron a esta «cura de aguas». Excuso decirte que los tres dijeron todo lo que había que decir. Sólo que mi padre cantó falso y algunos meses más tarde pudo llegar a los Estados Unidos.

—Si no inventas otras cosas, bestia... —empezó a decir Vane con voz ronca mientras que el agua le chorreaba por la cara. Katzinsky no se molestó en contestar siquiera.

—Llévate a la chica de aquí. —Tom— dijo. —Dentro de un rato este individuo tan confiado va a parecer un andrajo.

Bedloe sacó de allí a Glenda y se la llevó hacia las habitaciones superiores de la casa, después de asegurarse que la puerta quedaba bien cerrada. En la cocina sólo se oía el monótono chasquido de las gotas de agua que chocaban contra la cabeza de Peter Vane.



IV



INTROÓ Stan Katzinsky en la habitación donde esperaba Bedloe. Éste había enviado a la joven a dormir repetidas veces, pero Glenda había rehusado. Por fin vencida por el cansancio y las emociones se había quedado transpuesta en un sillón. El agente principal miró a su amigo.

—Allí lo tienes, Tom, llorando como un niño pequeño y jurando que dirá todo lo necesario. Se le ha acabado la fanfarronería.

—Vamos.

Volvieron a la cocina, donde Bedloe comprobó que su ayudante no había exagerado ni un ápice. El gran Peter Vane estaba sollozando y gemía convulsivamente cada vez que una nueva gota de agua le caía en la atormentada cabeza.

—¿Hablarás? —preguntó Bedloe acercándose a él.

—¡Sí! —gritó el pistolero roncamente—. ¡Hablaré, pero quítenme esto de encima, por favor!

—Desátalo, Stan —ordenó Tom. Se marchó de la cocina diciendo sobre el hombro:

—Voy a telefonar para que vengan a recoger el cuerpo de Keogh. No podemos dejarle la casa a la señorita Rhys convertida en un matadero.

—Avisa para dos cuerpos, Tom. Vane no vivirá mucho —dijo Stan en voz un poco más baja. Luego, se puso a desatar al pistolero.

Tom Bedloe bajó al despacho, descolgó el teléfono y marcó un número. La voz de Jim le llegó al momento al oído.

—¿Jim? ¿Conoces Secaucus? Está en la carretera de Weehawken a Passaic. Bueno, pues a una milla de Secaucus, en un caminito vecinal que sale a la derecha, hay una finca que se llama «El Cerezo en Flor». Envía allí unos cuantos de tus muchachos y recogerás el cuerpo de King Keogh. Ya sabes quién es, ¿verdad? Bueno, procura que no se hagan demasiadas preguntas acerca de cómo murió.

—Tom, por lo que más quieras —protestó la voz de Jim—. Dime cómo van las cosas. Hoggar telefonea cada media hora y cada vez parece más impaciente.

—Cuando vuelva a llamar dile que el asunto marcha a velocidad supersónica. Y, otra cosa. Entérate de por qué por el profesor Tobías Rhys, del instituto orientalista, no puede volver a los Estados Unidos. Hay algo raro en todo esto, Jim. Quizá dependa de ello el que podamos salvar a un americano. Y a muchos, si las cosas salen como creo. ¿Lo harás?

—Claro que sí.

—¿Tenemos algún chico decidido en Tokio?

—Varios. Están allí MacTavish, Dillard y Spider.

—Que vayan a Kobe y procuren guardarle las espaldas al profesor Rhys, mientras que los políticos enredan las cosas, como de costumbre. Si es necesario, que secuestren al profesor Rhys y lo metan en la Embajada a la fuerza. ¿Me entiendes?

—Sí —suspiró Jim al otro lado del hilo—. Así es como trabajas tú, ¿no?

—Claro. ¿Creías que me pasaba las horas pensando en las huríes? Date prisa, Jim. Y métele prisa a Hoggar con el asunto del profesor. Te digo que es de los de vida o muerte.

—Bien. Espero tus noticias. Enviaré a algunos muchachos a ese «Cerezo en Flor».

—Adiós.

Colgó y se dirigió a la cocina. Peter Vane estaba sentado en una sillita al lado de la refrigeradora, cogida la cabeza con ambas manos.

—Vamos, Pete, empieza ese aria que nos ibas a cantar —dijo Bedloe encendiendo un cigarrillo—. Y recuerda que si una sola mentira se te escapa de los morros, te tengo media hora más debajo del grifo.

Pete le miró con ojos alucinados.

—Fue mi hermana la que se entendió con el japonés ese. Yo le dije que no me gustaban los líos con extranjeros, pero ella se empeñó en tomar el asunto. Decía que nos daría mucho dinero. Por fin nos pusimos de acuerdo.

—¿Dónde os veáis con el japonés? —preguntó Tom.

—Aquí.

—¿Aquí? ¿Quieres decir que solamente aquí os habéis visto? ¿No sabes dónde vive?

—No, no lo sé.

—Hala, al agua otra vez —dijo fríamente Katzinsky, cogiendo al pistolero por los sobacos. Éste se rebulló y lanzó un agudo chillido.

—¡No, no, juro que digo la verdad! Nos vimos aquí dos veces. Yo no sé dónde pueda vivir él. Es en Nueva York, creo, pero no sé dónde. ¡Lo juro! —añadió, enloquecido por el temor de que nuevamente pudieran torturarlo.

—Quieto, Stan, creo que dice la verdad —intervino Bedloe—. Pero también creo que tu hermana sabrá algo más.

Peter tuvo una pequeña vacilación.

—Creo que sí —dijo por fin. Y se puso a llorar de nuevo.

—¿Qué es lo que quería el japonés?

—Yo tenía que llevar una espada a una casa de ventas. Lo hice y se nos pagó bien. Luego teníamos que vigilar a la muchacha que vive en esta casa y ayudar al oriental cuando éste lo necesitase.

—¿Sabías lo que estabas haciendo, Pete? —preguntó Bedloe gravemente—. Esos tipos son espías japoneses. A todas las canalladas que has hecho hasta ahora, has unido la de traición a tu país.

—¡Yo no lo sabía! —protestó virtuosamente Vane, mirándole como una rata acorralada—. No me dijeron de qué se trataba. Creí...

—Que era alguna de las pequeñas «cosas» que sí se pueden hacer, ¿eh? Bien. Hemos terminado contigo. ¿Dónde vive tu hermana?

—En la calle Bayard, en el veintitrés. ¿Me van a entregar a la Policía? —añadió temerosamente.

—Estos tipos no tienen firmeza moral —dijo Stan, lentamente—. Mi padre aguantó dos horas de tortura y lo que dijo fueron mentiras. Éste ha cantado al cabo de tres cuartos de hora nada más. ¡Qué gentuza! —Sacó la pistola del bolsillo y le apuntó. El «gangster» se puso en pie, mirándolo hipnotizado y palideciendo densamente.

—Vas a morir como un perro amarillo que eres, Peter Vane —pronunció fríamente «el Carnicero»—. Que Dios se apiade de tu alma.

—¡No, no...! —empezó Vane, retrocediendo. Bedloe se encaminó a la puerta.

—Acaba pronto, Stan —dijo. Y salió. Aunque llevaba bastante tiempo trabajando con Stan, aún no se había acostumbrado a la frialdad del polaco. «Había veces— pensó, mientras se encaminaba hacia la habitación donde dormía la muchacha —en que parecía que Katzinsky no tenía ningún sentimiento humano.

»El Carnicero» se acercó lentamente al pistolero, sin dejar de sonreír con crueldad.

—¿Sabe, Pete? —dijo—. Podría matarte así como estamos, tranquilamente, pero quiero que esto parezca como si yo hubiera tenido que defenderme.

Sacó de la sobaquera la pistola de Keogh, comprobó que estaba cargada y se la tendió a Vane por el cañón. Él la cogió como si no pudiera creer en el testimonio de sus ojos. Y en el momento en que, vencido por el pánico atroz, intentaba darle la vuelta a la pistola y su mano temblorosa la levantaba, «el Carnicero» le pegó dos tiros en el estómago, en rápida sucesión.

Una expresión de intensa sorpresa, seguida por una de atroz dolor, se extendió sobre el rostro del pistolero. Su mano dejó caer la pistola y fue a apoyarse en su vientre. Se tambaleó y rodó por el

suelo. Stan le empujó con el pie, cogió con un pañuelo el caído revólver y se lo puso de nuevo entre las manos.

—Ahí te quedas, traidor —murmuró. Y salió del despacho.

Bedloe acababa de despertar a la joven. Ésta le miró con ojos soñolientos y luego, en rápida sucesión, pasaron por su mente todos los sucesos anteriores.

—Vamos, Glenda —dijo el agente principal—. No puedo dejarla aquí, a merced de cualquiera de esos sinvergüenzas. Va usted a venir a un sitio seguro con nosotros.

—¿Y mi padre? —preguntó ella.

—No se preocupe por él. No crea que dejamos abandonados a nuestros ciudadanos. Si verdaderamente está en peligro, saldrá de él. No puedo decirle nada más.

Bedloe aún no confiaba enteramente en la joven. Sabía, sí, que parecía sincera y que sus labios eran de calidad inmejorable, pero nada más. No podía correr riesgos en una profesión que le enfrentaba a cada momento con la muerte, al servicio de su país.

Por otra parte, no sabía, en realidad, qué hacer con la chica. Si la dejaba sola, la exponía a caer de nuevo en manos de los amarillos, cosa que sería horrible para ella. Y para América, ya que ella, influenciada por los japoneses, seguiría dando nombres de residentes del Imperio en los Estados Unidos. Decidió llevársela con él. Pero, sin darse cuenta, tradujo sus pensamientos en voz alta.

—Es usted como una carga de dinamita, Glenda. Hay que manejarla con cuidado o puede estallar.

La joven le miró sin comprender, mientras Stan lanzaba una corta y chirriante carcajada.

Bayard Street es una calle relativamente corta que va desde la de Baxter hasta el elevado del puente de Manhattan. Y linda, por la parte sur, con Chinatown, es decir, el barrio chino de Nueva York, ese retorcido dédalo de calles situado entre el Columbus Park y el Rowery.

El número 23 de Bayard Street es una casa vieja, de tres pisos, a la que se entra por un portal de desproporcionadas dimensiones. Cualquiera de los habitantes de Chinatown sabe que una red de corredores, pasillos subterráneos y demás restos de la época en que Nueva York empezaba a nacer a la vida como ciudad portuaria e importante, unen el número 23 con las casas vecinas, y llegan hasta

Pell Street.

No es, ciertamente, muy conveniente el adentrarse por aquel barrio pasada la medianoche. Se expone uno a encuentros muy desagradables y a que el policía de ronda le encuentre a uno tendido en la acera, con dos pulgadas de acero introducidas en el cuerpo. Pero a la joven que aquella noche se apeó de un automóvil en la esquina de Bayard y Mott Street, no parecía preocuparla todo aquello demasiado. Cruzó corriendo la calle, bajo la lluvia y penetró en el número veintitrés. Jadeante, pasó por el portal, trepó un par de tramos de escalones y se detuvo ante una puerta. Sacó de su bolso una llave y penetró en la oscura pieza.

Dio vuelta a la llave de la luz. El globo que colgaba del techo, hizo lanzar destellos de ébano de su abundante cabellera. Con una mano que hubiera hecho las delicias de un pintor de anuncios publicitarios, cogió el teléfono y marcó un número.

—Harry —dijo en voz baja—. Necesito que vengas con dos de tus muchachos. Sí, a mi casa. Que los chicos se queden vigilando la calle, porque Bedloe me anda siguiendo los pasos. Tú, subes aquí. Date prisa. Han cogido a mi hermano y no me hago ilusiones. Hablará. Hemos de estar preparados.

Escuchó la contestación y colgó. Inmediatamente marcó otro número.

—Quiero hablar con míster Thompson —dijo.

Una voz meliflua, con leve guturalidad en el acento, le aseguró que míster Thompson estaba al aparato.

—Oiga, señor —empezó nerviosamente la joven—. Ha ocurrido algo imprevisto. Los hombres esos lograron desatarme. Seguro que ha sido la gata alegre de la Rhys la que les ayudó. Bueno, mataron a Keogh y cogieron a mi hermano o lo mataron también, no lo sé. ¿Qué hacemos?

Hubo un silencio al otro lado del hilo. Luego, la voz volvió a sonar. No se notaba en ella diferencia alguna de tono.

—Siento mucho todo eso que me comunica, señorita Vane. Lo siento mucho, de veras. Quizá, tenga que tomar medidas un poco... drásticas. ¿Se encuentra usted en su casa?

—Sí, señor.

—Bien. Enviaré allí a alguien, por si el señor... ¿cómo se llama?, Bedloe quisiera pasarse por allí. Creo que su casa tiene buena

comunicación con otras cercanas, ¿no es verdad?

—Sí, señor. Aquí estaremos seguros. Ya he avisado a dos de los hombres de mi hermano. Quiero cazar a Bedloe, sea como sea.

Míster Thompson guardó un nuevo silencio.

—Muy loable, señorita Vane, muy loable. Yo también necesito coger a ese hombre. El que la envió estará ahí dentro de diez minutos.

Pero antes de que el hombre de míster Thompson (conocido en su país por el marqués Takaza Hori, descendiente en línea directa del Shogun Taiko-Sama, presidente de la Sociedad Secreta del Sable y honorable miembro de la del Dragón Escarlata) tuviese tiempo de llegar a la calle Bayard, llegaron a ella Harry Mitchell y sus dos secuaces. Estos últimos se quedaron en la calle, metidos en el automóvil que Marcela dejara allí, y Harry ascendió hasta el primer piso. Marcela no le abrió hasta que no comprobó quién era.

—¿Y el jefe? —preguntó Harry, un tipo delgado, de pelo rojo, con ojos de largas pestañas que ocultaban las oscuras pupilas. Era lo que parecía: un matón de la más baja estofa, y con una suerte tremenda con las mujeres. Hacía algún tiempo que había puesto sus miradas en la venusina figura de Marcela, pero la presencia de Pete y de Keogh le había hecho proceder con mucha cautela. Ahora se sentía un poco más dueño de la situación.

—Lo han cogido Bedloe y el tipo ese que va con él —respondió Marcela, encendiendo un cigarrillo y dejándose caer en un sillón. Si le ocurre algo a mi hermano, Bedloe se la va a cargar. Va a creer que ha caído en medio de una bandada de gatos rabiosos. ¡Maldito sea!— dijo con muy escasa femineidad.

Harry se echó el sombrero aún más sobre su ojo derecho y adoptó una postura de hombre invencible.

—No te preocupes, Marcy. Ya verás cómo le hacemos pagar caro a ese matón, la muerte de Keogh.

Marcela Vane le miró con ligera sorpresa. Hasta ahora, Mitchell jamás habíase permitido el llamarla por su nombre, y mucho menos por el diminutivo, que sólo usaba. Keogh y su hermano. Se dijo que el pistolero iba empezando a trepar al rosál. Habría que bajarle los humos.

El automóvil enfiló Canal Street a velocidad suicida. Eran las tres de la mañana, y el tránsito, incluso allí, era bastante reducido.

Sin embargo, en una de las ocasiones, un motorista salió de la Avenida de las Américas e inició la persecución. Inmediatamente, una luz roja se encendió en la parte trasera del coche y empezó a guiñar. El policía detuvo su moto y observó cómo el coche doblaba la esquina de la calle Mulberry.

—Esos federales —dijo malhumorado—. Siempre parece que van a salvar al presidente de los Estados Unidos de un complot. Y luego, a lo mejor, sólo van a beberse un par de copas a casa de una rubia.

En el momento en que el coche dejaba Mulberry y se internaba en la calle Bayard, Stan dio con el codo a Bedloe, que iba conduciendo.

—No te detengas, continúa adelante. Ese coche que hay allí es el que traía Marcela. Me acuerdo bien. Y hay gente dentro.

—Los cogeremos por sorpresa —dijo Bedloe, haciendo avanzar su auto hasta doblar la esquina de la calle Elizabeth. Allí, entre las sombras de los viejos caserones, lo detuvo.

—¿Quiere usted ayudarnos? —preguntó, volviéndose hacia Glenda. La muchacha asintió con la cabeza.

—Creo que ya no puedo comprometerme más de lo que estoy —dijo, esforzándose valerosamente en sonreír.

—Bueno, camine usted por la calle Bayard, y al llegar a ese automóvil que está parado, pídale fuego. Tenga, lleve un cigarrillo.

Había dejado de llover hacía un ratito; pero las nubes seguían ocultando persistentemente la luna. Glenda Rhys se había quitado su vestido de tarde y llevaba un traje sastre y un liviano impermeable. Cubría sus cabellos con un gorrito a lo Robin Hood. Era lo más que había podido conseguir en el poco tiempo que Tom le dejó para cambiarse.

Taconeó decidida por la acera, Se cruzó con un trasnochador borracho, que le lanzó un silbido aprobador; pero ella no volvió la cabeza. Llegó hasta el coche y pareció darse cuenta de que llevaba el cigarrillo sin encender en la mano. Se paró y se dirigió hacia la cabeza que se veía por la ventanilla.

—¿Puede darme fuego? —preguntó.

—Claro, preciosa —respondió el hombre Sacó un encendedor e hizo saltar la llama. El resplandor iluminó la cara de la joven—. ¡Caramba! —exclamó sorprendido—. ¿De dónde sale usted? ¿De un cuento de hadas?

—Gracias —repuso la muchacha—. Oiga: le salió muy bien la galantería.

El compañero del que le ofreciera lumbre se volvió hacia ella:

—A mí me salen mejor aún, encanto. Consígame una cita, y verá lo que es oír cosas bonitas.

La joven rió picarescamente. Bajó la reducida ala de su sombrero; sus ojos, no obstante, se movían intranquilos. Pero no tuvo que esperar mucho. Dos sombras aparecieron a su lado, como materializadas en la noche. La ronca voz del «Carnicero» sonó como un trallazo.

—Pues las manos al techo, jovencitos, y a no moverse. No me gusta la gente intranquila.

Los hombres se revolvieron aturridos. La vista de uno de ellos se fijó en la joven que ahora se colocaba prudentemente tras las anchas espaldas de Bedloe.

—¡Puerca maldi...! —empezó a decir. Y Bedloe vio todo rojo. Su mano derecha, armada con la pistola, descendió con la velocidad de un rayo sobre la cara del pistolero, hundiéndole la nariz y haciéndole echar tres dientes fuera. El tipo se desmayó instantáneamente.

—Ya ves lo que le ocurrió a tu amigo, chico —dijo Stan, dirigiéndose al otro—. ¿Te gustaría un pastel de crema igual? Sal del coche. Y si haces el más ligero movimiento, te abraso.

El pistolero, atemorizado, saltó del coche. Era un hombre grande y fuerte, que había empleado muchas veces aquellas técnicas brutales cuando tenía que lidiar con algún indefenso individuo. Pero jamás se había visto él tratado así.

Apenas hubo puesto un pie en la calzada, cuando ya el puño del «Carnicero» entró en violento contacto con su estómago. Al mismo tiempo, Stan le agarró por el pelo y le hizo chocar la cabeza contra la portezuela del automóvil, mientras Bedloe cruzaba ya la calle. Glenda se acercó al «Carnicero».

—¡Por favor! —suplicó, cerrando los ojos ante la bestialidad del castigo.

—Apártese, capullito de rosa —dijo Stan fríamente—. Estos tipos son peores que alimañas. Y además, unos cobardes. Apártese, le digo.

El pistolero intentó una ligera defensa; pero Katzinsky era un

trabajador metódico y provisto con una gran cantidad de tretas, algunas de ellas aprendidas de su padre polaco.

Le dirigió un violento golpe al plexo solar, le golpeó un codo con la culata de su arma hasta que el otro dejó escapar un desesperado aullido al sentir el atroz calambre. Stan le machacó científicamente y con saña. Ésta era de las cosas que rompían la monotonía del servicio. El poder moldear a gusto a un tipo de aquéllos, le hacía sentirse feliz.

El pistolero se desplomó, por fin, sangrando por diversos sitios.

—Quédese aquí, señorita —dijo Stan, dirigiéndose a Glenda—. Estos piojosos no se moverán en un buen rato. Pero por si acaso... —Se inclinó sobre ellos y los desarmó. Le tendió a la joven un arma—. No tiene más que apretar el gatillo y matarlo si alguno intenta moverse. La Policía le dará las gracias si lo hace.

Y se encaminó rápidamente, en seguimiento de Tom. Éste había entrado en la casa y subía las escaleras, procurando hacerlo con el mayor sigilo posible. Stan le alcanzó, y ambos se enfrentaron con la puerta. El polaco se puso a un lado, con el arma preparada y los ojos brillándole en la oscuridad como los de un gato. Bedloe llamó suavemente con los nudillos. Al instante, una mirilla se abrió y pudo ver un rectángulo de luz.

La boca de una pistola asomó por la mirilla; pero Bedloe hizo honor a su fama de ser el más rápido alumno en la escuela del F. B. I.

Se hizo a un lado y disparó contra la puerta, alcanzando a la cerradura. Al mismo tiempo, la bala que le estaba destinada se perdió inofensivamente en la pared, proyectando trozos de yeso hacia todos lados. Inmediatamente, ambos se lanzaron contra la puerta, empujando con todas sus fuerzas. Los paneles cedieron ante el vigoroso encontronazo, mientras tronaba de nuevo la pistola que sostenía Harry Mitchell.

Bedloe penetró como un aluvión en el cuarto, una especie de «hall» con dos puertas enfrente. Parado en medio del cuarto, con una «Lugger» en la mano, estaba Harry.

—¡Arriba...! —empezó a decir, mientras apuntaba a la cabeza de Tom. Éste se agachó y permitió al «Carnicero» disparar por encima de su hombro. Harry puso los ojos en blanco y una estrella escarlata se ensanchó sobre su pecho. Se derrumbó y quedó quieto.

—¡Adentro! —gritó Bedloe, precipitándose hacia una de las puertas. Tuvo tiempo, al abrirla, de ver desaparecer a Marcela, entre un revoloteo de faldas, por otra enfrente de él. Mientras cruzaba la habitación a saltos, oyó el chasquido de la puerta al cerrarse. Cayó sobre ella con todo su peso, y los paneles crujieron como si un ariete hubiera chocado con ellos. Otro empujón, y saltaron hechos astillas. Metió una mano por entre ellos, cogió el picaporte y abrió. Al mismo tiempo, oyó el ruido de un disparo y sintió una quemazón ardiente en la mano: una bala acababa de rozarle.

Se hizo a un lado y disparó dos tiros en rápida sucesión contra la oscuridad del interior. Luego penetró.

Oyó el ruido de pasos que se alejaban, y metiendo la mano izquierda ensangrentada en el bolsillo de la chaqueta, sacó su linterna eléctrica.

A su luz pudo ver que se hallaba en una especie de corredor, de techo muy bajo, que descendía perceptiblemente. Sin vacilar ni un segundo, se internó por él. Había oído hablar en diversas ocasiones de la red de pasadizos que unían las casas de Chinatown, y se dijo que ahora iba a conocerlos de una vez. Apresuró el paso, procurando hacer el menor ruido posible con sus suelas de goma. El taconeo de la muchacha que perseguía se perdió a lo lejos.



¿POR QUÉ SE HA IMPUESTO LA COLECCIÓN

F. B. I.

*Porque es un género novelesco inédito
hasta ahora en el mundo entero.*

V



TANISLAO Katzinsky, «el Carnicero», se asomó a la ventana, dudando entre seguir a su amigo y volver a la calle, al lado de la chica aquélla. Sabía que ella podía estar en peligro, pero no cabía duda de que Bedloe podía estarlo mucho más. A través de los vidrios vio el coche de Marcela y a Glenda paseando nerviosamente de un lado para otro. Vio también cómo un camión de una casa de lavado y planchado doblaba lentamente la esquina.

Por fin se decidió. Era muy lamentable dejar a la muchacha con aquellos dos malandrines, pero él tenía que continuar al lado de Bedloe. Aquellos barrios eran sumamente insanos. Se agachó para examinar a Harry Mitchell y vio que estaba muerto. Cambió su

pistola por la «Lugger» del maleante y se la metió en la funda de la axila. Luego, con paso de lobo, se dirigió hacia la puerta por la que desapareciera Bedloe.

—No se mueva, por favor —dijo una voz a sus espaldas. Algo en el acento de aquella voz hizo que Stan se pusiera rígido. Se volvió lentamente y se enfrentó con un individuo de pequeña estatura que se tocaba con un sombrero de fieltro gris. Llevaba una trinchera clara y parecía muy macizo. Debajo del sombrero, dos ojos negros, oblicuos, le miraban sin pestañear.

—Muchas muertes en una noche —siguió diciendo el hombre—. ¿Quiere usted indicarme dónde está la señorita Vane? Porque usted debe de ser Bedloe, ¿no es así?

Stan pensó rápidamente. El camión de la Compañía de Lavados. ¡Claro! Y él, idiota de él, no se había dado cuenta de ello hasta que fue demasiado tarde. Ahora había caído en manos de los japoneses. Por regla general, a él todos los rostros orientales le parecían iguales, pero, sin embargo, encontraba un cierto parecido entre el del hombre que en este momento le apuntaba con una pistola y el otro el que les atacara en casa de Glenda.

—Sí, soy Bedloe —dijo.

—¿Dónde está la señorita Vane?

—No lo sé. Vine a buscarla para hacerla unas preguntas. Ignoro dónde pueda estar. El hombre ese que hay tendido ahí se puso tonto y tuve que aumentarle de peso con una bala.

El japonés había ido moviéndose, casi pegado a la pared. Stan aguardaba como un lobo el instante propicio de echársele encima. No tenía muy buen concepto de los orientales y creía que donde estuviera un hombre educado en los Estados Unidos, ningún otro podría ponerse enfrente, ni aun armado con una pistola.

El japonés estaba ya al lado del cuerpo de Harry. Se inclinó sobre él un momento para ver si estaba muerto y ése fue el instante que Katzinsky aguardaba. Su larga pierna salió disparada como si la accionara un muelle y golpeó la mano amarilla que sujetaba la pistola. El arma saltó en el aire y fue a caer dos metros más allá. Stan, sabiendo que tendría que darse prisa, o de lo contrario se le vendrían encima más orientales de los que debían de haber venido en el camión, se precipitó sobre su enemigo con la furia de un toro.

El japonés se agachó, pegándose al suelo como un gato, y todo el

empuje de Stan se perdió en el vacío. Instantáneamente, el amarillo se enganchó a sus piernas, lo levantó en vilo y lo lanzó contra el otro extremo de la habitación. Todo ello en menos de dos segundos. Stan rodó dos veces sobre sí mismo y, ágilmente, se puso de nuevo en pie, dando la cara a su enemigo. Éste no se había molestado siquiera en tratar de recoger la pistola. Avanzaba hacia «el Carnicero» con las manos abiertas y los brazos separados del cuerpo. Stan sabía lo suficiente de lucha para estar enterado de que el hombre no era ningún lerdo.

A pesar de que Katzinsky le sacaba por lo menos diez pulgadas de estatura, el otro debía de ser más fuerte que él. Incluso a través de la tela de la trinchera pudo darse cuenta de los potentes músculos que accionaban aquellos brazos. Pero hubiera sido no conocer a Stan si se pensara que aquello le iba a intimidar. Lanzó un directo a la cara del japonés y éste esquivó con un simple movimiento de cabeza. Dos golpes rápidos del polaco fueron cercenados al instante por el brazo de su enemigo y, por fin, la patada al vientre, ese golpe brutal que tiende a un individuo en el suelo sin poder ni respirar, se perdió inofensiva en el aire. Y el japonés pasó al contraataque. Su mano derecha descendió de canto, con la velocidad de un relámpago, para golpear el distendido brazo izquierdo de Stan, y al instante el miembro pendió, paralizados los tendones, inerte.

El puño derecho de Stan se estrelló, por fin, contra aquella impasible cara, haciéndole retroceder dos pasos. Sin respirar siquiera, «el Carnicero» siguió atacando, maldiciendo su inútil brazo izquierdo.

Dos manos amarillas se enredaron a Stan, levantándole en vilo, en el golpe de palanca del «jiujitsu». Por segunda vez aquella noche, Stan Katzinsky, uno de los hombres más duros del

F. B. I.,

se vio vencido al estrellarse su cabeza contra el suelo. El japonés se inclinó sobre él, vio que estaba inconsciente, recogió su arma y pareció que iba a internarse en los fondos de la casa, pero en vez de ello se acercó a la ventana y miró por ella. Luego levantó el brazo izquierdo e hizo una señal.

Volvió al centro de la habitación, encendió un cigarrillo y contempló la escena. Harry Mitchell bañándose en su propia sangre

y Stan desmayado, tendido en el suelo.

Dos hombres aparecieron en la puerta. Llevaban las batas blancas que caracterizan a los dependientes de los talleres de lavado, pero una persona que conociera un poco a los orientales se habría dado cuenta enseguida de que no eran chinos, sino japoneses. Hicieron una leve inclinación ante el hombre de la trinchera y esperaron sus órdenes. Éstas no tardaron en llegarles. Entonces, los hombres se inclinaron, cogieron el cuerpo de Mitchell y lo llevaron a la habitación del fondo. Luego se dirigieron a Katzinsky, lo registraron, le quitaron la «Lugger» y cargaron con él. Luego, bajaron de nuevo la escalera.

El japonés de la trinchera les siguió al cabo de un momento. Cuando llegó a la calle, vio que sus hombres habían metido dentro del camión a Stan Katzinsky, a los dos individuos a los que éste y Bedloe golpearan en el auto, y la joven. Cruzó la calle y entró también en el interior. Hizo una ligera inclinación ante Glenda y se sentó, con su pistola en la mano. La bombilla, bastante potente, iluminaba las caras de todos.

—Estuvo muy mal hecho, señorita Rhys —dijo el japonés al cabo de un momento—. Ya sabe usted que su padre puede sufrir mucho por esto mismo que ha hecho.

—Usted procura defender a su país, ¿no es verdad, Mitsuka? —preguntó Glenda, mientras el camión arrancaba—. Pues yo intento hacer lo mismo con el mío.

—Las circunstancias, señorita Rhys, no son las mismas —respondió el hombre, quitándose el sombrero y dejando que la luz se reflejase sobre su cabello negro, peinado con raya a un lado. Era un hombre joven, de unos veintiséis años, y sus ojos oblicuos reflejaban gran inteligencia. Glenda lo conocía bien porque habían estudiado juntos en la Universidad imperial, cuando sus familias eran amigas aún. En algún tiempo, incluso, se tutearon—. Sí, señorita. Yo no tengo ningún padre al que defender. El mío se encuentra libre. El de usted, no.

—Jamás le perdonaré esto, Mitsuka —dijo ella en voz baja—. Siempre le creí un amigo.

—Los destinos del país de uno, de la patria, no pueden verse estorbados por una amistad humana —respondió él, imperturbablemente—. Y nadie siente más que yo el que nuestra

amistad se rompa. Lo siento.

—Usted, no es más que un mono amarillo —dijo una voz de pronto. Stan había recuperado el conocimiento y estaba estirándose en el suelo del camión. El traqueteo de éste le hizo caer un visaje de dolor—. Eso es lo que es usted. Un mico amarillo con bestiales pretensiones de razas puras y todo lo demás. Me gustaría ver colgados a todos los que no tienen la cara blanca.

—Tiene usted la cabeza dura —dijo el japonés sonriendo y apuntándole con su pistola—. Pero sus gustos no tienen importancia en este momento. Y, quizá, es muy probable que, dentro de media hora, no puedan tenerla ya nunca más.

Stan probó a levantarse, sin hacer caso de la pistola. El dedo del japonés rodeó el gatillo, y pareció a punto de disparar. En ese momento, el hombre al que Stan golpeará un cuarto de hora antes, se puso en pie. Debía de estar muy dolorido, pero así y todo contempló la escena con curiosidad. Evidentemente era la primera vez que veía al japonés, pero se dio cuenta enseguida de que debía ser amigo. Por tanto, ansioso de revancha, se dirigió a Stan, casi cayendo, porque en aquel momento el camión daba una curva y le pegó un golpe feroz en la boca. Stan le miró fríamente.

—Te mataré por esto —dijo—. Juro que te mataré.

El individuo volvió a levantar la mano, pero esta vez cerrada, presto para el golpe. La voz de Mitsuka le llegó clara y neta a los oídos.

—Cuando quiera maltratar a alguien, lo ordenaré yo en persona —dijo. El pistolero le miró con truculencia.

—Sólo obedezco órdenes de mi patrón —dijo. Y se volvió para pegar de nuevo a Stan. No llegó a efectuar el movimiento. La pistola del japonés hizo un ligero ruidito, semejante al de una palmada apagada, y el hombrón se tambaleó. Sus brazos se movieron en el aire y cayó hacia delante, casi sobre las piernas de Glenda Rhys. Stan supuso que la pistola debía de ser de aire comprimido. Pero todo esto lo pensó cuando se lanzaba como una catapulta contra las piernas de Mitsuka.

Tampoco esta vez encontró al oriental desprevenido. La pistola le golpeó de plano en un costado de la cabeza y «el Carnicero», se desplomó al suelo.

—Muy combativo —observó Mitsuka Hori, dirigiéndose a

Glenda—. Habrá de perdonar, señorita Rhys, estas muestras de brutalidad masculina. No tuve yo ninguna culpa.

Glenda no contestó. Se arrodilló al lado de Stan y le cogió la cabeza, sujetándola sobre su falda. El japonés la contempló un instante, y en aquel momento el camión paró.

Se oyó rechinar algo, que debía ser una enorme puerta metálica, y el camión emprendió nuevamente la marcha, para detenerse enseguida. Mitsuka abrió la puerta trasera del vehículo y dio un salto. Dos hombres aparecieron a su lado y le ayudaron a bajar la carga del interior. Estaban en un inmenso garaje donde había varios camiones y se veían figuras humanas alrededor de ellos.

—Tenga la bondad de seguirme, señorita Rhys —dijo Mitsuka. Dio una orden y los dos japoneses que transportaban el cuerpo de Stan le siguieron también. A través de las puertas que se cerraban, entraba la luz grisácea del amanecer.

Bedloe recorrió el pasillo en pocos momentos, y encontró un recodo. Enfocó su linterna hacia adelante y escuchó. No se oía ningún ruido y eso no era tranquilizador si se tiene en cuenta que la joven no había podido sacarle mucha ventaja.

Un ruidito a su izquierda le hizo dirigir instantáneamente hacia allí el delgado rayo de luz de la linterna. Un cuerpo deprimido, terminado en un enorme rabo, se escurrió a su lado casi. Bedloe alcanzó a ver el brillo cruel de dos ojos negros como cuentas de azabache.

Siguió andando. Entre las vigas que soportaban el techo del corredor oyó el paso de más roedores y sus agudos chillidos. Luego, por fin, se encontró ante un tramo de escalera que ascendía. Se movió silenciosamente al subir y topó con una puerta de madera carcomida. La empujó con el hombro sin resultado alguno. Estaba bien encajada.

No quiso disparar, por si acaso la joven no sabía que era perseguida y podía sorprenderla. Además, no tenía ninguna gana de que se le echasen encima todos los maleantes del barrio chino si hacía ruido. Su idea era tratar de encontrar a la chica y volvérsela a llevar a un sitio donde pudiera hacerla hablar. Y «Carnicero» podía haberse reunido ya con él. ¿Qué diablos estaría haciendo?

Empujó de nuevo la puerta, inútilmente también. Tenía que encontrar un medio de abrir aquello. Pero por de pronto,

investigaría por si Marcela se había metido en algún corredor transversal que hubiera podido pasarle inadvertido a él.

Se volvió de espaldas, bajó los escalones de nuevo y se adentró en la oscuridad del pasadizo. Silenciosamente la puerta se abrió sin un susurro que delatase el movimiento, y una mano armada de una pistola asomó por ella. Hubo un apagado chasquido, sin fogonazo y Bedloe se detuvo bruscamente, levantó los brazos y se desplomó de bruces.

Dos hombres, llevando una linterna, aparecieron en lo alto de la escalera. Uno de ellos era enorme, de casi siete pies de estatura, y se cubría con un tarbush. El otro era pequeño, pero tan ancho que parecía cuadrado. Cogieron a Bedloe por los brazos y las piernas y subieron con él. Un momento después lo depositaban en una habitación débilmente iluminada. Allí, con un cigarrillo en la mano, sentada en el borde de una desvencijada mesa, estaba Marcela Vane. Echó una ojeada al agente principal y vio cómo le corría la sangre de una herida en un lado de la cabeza.

—¿Muerto? —preguntó.

El hombre bajito se inclinó y tomó el pulso a Tom.

—No —dijo—. Herido. Rozadura.

El que llevaba el tarbush sacó de nuevo su pistola y apuntó decididamente a la cabeza de Bedloe. La muchacha le detuvo con un movimiento de la mano.

—Espera, Yakub. Tengo una cuenta pendiente con este hombre y me la va a pagar. Además, hemos de esperar a que lleguen mi hermano y Keogh.

El sirio volvió a guardarse la pistola. Entre tanto, el hombre pequeño había ido hasta un fregadero que se veía a la izquierda (estaban en una cocina), cogió un cubo de agua y lo echó sobre la cara de Bedloe. Éste se removió, se llevó una mano a la sien, abrió los ojos y se percató de que estaba sangrando, pero vivo... sonrió. Luego, sus ojos, mirando vagamente aún, se fijaron en lo que le rodeaba. Vio la cara de Marcela, luego la de Yakub y, finalmente, la del hombre bajito.

—Dos «valets» y una dama —dijo tratando de ponerse en pie—. Vaya, Yakub, creí que la Policía del Estado había acabado ya contigo hacía mucho tiempo. Otro día me contarás tus aventuras. Y tú, Rivoli, ¿ya no te dedicas al noble comercio de enviar chicas a los

«cabarets» de América del Sur?

Rivoli contestó con una patada a las costillas de Bedloe, y Yakub se dispuso a trabajar sobre el resto de la anatomía del agente. Pero la voz de Marcela les interrumpió nuevamente.

—No seáis idiotas. Aquí mando yo todavía, ¿no es cierto? Si alguno de vosotros tiene alguna duda no tiene más que esperar a que venga mi hermano.

El nombre de Vane, incluso para aquellos veteranos maleantes, era algo que había que escuchar con respeto. Y más si se le agregaba el del animal de Keogh aquel ulsteriano que había sido el único hombre en el mundo que logró conmover el corazón de Marcela. Ahora, estaba muerto allá, en Nueva Jersey, y el hombre que estaba a sus pies era el que le mató. Las pupilas de tinta se contrajeron.

—Atadlo a una silla —ordenó—. Luego dejadme sola con él. Os llamaré si os necesito.

Le ataron con saña, de tal manera que las cuerdas se le hundían en la carne dolorosamente. Bedloe les insultó mientras cumplían su cometido, porque no le agradaba nada quedarse solo con aquella muchacha que parecía una arpía, a pesar de todo lo bonita que era. Quería, por tanto, hacer que los otros le golpearan hasta perder el sentido. Sabía que eran tan bestias que no le tocarían los sitios más dolorosos, sino que se limitarían a golpearle como mulas. Y él era duro para aguantar el dolor.

Pero por fin se retiraron. Lo último que vio de ellos fue la mirada asesina de Rivoli, el antiguo tratante de blancas, al que él pusiera «en conserva» tres años antes.

Marcela se le acercó andando con aquel movimiento ondulante que atraía en la calle las miradas de todos los hombres que se cruzaban con ella. Se le acercó tanto que sus dos rostros estaban casi juntos.

—¿Qué hiciste con mi hermano, perro sarnoso, cerdo? —le preguntó.

—Muy chistosa, hermana. ¡Ah, las mujeres! Se pasa uno la mitad de la vida corriendo tras ellas y la otra mitad tratando de quitárselas de encima. ¿Qué me vas a hacer si no te lo digo, eh, preciosidad? ¿Me entregarás a esos hombres malos que esperan ahí fuera?

La lumbre del cigarrillo que sostenía la joven se le acercó peligrosamente a la mejilla. Bedloe entornó los ojos intranquilo, pero sin demostrarlo. Aquella furia era capaz de todo, no cabía duda.

—Contesta, puerco —repitió ella.

—¿Te gustaría saberlo, eh?

El cigarrillo entró en contacto con la carne de la mejilla del agente. Éste sintió una quemadura atroz y que la piel de la cara se le atirantaba, pero la expresión de sus ojos no cambió. El cigarrillo se mantuvo un instante pegado a su epidermis y luego se separó. Se notaba un leve perfume a carne asada. Aún le quedaron fuerzas a Bedloe para sonreír.

—Si sigues así, acudirán todos los vecinos con los platos en la mano, dispuestos para ser invitados.

—La próxima vez te lo haré en un ojo —dijo la chica, volviéndose para encender un nuevo cigarrillo—. Contesta. ¿Qué hiciste con mi hermano?

—¿No podrás darme un trago antes? —preguntó Tom, sintiendo que le invadían las náuseas. Después de todo le habían dado un tiro en la cabeza y, aunque la bala sólo le rozó, la conmoción había sido ruda. Y si se le agrega el jueguecito de la niña aquella...

—Después, con ácido sulfúrico. ¿Vas a hablar?

—Claro que sí —repuso Bedloe, sintiendo que una idea acudía a su mente de pronto—. Claro que sí, ricura. Y, además, hablaré tan alto que los que están ahí fuera, y que creen que tu hermano ha de venir a pagarles sus servicios, se enteren de que tu hermano ya no podrá volver jamás. Ni Keogh, claro está. «El Carnicero» se ocupó de ellos, como se ocupará de ti de un momento a otro, porque me seguía los pasos. Pero además hay otra cosa. Tu hermano solamente murió después de haber sido torturado hasta que lloraba como un bebé y pedía a gritos que acudiera su mamaíta a salvarle. ¿Sabes lo que es el agua china, nenita? Pues se la aplicamos a él. Y luego, una vez que nos enteramos de todo lo que nos convenía, le metimos un par de «plomos» en la barriga y llamamos al camión de los desperdicios para que viniera por él. Ésa es la historia. Puedes ponerle música si quieres.

Había hablado en voz baja, en un ronco susurro que llegaba aún más dramáticamente al oído de la joven. Ésta había palidecido

según iba escuchando, y la mano que sostenía el cigarrillo temblaba tanto que, al final, éste cayó al suelo. Cuando Bedloe terminó, se lanzó sobre él como una leona, con el cabello suelto y los ojos brillantes de ira. Le arañó, intentó sacarle los ojos y solo y el repentino movimiento de la cabeza de Bedloe impidió que le dejara ciego. Le golpeó con toda su fuerza, le dio de puntapiés y le hundió los afilados pulgares detrás de las orejas, causándole un dolor intolerable.

La puerta se abrió y Rivoli y el sirio entraron en el cuarto. El ruido que armaba la joven los había intranquilizado.

—¡Largo de aquí! —chilló Marcela, volviéndose hacia ellos como una furia. Rivoli, que era el primero, retrocedió, pero en aquel momento la voz de Bedloe se elevó sobre la de la chica Vane.

—Os están estafando el sueldo, muchachos. Peter Vane está camino de la Morgue, y Keogh le sigue de cerca, ambos tan fríos como un par de barras de hielo. Marcela es la única que queda de la banda, porque a Harry Mitchell y a sus muchachos me los acabo de cargar hace un momento allá arriba. Y «el Carnicero» anda rondando por aquí.

El sirio miró a Rivoli y éste le devolvió la mirada. Se notaba la indecisión en sus semblantes. Mucho odiaban a Bedloe, pero éste, aún maniatado, y acompañado por el «Carnicero», era demasiado para ellos. Además, Bedloe podía decir la verdad.

—¡No seáis imbéciles! —les previno Marcela, jadeante, encrespado el pecho—. ¿No veis que quiere engañaros? Más os valdrá echaros encima a toda la Policía que ponerlos a mal con Pete y con King.

—Nos gustaría hablar con tu hermano —dijo al fin la aflautada voz del sirio Yakub—. Además, este hombre...

Marcela Vane perdió la paciencia, y eso, en los actuales momentos, fue un error. Bedloe la observaba curiosamente, y se dio cuenta de que la joven caminaba hacia su perdición. Claro que habían sido demasiados golpes para ella en una sola noche. Se inclinó sobre su bolso que descansaba sobre la mesa, y extrajo de él su pequeña

«Smith & Wesson».

La boca del arma describió un círculo amenazador.

—Sois unos cobardes —dijo fríamente—, y los cobardes

solamente conocen un tono de voz. Pues bien: vais a escuchar la canción en el tono que necesitáis. Al primero que se mueva lo dejo seco. Tú, Rivoli, mete tu mano izquierda debajo del sobaco y saca la pistola. Ya sabes lo que te puedo hacer si tratas de gastarme alguna broma.

El italiano obedeció, sin dejar de mirarla con sus negros ojillos.

—Ahora, de espadas a nosotros. Cara a la pared y las manos detrás de la nuca —ordenó la joven.

«Aquello —se dijo Bedloe— lo habría aprendido de sus amigos los japoneses. También Stan solía usar aquel método brutal».

—Tú ahora, Yakub —ordenó Marcela—. Desármate.

—¿No os lo dije? —preguntó Tom irónicamente—. Os traicionaría si con ello pudiese ganar un dólar. Y su hermano está muerto.

La joven se volvió a él con la furia retratada en el rostro, y la pistola que tenía en su mano escupió fuego y plomo. Pero hubo una cosa que no tuvo en cuenta. Era éste el instante en que Yakub, el sirio, estaba sacando su pistola del sobaco. Y la bala de Yakub se incrustó con fuerza en el hombro de la muchacha, tirándola para atrás. Por eso la bala de Marcela no hizo sino chamuscar el cabello de Bedloe, sin tocarle siquiera.

Marcela dejó escapar un ahogado gemido, pero no soltó su arma. Por el contrario, volvió a disparar, esta vez derechamente al pecho del sirio. Su proyectil se cruzó con el segundo disparo de la pistola del árabe y ambas balas encontraron su destino. Yakub se tambaleó grotescamente y cayó de boca. Marcela se desplomó de espaldas, juntas las piernas.

El italiano se había vuelto como una serpiente, pero nada podía hacer, ya que estaba desarmado. No obstante, al ver caer a ambos, se precipitó para recoger su pistola. Con ella en la mano, examinó al que fue su compañero.

—Está muerto —gruñó.

Luego se volvió a Marcela.

—Esta perra vive todavía —dijo—. En cuanto a ti, polizonte...

—No pierdas la cabeza, Rivoli —le aconsejó Bedloe—. Me olvidaré de todo lo que ha ocurrido aquí si me desatas. Tengo trabajo por hacer.

El italiano vaciló. Aunque matase a Bedloe, tendría al

«Carnicero» a sus talones y conocía los métodos del agente.

—No puedo fiarme de ti —dijo. Pero ya Bedloe había visto la vacilación en sus ojos.

—Ya lo creo que sí, hombre. Mira: ahora no hay nada contra ti. Si tienes algún dinero, puedes largarte y vivir por ahí, lejos. Pero si haces alguna tontería, te pesará toda tu vida. Recuerda que yo podía haberte encerrado para toda la vida, pero no lo hice. Por el contrario, conseguí que la mayor parte de los cargos recayesen sobre Valentini. Desátame y te doy mi palabra de que no ocurrirá nada.

Rivoli se decidió por fin.

—Bueno como me engañe... —murmuró. Se dirigió hacia él y le desató rápidamente. Bedloe hizo funcionar los músculos de sus brazos y se dirigió hacia donde yacía Marcela. Ésta respiraba aún pesadamente. Se inclinó sobre ella y vio que la joven abría los ojos.

—Puedes curarte aún si me dices dónde está la casa del japonés ese —le susurró Bedloe, mientras Rivoli miraba a ambos con sospecha.

La chica abrió los ojos y le miró vagamente. Pero al fin comprendió qué era lo que se le pedía. Reuniendo todas sus fuerzas, escupió a la cara del agente y dejó caer nuevamente la cabeza hacia atrás.

—Yo... moriré —dijo, jadeando penosamente—. Pero no sabrás... lo que... quieres... perro.

Tom se apartó de ella y se volvió al italiano.

—Lárgate, Rivoli —dijo perentoriamente—. Y procura no volver a ponerte delante de mi vista si estás contento con tu pellejo. No te haré nada.

Rivoli se apresuró a cumplir su indicación. Luego, Bedloe se inclinó nuevamente sobre Marcela.

—¿Hablarás? —preguntó.

La chica no le oyó. Su cara estaba muy encarnada y la sangre brotaba aún de sus heridas. Bedloe le rasgó el vestido, humedeció su pañuelo con agua del lavadero y procuró contener la hemorragia. Ella había perdido el sentido.

Bedloe se dio cuenta de que se moriría si no lograba sacarla cuanto antes de allí. Y no quería que muriera.

La tomó en brazos, se dirigió hacia la puerta pasadizo cogiendo

al pasar la linterna que utilizara el sirio. Marcela era delgada, pero Tom había recibido una herida en la cabeza y no estaba demasiado seguro aún de sus fuerzas. Recorrió penosamente el largo pasadizo y se encontró de nuevo en casa de la muchacha. Por ninguna parte había señales del «Carnicero». Bedloe maldijo en voz alta al pasar por encima del cuerpo de Mitchell y encontrar la puerta abierta.

—¿Dónde se habrá metido ese condenado? —Gruñó, mientras descendía la escalera.

La segunda sorpresa se la llevó al ver que el coche junto al cual se quedara Glenda Rhys había desaparecido. Una terrible sospecha lo asaltó. Algo había ocurrido allí mientras él perseguía a Marcela, y ese algo no podía ser nada bueno. Mientras se encaminaba a su propio coche, una manzana más allá, se tropezó de pronto con un policía de uniforme.

—¿Dónde va tan cargado, amigo? —preguntó el policía, acercándosele. Estaba amaneciendo y el hombre contempló con asombro la clase de carga que Bedloe portaba. Inmediatamente echó mano a] revólver.

—Policía federal, oficial —dijo Bedloe—. Rápido, hemos de llevar a la chica a un hospital. Se está muriendo. Mi coche está ahí al lado.

Algunas caras se asomaron a las ventanas y contemplaron la escena curiosamente. El policía se rascó la cabeza.

—Bueno, amigo, enséñeme las credenciales. No crea que me trago cuentos tan gordos.

Bedloe le maldijo furiosamente. Cargado con el cuerpo de la joven como estaba, y sabiendo que de un momento a otro podrían ocurrir algunas cosas, no era hora de andarse con jueguecitos.

—En mi cartera las tengo, hombre —gritó casi, encaminándose hacia su coche. Dejó a la joven en el asiento trasero y le enseñó el «carnet» al agente. Éste se cuadró.

—El hospital más cercano está en Delancey, señor —dijo, subiendo al estribo del coche, mientras que Bedloe lo ponía en marcha—. Yo le conduciré.

Tom arrancó a velocidad vertiginosa, guiando por donde le iba diciendo el agente. Siguió por el Bowery hasta su cruce con Delancey. Casi en la esquina se alzaba la inmensa mole del Grant Hospital.

El agente se internó en él rápidamente, mientras Bedloe se apresuraba a sacar a la muchacha. No habían transcurrido ni cinco minutos cuando dos enfermeras con una camilla se dirigieron hacia él. Cargaron con la desvanecida muchacha y la condujeron dentro, seguidos por Bedloe. Éste tuvo que esperar en una sala mientras le extraían las balas a Marcela. Se tocó la cara y se la encontró rasposa. Estaba necesitando urgentemente un afeitado, un baño y comer algo. También beber.

Un médico joven le salió al encuentro.

—Esa chica no vivirá mucho —dijo, limpiándose los lentes. Luego añadió con curiosidad—: ¿Cómo ha sido todo eso?

—Cosas que pasan —contestó Bedloe—. ¿Recobraré el conocimiento?

—Es posible —contestó el otro un poco ofendido—. Por cierto que la chica es bonita como un cromo. No comprendo qué podía hacer mezclada en tiroteos. A propósito: tendrá usted que hacer la declaración para la Policía. Ahí, en aquella mesa.

Sacó Bedloe su «carnet» y se lo tendió al médico. Éste le echó una ojeada.

—Bueno, bueno, pero nosotros...

—No tengo tiempo ahora para explicaciones, doctor. Llame usted a Centre Street, a la Jefatura, y ellos se harán cargo de todo.

—Déjeme primero que le cure eso —dijo el médico, señalando el largo arañazo. Lo llevó a una sala y se puso a la faena.

—Quiero que se me avise en cuanto esa joven recobre el conocimiento. Algo que ella sabe tengo que saberlo yo. Y no lo olvide, doctor: es muy importante.



MÁS REALIDADES:

TIGER, EL SOLITARIO. (Agotada.)

EL ESPÍA FANTASMA. (Agotada.)

de la Colección
EXTRAORDINARIA DEL OESTE

VI



ERA una habitación muy amplia, y la escasez de muebles y las paredes desnudas hacían que pareciese mayor aún. Detrás de la mesa que había en uno de sus extremos estaba sentado el hombre que acompañaba a Marcela en casa de Glenda Rhys, el marqués Takaza Hori. Sus vivos y penetrantes ojillos negros examinaron al grupo que entraba.

—Falta uno —hizo notar el japonés de la trinchera.

—No pudimos encontrarle —respondió el joven.

Se apartó para que pasara Glenda, a la que seguían los dos hombres que transportaban el cuerpo de Stan.

El marqués se levantó e hizo una ligera inclinación ante la joven.

—Debo reconocer —dijo cortésmente—, que su patriotismo ha salido vencedor en la lucha con su cariño hacia el profesor Rhys. Lo

siento, señorita.

La joven no le contestó de momento. Se limitaba a mirarle como podría hacerlo con un animal de una extraña especie o un monstruo desconocido hasta ahora.

—¿Qué piensa hacer con mi padre? —preguntó al fin.

El marqués movió la cabeza negativamente.

—Eso, señorita Rhys, ya no está en mis manos. Insisto en que ha sido usted la única culpable y...

Stan había recobrado el conocimiento. Sus ojos recorrieron a los que ocupaban la habitación y se fijaron preferentemente en la figura de Hori. Hizo un esfuerzo y se incorporó. Al instante los dos japoneses que le habían llevado allí se pusieron a su lado silenciosos.

—Bueno, piojosos; parece que nos reunimos de nuevo —hizo notar «el Carnicero», estirando los brazos—. ¿Cómo sigue el Hijo del Sol?

—Sus bromas no son ni siquiera ingeniosas —dijo Takaza, mirándole fijamente, sin cambiar de expresión—. Morirá usted dentro de pocos minutos, y con usted su compañero.

—¿Tom? —preguntó Stan—. Él será quien les pesque a ustedes. Se puede cansar de coger agentes federales y de asesinarlos si pueden; pero no crean que podrán «pescarlo» a él. Es demasiado listo para ustedes. Y tanta charla no conduce a nada.

Mitsuka Hori, el joven de la trinchera, se acercó a Stan y le puso la mano delante de la cara.

—¿De qué le sirve bravuconear? —preguntó sonriendo—. Con esto —y movió la mano—, le he derribado ya dos veces. No es tan fuerte como se cree, amigo.

Stan le miró despreciativo. En la psicología del «Carnicero», si faltaba alguna cualidad, no era precisamente el valor.

—Déjenme las manos libres y póngase usted en guardia, mono amarillo —dijo—. Veremos entonces quién puede derribar a quién.

Mitsuka entornó los ojos y dirigió una mirada a su padre. Éste movió la cabeza negativamente.

—No es éste el momento, Mitsuka —dijo—. Los encuentros personales, por mucho que me gusten cuando en ellos se puede dilucidar la superioridad de una raza sobre otra, pueden aguardar. Tendrás tu ocasión —dio una palmada y los dos japoneses cogieron

al «Carnicero» por los brazos. Éste se los sacudió de un manotón.

—Si piensan que voy a esperar como una oveja a que me sacrifiquen, son ustedes más idiotas de lo que siempre he creído. Antes de que se den cuenta siquiera tendrán ustedes encima al F. B. I.

Y con él no se juega.

Takaza rió ásperamente. Luego pronunció unas palabras en japonés, y al instante los dos orientales se precipitaron sobre Stan, sin que ni Mitsuka ni su padre interviniesen. Se trabó una lucha feroz, sin respiro ni cuartel, en la cual los puños del «Carnicero» se estrellaron repetidamente contra los impasibles rostros asiáticos. Uno de los golpes de Katzinsky envió rodando y uno de sus contrincantes, el que se levantó como una pelota de goma y volvió a la carga. Al fin, «el Carnicero» fue derribado por una hábil zancadilla y quedó en el suelo, sujeto firmemente.

—Llévalos y encerradlos —ordenó el marqués. Se volvió a Glenda—: Usted, señorita Rhys, permanecerá con él hasta que decidamos lo que hemos de hacer con usted.

La joven irguió su alta estatura delante del japonés.

—Ahora ya no tengo nada que perder, míster Hori. Sea lo que fuere lo que hayan hecho de mi padre, no puedo seguir por más tiempo ayudando a los enemigos de mi país. Estoy segura de que mi padre me aplaudiría si pudiera oírme. De ahora en adelante procuraré por todos los medios que el Gobierno de los Estados Unidos sepa lo que intentan ustedes. Convertir esta nación, el más maravilloso país libre que existe en una colonia japonesa, bajo el yugo de unos cuantos samuráis y militares. Pero no podrán triunfar, porque hasta las piedras mismas se alzarán para impedirselo. Ahí tiene el ejemplo de China. Llevan dos años combatiendo contra los ejércitos de ustedes y no solamente no se han rendido, sino que jamás lo harán. Esos pobres campesinos andrajosos, sin más armas que sus pechos y sus aperos, ya han infligido varias derrotas a los soldados del emperador. Prueben a meterse con América. Entonces sabrán lo que es pelear contra «hombres» de verdad, contra hombres que, como éste —y señaló a Stan— y como su compañero, antes darán su vida que permitirles llevar a cabo sus manejos. Y estarán resguardados por todo el poderío inmenso de los Estados Unidos. Usted —se volvió a Mitsuka, que la escuchaba impasible,

con un ligero brillo en los oscuros y rasgados ojos—, uno de los alumnos más destacados de la Universidad imperial, un joven que podría llegar a figurar entre las avanzadas de la ciencia, un hombre de altos ideales, o al menos así ha querido demostrarlo siempre, ¿qué hace usted metido en todo este sucio manejo? ¿Su patriotismo? Más haría usted por su país dedicándose a curar a sus semejantes, a sus compatriotas, que en procurar ganar terrenos que no han de conquistar jamás. Usted que...

—¡Basta! —ordenó el marqués, dando un fuerte golpe sobre la mesa—. Señorita Rhys, ha hablado usted ya demasiado. Y esas palabras le costarán caras, muy caras. Su padre morirá en medio de los mayores tormentos, y nadie podrá salvarle de ellos, ¿comprende? Y usted seguirá su suerte. Llevadlos fuera.

—Ha hablado usted muy bien —dijo Stan desde el suelo, sonriéndole a la joven—. Así me gustan las chicas. No se deje amedrentar por estos micos. El

F. B. I.

guarda muchos triunfos en la manga, jovencita.

Uno de los japoneses le dio un fuerte golpe en el cuello, pero Stan estaba aprendiendo rápidamente. Encogiendo la cabeza, evitó que el golpe le dejara inconsciente. Lo levantaron y salieron con él. Glenda Rhys, sujeta firmemente por la mano de Mitsuka, lo siguió.

Atravesaron una serie de naves, vacías en ese momento y dedicadas al lavado de prendas blancas. Luego, un estrecho corredor, y por fin se encontraron en una habitación pequeña, cuya puerta, de recia madera, tenía una especie de mirilla, enrejada. Mitsuka despidió a los dos japoneses con un gesto y se enfrentó con los otros. Una bombilla eléctrica despedía un atenuado fulgor. A través de la pequeña ventana opuesta a la puerta se veía amanecer sobre la ciudad. A lo lejos, casi diluidas entre las nieblas grises del alba se destacaban las puntiagudas torres del Empire y del Chrysler.

Glenda contempló un momento la perspectiva. Luego, con un gesto lleno de cansancio, se volvió a Mitsuka.

—Mire lo que quieren ustedes conquistar. ¡Locos! Locos y asesinos. Conozco cientos, miles de japoneses nacidos y criados en este país que jamás harán armas contra él, y que, en cambio, lucharían por él si fuese necesario.

—Sé de otros muchos que no lo harían —respondió

calmosamente el japonés.

Stan contempló a ambos especulativamente. De una manera instintiva se daba cuenta de que aquellos dos seres estaban unidos por «algo», un lazo extraño que escapaba a su comprensión. Pero el fuerte del «Carnicero» no era precisamente preocupado de la psicología.

—Déjelo, Glenda —dijo—. No se pueden meter ideas nuevas en la cabeza de un tipo convencido de la superioridad racial y educado en ella. ¡Váyase al demonio, esperpento amarillo, y déjenos en paz! Cuando llegue la hora de la ejecución podrá darse el gustazo de presenciaria, o de matarnos usted mismo. ¡Hala, lárguese y ordene que nos guarden unos cuantos hombrecillos de esos que tienen ahí fuera!

—Calle —ordenó Mitsuka, clavándole las negras pupilas. Luego se acercó a la muchacha—. Yo no quise todo esto —dijo—. No he cambiado de ideas desde que estudiábamos juntos —agregó en japonés, hablando reposadamente—. Recuerde, Glenda Rhys, que en una ocasión...

La joven estaba muy próxima al llanto. La atroz tensión de toda la noche, el no saber qué sería de su padre a estas horas, la había colocado muy cerca de la histeria, pero procuraba dominarse. Miró al japonés rectamente a los ojos.

—Recuerdo lo que me dijo usted en cierta ocasión, Mitsuka, aunque hubiere preferido olvidarlo —dijo en inglés—. Y los hechos posteriores me han dado la razón. No era más que una mentira. Ya lo ve. Ahora soy la prisionera suya.

—No mentí cuando dije que estaba enamorado de usted —respondió sencillamente el otro. Stan le miró con los ojos agrandados por la sorpresa; pero al comprender lo que el oriental había querido decir, soltó una áspera carcajada, cogiéndose los ijares regocijadamente.

—¡Pero, hombre!... —empezó a decir. Glenda le hizo señas imperiosas de que se callara, y «el Carnicero» hizo un esfuerzo por obedecerla. Mitsuka le contempló inexpresivamente un momento y luego se volvió hacia la joven.

—No mentía —repitió—. Y si ahora nos encontramos como enemigos, no he tenido yo la culpa. Únicamente las circunstancias. Le ruego que me crea, señorita Rhys.

—¡Creerle! —repitió ella, frunciendo la boca—. Cuando usted, ayudando a su padre, me han presionado para que les dijera los nombres de japoneses recién llegados al país y les facilitase las señas y datos que requerían para su sabotaje, cuando tienen prisionero a mi padre, quizá muerto ya a estas horas, en el Japón, sin dejarle salir de allí... Cuando...

Mitsuka alzó la mano para atajar el torrente de palabras de ella.

—Ya está bien, señorita Rhys. Vuelvo a decirle que nada de eso ha sido culpa mía. También le diré que no permitiré que le ocurra nada a usted, aunque para ello tuviera que ponerme enfrente de mi padre. En cuanto al profesor Rhys se refiere, yo no puedo hacer nada. Otra cosa sería si estuviésemos en mi país. Pero aquí...

Glenda estaba llorando desconsoladamente. «El Carnicero» se aproximó a ella y le pasó un brazo sobre los hombros, con un gesto de ruda ternura.

—¡Lárguese, macaco! —dijo ferozmente—. ¿No ve que la está haciendo sufrir?

Mitsuka lanzó una última mirada sobre ambos y salió. Los dos presos oyeron el ruido de un cerrojo que se corría por la parte de fuera y el ruido de los pasos del japonés que se perdía a lo lejos.

—Cálmese, Glenda —dijo Stan, oprimiendo aún los hombros de la muchacha—. Desde que la he conocido apenas ha hecho otra cosa que llorar —bajó la voz hasta convertirla en un susurro—. Mire, preciosa, tres de los mejores hombres que tenemos en Tokio están advertidos de lo que quieren hacer con su padre. Si hay alguna probabilidad de sacarle de las manos de los amarillos, lo harán, no lo dude.

Glenda levantó hacia él la clara mirada de sus ojos, abrigados por las lágrimas.

—¿De veras? ¿No me engaña?

—Y tanto que no. Ya le dije que el

F. B. I.

tenía aún unos cuantos triunfos en la manga. Tres de nuestros mejores muchachos se cuidarán del profesor, y Bedloe removerá cielo y tierra para encontrarnos. No hay motivos para preocuparse. Y, recuerde, uno de los chicos que están en Tokio, MacTavish, es capaz de bajar al infierno y tirarle del rabo a Belcebú, volviendo a escaparse sin que le ocurra nada. Esos japoneses se creen muy

listos, pero es porque hasta ahora no se habían enfrentado con el F. B. I.

No lo dude.

La joven sacudió la cabeza y abrazó al «Carnicero», dándole un rápido beso en la mejilla. Stan Katzinsky volvió la cara a otro lado, un poco confuso.

—Guarde eso para Tommy Bedloe, bonita. Se lo agradecerá más.

Mitsuka caminó por el corredor hasta alcanzar de nuevo la habitación en la que estaba su padre. Éste levantó la vista de los papeles que tenía delante y le miró fijamente.

—Hoy mismo hemos de acabar con esos dos americanos —dijo con voz sin inflexiones.

—¿Es necesario matar también a Glenda Rhys? —preguntó Mitsuka.

—Lo es. Escucha, Mitsuka

Ichi-ro.

Una vez, en nuestra patria, le oí decir a tu madre algo que me dio mucho que pensar. Dijo que tú pasabas mucho tiempo en casa del profesor Rhys, y me preguntó si es que acaso estabas interesado en su hija. Le ordené que se ocupase de sus asuntos, pero siempre la he creído una mujer de gran sensibilidad. No tendré que recordarte, supongo, que perteneces a una raza superior y ella a una inferior, y que jamás tus ojos deberán posarse en ella como no sea de la manera que lo hace un señor con una sirvienta. Ellos han servido a nuestros intereses. Ahora, como ya han dejado de sernos valiosos, nos desprendemos de ellos para mejor atender a los deseos de nuestro Señor el Tenno.

Ambos se inclinaron profundamente cuando las últimas palabras resonaron en la estancia; pero Mitsuka deshizo la zalema antes que su padre. Ichi-ro es el numeral que emplean los japoneses para referirse a su hijo mayor. El hecho de que su padre lo añadiese al nombrarle, le hizo ver que el marqués Hori hablaba muy en serio. Demasiado en serio.

—No debes preocuparte —dijo—. Conozco mis obligaciones como patriota, pero no veo en qué la muerte de Glenda haya de sernos útil.

—No la odio personalmente. Por el contrario, siento cierta

admiración por los extensos conocimientos de su padre y por la ayuda que ella le prestó. Pero jamás mis sentimientos particulares se interpondrán entre mi deber y yo. Mi deseo, Mitsuka

Ichi-ro,

es que tengas esto bien presente.

—Lo tendré. ¿Órdenes?

—Esa pandilla de sucios asesinos que nos servía está liquidada. Hasta entre estos perros existen traidores. Ya no podemos, pues, contar con ellos, pero estamos nosotros aquí. Apenas hayamos acabado con nuestros prisioneros, partiremos con rumbo a San Francisco. Eso será enseguida, quizá hoy mismo. Estoy esperando noticias de nuestro país.

—Bien.

—Pero antes de marchar es necesario encontrar a Bedloe. Creo que él es el único que puede seguirnos la pista y obstaculizar nuestros planes. Libres de él, las cosas se simplificarán.

—No podemos encontrar a ese hombre con pistoleros americanos. Ha demostrado ser listo, demasiado listo para ellos. Además, ya creo que, aparte de Marcela Vane no debe quedar ninguno de ellos.

El marqués Takaza Hori irguió cuanto pudo su exigua estatura.

—Tengo una idea, que pondremos en práctica ahora mismo, enseguida. Escucha...

Y en voz baja y bien modulada empezó a explicársela a su hijo. Los ojos de Mitsuka se fueron entrecerrando mientras le oía. Ni un solo músculo de su faz cambió en tanto le escuchaba; pero su madre, que le adoraba y le conocía bien, mejor que a cualquiera de sus hijos, si hubiera podido verle en este momento hubiera sabido de cierto que su gesto no era de atención, sino de repugnancia. Pero su madre no estaba allí, y la feroz egolatría del marqués le impidió siempre ocuparse de sus vástagos. Ni siquiera de Mitsuka

Ichi-ro,

su primogénito y favorito.

—... Y entonces —acabó el marqués—, «la Katana»[1] partirá con rumbo al oeste. «Y donde ella esté, allí todos los hijos del Sol Naciente se alzarán en armas contra los extranjeros, como dice la leyenda».

Mitsuka se inclinó de nuevo. A veces su padre se olvidaba de

que, según él mismo, era un occidental por su cultura y su manera de ver la vida y recaía en aquellos misticismos orientales. La sangre de cien samuráis corría por sus venas, y no en balde.



Trío de ases:

¡CULPABLE!

LA HORA GRIS

EL REY DEL HAMPA

Primeros títulos de la arrolladora Colección

F. B. I.

VII



HOMAS Bedloe penetró en la barbería del Grant Hospital, se hizo afeitar y luego cruzó la calle para entrar en un restaurante cercano, Allí consumió vorazmente un par de huevos con abundante jamón y se bebió tres tazas de café, seguidas. Hecho esto, se sintió mejor. Fue al teléfono, y mientras encendía un cigarrillo, marcó el número de Jim.

—Al habla —dijo instantáneamente este último.

—Las cosas se están precipitando, Jim —dijo Thomas—. Han cogido al «Carnicero» y a la chica, y no tengo ni la menor idea de dónde puedan estar. De lo que no me cabe duda es que si no actuamos deprisa, nos van a ganar esos amarillos por la mano. Que los muchachos vigilen todas las estaciones y los aeródromos, por si acaso, aun cuando no creo que esos tipos sean tan tontos como para

utilizar esos medios de locomoción si quieren largarse de California. De todas maneras, que abran bien los ojos. Otra cosa. Estoy en el Grant Hospital, adonde he tenido que traer a Marcela Vane «emplomada». Lo hizo un gorila sirio, Yakub, ya lo recordarás. Se tirotearon de lo lindo y yo recogí los frutos. Estoy esperando a que Marcela recobre el conocimiento para ver si le da la gana de decirme algo. Lo que dudo mucho. Esa chica es dura como el acero.

—Lo sé. ¿Averiguaste algo del sable? Hoggar está perdiendo el apetito y consumiéndose a ojos vistas. Y eso que ha sido rápido como el rayo.

—Tengo una cierta idea, pero necesito esperar a que hable la Vane. Te volveré a llamar pronto. Y ya sabes dónde estoy por sí ocurre algo nuevo. En el Grant Hospital.

Thomas volvió al hospital. El mismo médico que hiciera la primera cura a Marcela le volvió a recibir.

—Todavía está inconsciente, agente. ¡Dios! Es una preciosidad de criatura. ¿Quién fue el canalla que...?

—¿Que la baleó? Mire, doctor. Ella me hizo todas estas señales que tengo en la cara, me quiso sacar los ojos y encima me dio una pateadura de puro deportista que se sentía. Además, tiene en su haber por lo menos tres muertos. No se fíe de las mujeres guapas, amigo; es un consejo de un hombre de cierta experiencia con ellas...

El doctor le miró muy asombrado y ligeramente incrédulo.

—De todas las cosas raras... —empezó a decir. Una enfermera rubia se le acercó y le dijo algunas palabras en voz baja. Bedloe se dirigió a ella, mientras el doctor se alejaba.

—Dígame, encanto: ¿la muchacha ésa recobró el conocimiento?

—No me llamo encanto —dijo la joven muy seria—. Y la chica no hablará más. Está muriéndose.

Bedloe sintió que una mano de hielo le oprimía el corazón. Si Marcela moría y no hablaba jamás podría saber dónde estaban Stan y Glenda Rhys. Y al pensar en lo que podría ocurrirle a ésta, sintió náuseas. Hacía ya un buen rato que estaba tratando de convencerse a sí mismo de que la joven sólo era un eslabón en la cadena que estaba anudando alrededor de los japoneses; pero una vocecilla interior le aseguraba que la chica representaba bastante más para él.

Echó a correr, dirigiéndose hacia la habitación de Marcela. La

enfermera intentó impedirle el paso, pero él la apartó de un empujón. Entró como una tromba en el cuarto. El médico, inclinado sobre la joven, escuchaba con el estetoscopio.

Se volvió desagradablemente sorprendido.

—¡Váyase! —ordenó—. El ser policía no le da atribuciones para...

—No es hora de tonterías, doctor —replicó Bedloe, apartándole—. Dos vidas humanas, quizá muchas más, dependen de que esta joven diga una sola frase, ¿comprende? Ella es una asesina. No puedo, pues, tratarla como si fuera una persona corriente. ¿Puede usted hacer algo para que ella, hable?

—Como médico... —empezó el otro...

—¡Como demonio! —bramó Bedloe, perdida ya la paciencia—. ¡Por Dios vivo! ¿Quiere usted ver llegar aquí a un forense de la Policía y obligar a esta chica a revivir, aunque no sea más que dos minutos? Diga: ¿quiere eso o prefiere portarse bien?

El médico se encogió, aparentemente achicado ante la firme y brusca actitud del otro. La enfermera de las piernas esbeltas contemplaba admirado a Tom.

—Le pondré una inyección de...

—No me lo diga, doctor. Póngasela. Y recuerde que no tendrá usted ninguna responsabilidad. Todo será legal. Pero es necesario que hable.

La enfermera preparó los útiles necesarios en un momento, y al instante el médico le puso una inyección en el brazo de Marcela. La joven estaba pálida y respiraba pesadamente. De vez en vez movía débilmente la cabeza de un lado a otro e intentaba pronunciar una palabra. Al menos eso parecía.

El efecto de la inyección no se hizo esperar. Los párpados dejaron al descubierto los oscuros y bellos ojos y las pupilas se clavaron en Bedloe, que se inclinaba ansiosamente sobre ella. Una especie de sonrisa que más parecía una mueca trágica, se insinuó en las comisuras de los pálidos labios.

—Me... muero —dijo, y un hilillo de sangre asomó a su boca y se deslizó barbilla abajo—. Me... muero y tú, pe... rro, no sabrás donde vive...

Los párpados aletearon dos o tres veces, y la cabeza cayó sobre la almohada. El médico casi tan pálido como ella, se inclinó y le

separó el párpado derecho.

—Si no supiese que su salvación era imposible, diría que hemos cometido un asesinato —dijo con voz ronca. La enfermera se santiguó.

—Hubiera muerto de todas maneras, doctor —dijo Bedloe mirando la cabeza de la muerta. Se encogió de hombros.

—Nada que hacer —dijo, y salió al pasillo. Otra enfermera, una mujer de mediana edad, se le acercó corriendo.

—¿Es usted el señor Bedloe? —preguntó, jadeante. El agente afirmó con la cabeza—. Le llaman al teléfono, señor.

Thomas echó a correr en la dirección que le indicaba la mujer. Se metió en la acolchada cabina y preguntó ansiosamente quién era. La voz de Jim llegó inmediatamente a sus oídos.

—Trampa, Tommy. Un individuo de voz velada, seguramente cubriría el teléfono con un trapo, llamó hace unos instantes. Dice que si te interesa saberlo, te puede llevar hasta donde están Katzy y la chica ésa. Desde luego, piensan hacer picadillo contigo.

—¡Bendito Dios! —exclamó Bedloe gozosamente—. Ésas son buenas noticias. ¿Dónde me tengo que ver con él?

—En Ridgewood, en Brooklyn. ¿Sabes dónde?

—Seguro. Y no faltaré a la cita.

—Te acompañarán unos cuantos coches. El tipo dijo que si no ibas solo no se mostraría, pero no puedes ir solo. Es como si te suicidaras tirándote del observatorio del Empire.

—Iré solo, Jim —dijo Bedloe firmemente—. He de saber dónde se esconden esos pájaros, aunque me cueste perder las dos piernas y un brazo. Lo que sí harás tú es enviar inmediatamente a un hombre a Ridgewood. Un hombre solo, entiéndeme, Jim, provisto de una emisora de radio portátil. Cuando los tipos me cojan que procure averiguar hacia dónde me llevan. Pero no actuéis sin una orden mía. Tened en cuenta que si se asustan pueden matar al «Carnicero» y a la chica. Y no tengo ganas de que ninguno de los dos muera.

—Guapa chica, ¿eh? ¿Cuándo la boda?

—Cuando asciendas a teniente tú. Va para rato.

Colgó y salió del hospital rápidamente. La mañana había amanecido gris, muy nublada, y volvería a llover pronto. Ascendió a su coche, lo puso en marcha y se dirigió hacia el río Este. Lo cruzó por el puente de Williamburg, y se encontró en Brooklyn. Pocas

millas le separaban de Ridgewood y las cubrió en poco tiempo.

Se encontró en un paraje cubierto de charcos de la lluvia de la noche anterior, y unos cuantos árboles cuyas hojas empezaban a caer. A lo lejos se vela la silueta del Brooklyn Museum y la floresta del Propect Park. Mientras esperaba, Bedloe se preguntó por cuál de los caminos que se extendían ante él, que se perdían entre los árboles, vendrían sus perseguidores. No tuvo que esperar mucho.

Un camión de lavado y planchado venía por la parte contraria a la que él estaba. Bedloe esperaba un turismo, de manera que no le dio importancia hasta que con un rechinar de frenos el camión se detuvo a su lado. Inmediatamente se puso en guardia y se preguntó si el hombre que enviara Jim estaría por allí cerca. De lo contrario, las cosas se iban a complicar.

Dos figuras descendieron del camión y se dirigieron hacia el coche de Bedloe. Éste palpó su sobaquera, en la que llevaba una pistola que seguramente le quitarían. Pero debajo del pantalón, sujeta a la liga del calcetín, llevaba otra, que esperaba no encontrasen aquellos tipos. Esperó con calma.

El primero llevaba una trinchera clara y un sombrero de fieltro que le sombreaba los ojos. Pero era un japonés. El segundo, oriental también, tenía un tono de color más oscuro, como terroso. Por un momento Bedloe pensó que debía ser coreano; pero apartó la idea. No era fácil que los japoneses se fiaran de ellos.

—No le insultaré diciéndole que cayó en la trampa, míster Bedloe —dijo el de la trinchera—. Pero, sea como sea, está usted en nuestras manos. Tenga la bondad de no hacer ningún movimiento sospechoso. Tomishu le mataría instantáneamente. Me llamo Hori, Mitsuka Hori.

Bedloe sonrió y levantó los brazos. El llamado Tomishu le registró los sobacos y los bolsillos y sacó la pistola. Bedloe suspiró al ver que podía contar con el «cachorrillo» de la liga.

La enorme poterna trasera del camión se abrió y otros dos hombres dejaron caer una larga plancha, que colocaron apoyada contra el suelo por uno de sus extremos y tocando con el otro el borde del vehículo. El total constituía una rampa.

Mitsuka hizo bajar a Bedloe, y dejándole bajo la amenaza de la pistola de Tomishu, ocupó el puesto del agente. Puso en marcha el coche, lo dirigió a la rampa, colocó el coche en primera, y un

momento después el automóvil se perdía en las profundidades del inmenso camión.

—De esta forma no podrán seguirle la pista por su coche —dijo Mitsuka, volviendo al lado de Bedloe—. Ahora, tenga usted la bondad de subir.

A la luz de la bombilla, Tom Bedloe tomó asiento sobre un banco. Enfrente suyo, Mitsuka y Tomishu. El primero dio una orden, y el camión se puso en marcha. Apenas empezaba a perderse de vista, cuando un hombre salió desde detrás de los setos, con una especie de caja en la mano. Tiró con rapidez de una delgada varilla que sobresalía de uno de los extremos de la caja, hasta conseguir que tuviese medio metro de alta. Inmediata mente se la acercó a los labios.

—Habla Gleason. Habla Gleason. Contesten. Habla Gleason.

Esperó un momento. Luego:

—Sí; ahora mismo. Un camión de la casa Jim Wong, de lavado y planchado, aunque probablemente está repintado. Matricula 2NY232. Se dirige hacia el puente de Brooklyn, casi seguramente.

Antes de guardar la antena de nuevo en la caja, el hombre alcanzó a oír el monótono llamar de la emisora.

—Atención todos los coches cercanos al puente de Brooklyn... Atención todos los coches cerca nos al puente de Brooklyn...

Los gigantescos engranajes del
F. B. I.
se habían puesto en movimiento.



**VALIOSOS PREMIOS EN EL
CONCURSO DE CULTURA POLICIACA**

**Pida las bases a su librero o a
EDITORIAL ROLLÁN**

VIII



EDLOE fue empujado brutalmente por Tomishu. Trastabilló y hubiera caído a no ser porque se agarró a la pared. A su espalda oyó la risa ahogada del japonés. Se volvió y vio cómo la pistola le encañonaba directamente al estómago.

Hacia un momento que Mitsuka saliera de la habitación para ir a advertir al marqués Hori. No le había dicho que maltratara al prisionero, pero Tomishu pensaba divertirse un poco.

Bedloe le miró con ira. El otro volvió a reír.

—Siga —dijo, pronunciando el inglés malísimamente.

Bedloe continuó andando por el corredor, al final del cual había una puerta. Guardando centinela delante de ella había otro japonés, con una pistola ametralladora «Thompson» en la mano.

Abrió la puerta a una orden de Tomishu, y éste volvió a empujar a Bedloe. Una doble exclamación se escapó de las gargantas de las dos personas que ocupaban el cuarto. En realidad, el empujón de Tomishu no había sido muy fuerte esta vez, pero Bedloe cayó de rodillas y se sujetó la pierna derecha con una mano como si le doliese. Glenda Rhys se precipitó hacia él.

—¡Tom! —exclamó acongojada.

Él la apartó bruscamente y se puso en pie. Desde la puerta Tomishu los contempló sonriendo en una mueca que le hacía enseñar los amarillos y largos dientes. A su espalda había asomado la cara, también sonriente del japonés de la ametralladora. Las dos caras estaban juntas, tan juntas, que no se podía fallar. La pistola que entonces estuviera en la liga de Bedloe estaba ahora en su mano y los dos disparos sonaron tan consecutivamente que parecieron uno solo.

Una estrella roja apareció en la frente de Tomishu, el que cayó hacia adelante. El de la ametralladora recibió el impacto de la bala en un ojo y el proyectil le penetró en el cerebro. Rodó sobre su compañero, soltando el arma.

—¡Aprisa, Stan! —gritó Bedloe, precipitándose sobre ellos y cogiendo la «Thompson». «El Carnicero» se apropió la pistola de Tomishu y le siguió. Glenda Rhys, inmóvil, como si aún no pudiera comprender lo que había ocurrido, se vio arrastrada por ellos.

El corredor se hallaba vacío, pero dentro de un momento aquello se convertiría en una sucursal del Infierno. Corrieron velozmente hasta casi llegar al final, y entonces oyeron las voces, enfrente de ellos, en dirección a las salas de lavado.

—¡Por aquí! —advirtió Stan, señalando hacía una puerta que se abría a su derecha. Daba a una sala amplia, destinada seguramente a oficinas, y que tenía dos puertas, la que acababan de atravesar y otra a la izquierda.

—El cerrojo —avisó Bedloe.

Stan se volvió como un rayo y lo corrió. En el momento de silencio que siguió oyeron los pasos de un grupo de hombres pasando por delante de la puerta.

—¡Hay que escapar y cuanto antes! —dijo Bedloe, pasando un brazo sobre los hombros de Glenda y mirándola con una ligera sonrisa—. ¿Sabes que te encuentro mucho más bonita que la última

vez que te vi? Recuérdame, cuando termine todo este embrollo, que tengo que decirte algo. ¿Lo harás?

Ella se sonrió y no contestó. Stan estaba intentando abrir la puerta de la izquierda, pero no lo conseguía.

—¡Eh Tommy! Deja de arrullarla y ven a echarme una mano.

Los potentes hombros de Tom Bedloe se juntaron a los del «Carnicero» y la puerta cedió. De allí pasaron a un despacho, seguramente el del gerente del lavadero, vacío también. Bedloe empezó a escamarse. Su reloj le decía que eran ya las nueve de la mañana y ya debería haber gente trabajando por todas partes. Por otra parte, el estado de la maquinaria en las salas que habían visto no era excesivamente bueno.

Una cara amarilla apareció silenciosamente en la ventana. Ésta daba sobre los tejadillos de los pabellones de secado, y andando por esos tejadillos debió acercarse el hombre. Solamente Glenda le vio y lanzó un grito de aviso. La reacción instantánea de Tom, dejándose caer al suelo, fue lo único que le libró de la muerte. El cuchillo pasó a menos de un centímetro de su cabeza, y evidentemente, iba destinado a su cuello.

Stan, «el Carnicero», disparó hacia la ventana, y oyeron el grito de agonía del hombre cuando se despeñó desde el tejadillo. Al instante otra cara no menos amarilla ocupó su lugar.

Esta vez fue Bedloe quien disparó, pero erró el blanco, porque, al ver la ametralladora en su mano, el oriental se escondió rápidamente al otro lado de la ventana. La ráfaga de Bedloe se perdió inofensivamente en el aire.

El despacho del gerente o lo que fuese no parecía tener otra salida más que la ventana; pero antes había que acabar con el que estaba en el tejadillo. Eso sí no eran varios. Stan, sin pensarlo dos veces, se lanzó a la ventana. Un brusco fogonazo y una nubecilla de humo saludaron su presencia, pero el proyectil no le tocó. Asomó la mano, disparó y sintieron de nuevo el ruido de un cuerpo que cae.

—Vamos —dijo «el Carnicero» tranquilamente.

Saltó al alféizar y corrió por el estrecho reborde que separaba la pared de los tejadillos. Bedloe, sosteniendo en brazos a la muchacha, que cerraba los ojos, presa del vértigo, le siguió.

Delante de ellos se abría una perspectiva de ventanas correspondientes, sin duda, a las grandes salas que atravesaran al

ser atrapados. Bedloe confiaba en que pudieran llegar a esas ventanas antes de que los que habían oído pasar pudieran volver.

—A ésta —susurró. Empujó al «Carnicero» el que levantó la guillotina y saltó dentro.

—¡Atiza! —Se le escapó, sin poderse contener.

Cuando Bedloe, llevando a Glenda, penetró en el cuarto a su vez comprendió el porqué de la exclamación.

—Cualquiera diría que la alfombra mágica nos ha transportado de pronto al país de «Las mil y una noches» —dijo mirando curiosamente a su alrededor.

—No allí, sino al Japón específicamente —contestó Glenda.

Era un cuarto bastante grande, con el suelo cubierto de esterillas, sin más muebles que un par de mesitas muy bajas, de complicado trabajo, con patas retorcidas, dos o tres braseros, en los que se quemaba algo que producía un humo de un olor particularmente agradable. Pero lo más extraño de todo era un tablado de poca altura, una especie de estrado, en uno de cuyos lados había una estatua de Buda de tamaño natural, con las piernas cruzadas, los brazos descansando sobre ellas y los ojos bajos.

Y había algo más. A la izquierda del Buda, una especie de vitrina, colocada sobre un soporte cubierto de sedas deslumbrantes, encerraba un sable. Y, evidentemente, no era el arma que vieran en la oficina de ventas de Marlowe.

—El sable de Taiko-Sama —dijo Tom. Y dio un pequeño silbido.

—Que yo me llevaré —anunció «el Carnicero», dirigiéndose a la vitrina. Con la culata de su pistola rompió el cristal y sacó el sable. Con una carcajada lo blandió.

—Es posible que hace trescientos o cuatrocientos años este arma pudiese ser peligrosa, pero lo que es ahora... —Tocó el filo con un dedo—. Necesitaría un hombre muy fuerte que lo manejase para que pudiese hacer daño.

—Sólo necesita que los japoneses crean en él —dijo Glenda con dulzura—. Entonces es cuando resulta peligroso como la dinamita.

—No te entretengas, «Carnicero» —apremió Tom—. Hemos de procurar escapar o nos cogerán como conejos.

A la derecha del tablado se abría una pequeña puertecilla laqueada. Tom se dirigió a ella y procuró abrirla. No tenía pestillo ni pomo, sino sencillamente un agujero en forma de media luna,

donde se introducía un dedo para correr la puerta. Bedloe actuó con rapidez. Un pasadizo de techo muy bajo se extendió ante ellos. Pero al mismo tiempo, allá, lejos al fondo del corredor, oyó el ruido de voces. Se volvió rápidamente y cerró la puerta tras de sí.

—Copados —dijo sencillamente.

Glenda se puso pálida y apoyó una mano en su brazo. Él se la acarició con ternura.

—No te preocupes, mujercita. Aún estamos vivos, ¿no es así?

Stan maldijo entre dientes, paseando la vista a su alrededor con el aspecto de un animal enjaulado.

—Tú, Glenda, colócate detrás de la estatua. Parece de bronce y será una buena protección en caso de que empiecen a silbar las balas. Aquí. «Carnicero».

Se colocó a la izquierda de la puerta, procurando no perder de vista la ventana. Por uno de los dos sitios tendrían forzosamente que venir sus enemigos, y con un poco de cuidado no podrían cogerlos desprevenidos.

Esperaron, tensos los nervios, con el oído atento al menor ruido, pero durante cinco minutos que les parecieron otros tantos siglos, nada se oyó. Luego repentinamente, escucharon un tenue ruido al otro lado de la puerta. Los ojos de Bedloe se cruzaron con los de Stan.

La puerta se movió ligeramente, tan ligeramente que de no haber tenido los ojos fijos en ella, no hubieran podido advertirlo. La rayita de separación entre la hoja y el dintel se fue haciendo poco a poco perceptiblemente más ancha, y una mano asomó por ella. La mano sostenía una pistola.

Con un grito salvaje, Stan cogió la mano y tiró de ella violentamente. Detrás de la mano siguió un brazo, y al brazo vino unido un cuerpo que cayó al suelo, retorciéndose como un gato. La pistola del «Carnicero» rugió y el hombre se retorció espasmódicamente y quedó quieto.

La puerta se había abierto al brutal impulso y cuatro o cinco japoneses, que habían permanecido amontonados en el pasadizo, se lanzaron al interior, mascullando palabras ininteligibles y chillando aflautadamente. Entonces entró en acción la «Thompson» de Bedloe.

Ráfaga tras ráfaga, con un ruido que sonaba como si una tormenta hubiese estallado dentro del cuarto, Bedloe envió sus

proyectiles a enterrarse en la amarilla carne. Aquello fue una carnicería como las que le gustaban a Stan Katzinsky. Ver a aquellos hombres retorciéndose, cayendo, arrastrándose por el suelo con el cuerpo lleno de balas, le hizo prorrumpir en enloquecidos gritos de alegría. Él, por lo común frío e impasible, se entusiasmaba a la vista de la sangre. Y ésta corría por el suelo en un reguero que cuando la «Thompson» calló le llegaba a él a los pies.

—¡Adelante! —bramó. Se apoderó de otra ametralladora ligera que sostenían las manos engaritadas de uno de los japoneses, comprobó su carga y se lanzó pasadizo adelante. Bedloe le llamó con voz ronca, pero «el Carnicero» ni siquiera le escuchó.

—Vamos, Glenda —dijo Bedloe, volviéndose hacia el Buda—. Ahora es el momento de procurar escapar.

No obtuvo respuesta. Alarmado, se precipitó hacia la estatua y vio a la joven caída en el estrado, con el cuerpo encogido. Aterrado, se inclinó sobre ella, creyendo que alguna de las balas pudiese haberla tocado pero con un suspiro de alivio se dio cuenta de que solamente estaba desvanecida. La cogió entre sus fuertes brazos y sorteando los caídos cuerpos, que se amontonaban ante la salida, se dirigió al pasadizo.

Apenas entró en él oyó el carraqueo de la ametralladora del «Carnicero». Con el peso muerto de la joven, Bedloe sabía que, si era sorprendido, apenas podría defenderse. Confiaba, pues, en que Stan le abriese camino; con paso de lobo recorrió el pasadizo y, antes de llegar al fin, dejó un momento a la joven en el suelo. Se asomó, pero la habitación en que desembocaba el corredor estaba vacía. Se trataba de una especie de antesala, a cuyo fondo debía estar la nave de calderas, porque a través de la puerta entornada alcanzó a distinguir las aceradas panzas de uno o dos. Un grito que oyó a su izquierda le señaló la presencia de Stan.

—¡Eh, Tommie! El peligro viene de aquí —voceó. Y su ametralladora empezó a disparar de nuevo.

Tom vaciló un momento, dudando si volver hacia la joven o correr en auxilio de su compañero. El sentido del deber se impuso. En dos zancadas se plantó junto a él y vio que aquella habitación daba, por la izquierda, al pasillo que recorrieran cuando les apresaron. Aquello bullía de hombres armados que disparaban contra la puerta, en uno de cuyos lados estaba «el Carnicero».

—¿Son muchos? —preguntó.

—Diez o doce. Creo que he «emplomado» a cuatro por lo menos, pero son más tenaces que perros policías —se asomó rápidamente y envió una nueva ráfaga en dirección al pasillo. Un aullido de dolor le contestó, mientras se resguardaba apresuradamente. Su brazo izquierdo sangraba.

—¿Qué es eso? —preguntó Bedloe.

—Un arañazo.

—Hay que tener cuidado con aquella sala de calderas, Stan —dijo Tom—. La chica se ha desmayado y la tengo en el pasadizo. Te doy mi palabra de que no estoy tranquilo.

—Pues vuelve con ella —su voz se ahogó con una nueva descarga de la pistola ametralladora—. Yo solito me basto para esos macacos. Ocúpate de la muchacha.

—Ni pensarlo, hijo. Hay que procurar salir de esto.

Hubo de pronto un retroceso general entre los que les atacaban. Asomándose rapidísimamente. Bedloe llegó a tiempo de ver cómo los japoneses se retiraban en desorden, dirigiéndose hacia las salas de lavado. Solamente uno de ellos quedó en el pasillo, y Bedloe disparó, tumbándole.

—Vamos, Stan —gritó. En aquel momento oyeron el ruido de numerosas descargas. Los disparos se sucedían unos a otros, casi interponiéndose, con un ruido ensordecedor. Parecía que la casa entera retemblaba. Ambos se miraron un momento. Luego, por encima de las armas, sus manos se unieron en estrecho apretón.

—El

F. B. I.

—dijo Bedloe, sencillamente—. Quédate aquí, Stan.

Fue en aquel momento cuando sintió que «el Carnicero» se ponía rígido. Luego, ante su inmenso asombro, el cuerpo de Stan se vino a tierra. Los pensamientos cruzaron como relámpagos la mente de Bedloe. Era un hombre que se había pasado gran parte de su vida metiéndose en situaciones difíciles y saliendo luego de ellas como podía. Esto quiere decir que, para él, pensar y obrar eran sinónimos. Se dejó caer también en el momento en que una bala se aplastaba contra la pared, encima de su cabeza. Aún alcanzó a ver una sombra oscura, con una trinchera, que desaparecía por el corredor que conducía a la sala del «Sable».

La sombra no podía ser otra que Mitsuka Hori, y había matado a Stan. Profiriendo un rugido, Bedloe se incorporó y se precipitó hacia la entrada del pasadizo. Una nueva bala silbó junto a su oído, pero él no le concedió importancia. Sabía que la muchacha estaba allí, y sabía también que quizá en estos momentos el japonés la habría apresado. Y si el

F. B. I.

estaba asaltando la casa, Glenda corría el grave peligro de que Mitsuka la matase antes de ser aprehendido.

Una nueva sombra apareció junto a su lado, antes de que él hubiese llegado al pasadizo. La sombra blandía un revólver y con él apuntaba directamente a Bedloe.

—¡Quieto! —ordenó el hombre. A la escasa luz reinante, Tom vio que se trataba del marqués en persona. No cabía duda de que el empuje de los hombres del

F. B. I.

estaba haciendo retroceder a los orientales. Quizá, en este mismo momento, sus muchachos estaban cerca, muy cerca. Rabioso, no obedeció la orden. Con una sola mano, sin molestarse en apuntar siquiera, su «Thompson» lanzó sus últimos proyectiles hacia la figura del japonés. No fueron más que tres balas, pero las tres dieron en el blanco. La pistola de Hori no llegó siquiera a disparar. Cayó de la mano que la sostenía y el descendiente de Taiko-Sama, el legendario Shogun, rodó por el suelo sin exhalar un suspiro.

Ya libre, Bedloe entró en el pasadizo. No se hacía ninguna ilusión sobre lo que le ocurriría si Mitsuka disparaba sobre él desde la cámara del «Sable», pero no tenía más remedio que correr el riesgo. Había que salvar a la muchacha, a aquella chica de los ojos azules y los labios rojos, y sólo el pensamiento de que ella pudiese morir, bastaba para eliminar en él hasta el último átomo de prudencia.

No sonó ningún disparo. Es decir al menos, no lo oyó, porque el ruido de la fusilería y de las ametralladoras ligeras de los japoneses y de los muchachos del

F. B. I.

se iba aproximando. El caso es que Bedloe pudo llegar hasta la entrada de la cámara donde estaba el Buda. Y cuando llegó lo que vio le hizo lanzar un suspiro de asombro.

Sujetando a Glenda, que ya había recobrado el conocimiento, estaba Mitsuka. En su mano derecha sostenía la pistola con la que matase a Stan. La muchacha le hablaba rápidamente en una lengua extraña, cantarina, que Bedloe supuso japonés. Los ojos de Mitsuka se apartaron de Glenda para fijarse en Bedloe. La pistola apuntó al agente federal.

—No se mueva, míster Bedloe —dijo Mitsuka, en inglés ahora—. Voy a matarle a usted, mataré después a la señorita Rhys y luego me suicidaré —indicó con un gesto el sable que Stan dejara caer cuando empezó la lucha, aquel sable que fuese la causa de tantas muertes, entre ellas la del «Carnicero».

—No sea loco —dijo Bedloe, tirando su arma, ya inútil y avanzando un paso—. Nuestros hombres rodean el edificio y están acabando ya con los últimos japoneses de su padre. ¿De qué le servirá matarnos a nosotros?

—¿No le he dicho que después me suicidaré? —preguntó suavemente el japonés. Luego, de pronto, se irguió, sujetando aún a la joven—. Será una magnífica muerte. Desde allí —señaló en dirección este con la cabeza—, alguien sabrá cómo morí, y mis antepasados se sentirán satisfechos.

—Dijo usted que me amaba —protestó Glenda, desesperadamente, mirándola. Él la tenía sujeta por la cintura. Estaba sin sombrero y sus ojos negríssimos parecían fijos en la lejanía. Las manos de la joven estaban aún libres. Bedloe media una y otra vez la distancia que los separaba dispuesto incluso a atacar y ser muerto con tal de dar tiempo a los federales a llegar allí y rescatar a la muchacha.

—Sí, la amo —respondió Mitsuka, sin descuidar la guardia—. La amo y quiero que se reúna conmigo, allí donde solamente el espíritu existe —levantó la pistola y ésta amenazó la cabeza de Bedloe. Éste se puso rígido.

Y entonces, la joven, por primera vez desde que la conociera Bedloe, se sobrepuso a una situación. Una de sus manos se movió lateralmente y golpeó, desviándola, la pistola del japonés, en el mismo momento en que éste disparaba. Bedloe se zambulló como un jugador de *rugby*, y su salto le llevó hasta las piernas del japonés. Los tres, Mitsuka, la muchacha y él, rodaron por el suelo.

Bedloe fue el primero en levantarse, es decir, no llegó a terminar

el movimiento porque se dio cuenta de que la pistola del japonés estaba aún en la mano de éste. Inmediatamente se lanzó sobre él y le sujetó el brazo.

Glenda había logrado escapar a la presión de Mitsuka y se estaba incorporando, procurando alejarse de los combatientes para dejar mayor libertad a Tom. Se puso de rodillas y consiguió apartarse un par de pies.

Bedloe, en el transcurso de su vida, había tenido muchas peleas, y de todas clases. Era muy hábil en el boxeo y en la lucha libre, pero no tenía más que ligeras nociones del «Jiu-jitsu». Por eso, al engarfiar con ambas manos el brazo derecho del japonés, dejó a este libre el izquierdo. Un buen luchador no podía dejar de aprovechar semejante distracción.

La mano izquierda de Mitsuka cayó sobre los riñones de Bedloe, en un atroz golpe de canto. Tom hizo una flexión, sintiendo que se le cortaba el resuello, mientras notaba que sus piernas eran enredadas hábilmente por las de Mitsuka. Éste era un hombre fuerte, muy fuerte, y su llave paralizó por completo la parte inferior del cuerpo de Bedloe.

Dándose cuenta de que, de seguir así, perdería la partida, Tom liberó su brazo izquierdo y golpeó la mandíbula del japonés en un «swing», en el que puso hasta la última onza de su fuerza. La conmoción de su enemigo por muy rápidamente que pasase, le dejó tiempo para golpearle de nuevo. Sintió que los fuertes músculos que sujetaban sus piernas se aflojaban un poco, y de un salto intentó ponerse en pie. La pistola estaba al alcance de su mano, pero no podía descuidar su guardia si se agachaba a cogerla. En vez de ello, dio una patada a la mano derecha de Mitsuka y vio cómo el arma saltaba a una yarda de distancia.

Estaba ya casi por completo en pie, cuando el japonés, apoyándose en ambos brazos, le atenazó la cintura con la tijera de piernas. Bedloe se tambaleó, perdió el equilibrio de nuevo y se vino a tierra. Sirviéndose como de una palanca de sus piernas, el japonés se le fue encima. La cabeza de Bedloe había chocado brutalmente contra el suelo, pero ni aun eso pudo hacerle perder el sentido. Su brazo derecho se movió como un martinete y encontró la oreja de Mitsuka. El golpe hubiera derribado inconscientemente a una persona cualquiera, pero su contrario lo encajó sin más que un

momentáneo retroceso.

Ello, no obstante, fue suficiente para que Bedloe cogiese una pierna del japonés y la retorciese dolorosamente, hasta hacer que el otro diese varias vueltas sobre sí mismo para librarse de la intolerable presión.

Bedloe no se hacía ilusiones. Sabía que su contrario era casi tan fuerte como él y conocía llaves de las que él no tenía idea siquiera. Como lograrse echarle una de esas llaves, estaría perdido. Por eso, hizo acopio de todas sus fuerzas, decidido a no perder ni una fracción de segundo. Tenía a Mitsuka tendido en el suelo, aunque aún sentía arrollada a su cintura la pierna izquierda del japonés. Contra esa pierna, echó todo su peso y sintió crujir la rótula. Inmediatamente, sin pausa ni respiro, su puño se estrelló contra el plexo solar de su contrario, ese golpe que derriba a un veterano boxeador y lo tiene diez minutos inconsciente.

Aún no había ganado. A través de una especie de niebla que empezaba a difuminar todo ante sus pupilas, vio cómo Glenda se apoderaba de la pistola y le pidió a Dios que la joven pudiera dispararla sobre Mitsuka. Pero no oyó ninguna detonación. Por el contrario, el cuerpo del japonés se distendió bruscamente como si estuviese compuesto por resortes de acero, y envió a Bedloe, trastabillando, hasta el otro extremo de la habitación.

Tom se sacudió el pelo que le caía sobre los ojos y esperó a Mitsuka, que ya se le venía encima, con los brazos separados del cuerpo y las manos abiertas. Bedloe le dirigió un puñetazo al rostro y el japonés lo evitó moviendo la cabeza. Un momento después intentaba coger al agente por la cintura.

No logró su propósito. En cambio, un nuevo golpe de Bedloe le alcanzó la mandíbula y lo derribó a tierra. No era el momento de andarse con sistemas caballerescos de lucha y Bedloe lo sabía. Se precipitó contra el japonés, pero éste había hecho rodar su cuerpo y el agente sólo encontró el suelo bajo su pecho y sus brazos. Sosteniéndose sobre el izquierdo, hizo un giro rapidísimo y logró frenar con su puño derecho la nueva acometida de su contrario.

Un momento después, ambos, agarrados fuertemente, rodaban por el suelo. Las manos del japonés se aferraron a la frente de Bedloe y le fueron torciendo lentamente la cabeza hacia atrás. Tom, espantado, se dio cuenta de que sus vértebras cervicales empezaban

a crujir y creyó que todo estaba terminando para él. La presión del otro le rompería el cuello si no lograba encontrar la manera de evitarlo. Lo logró; levantó la rodilla, la puso en contacto con el estómago del japonés y distendió la pierna con todas sus fuerzas. La intolerable presión que sufría su cabeza cesó por un instante, el tiempo justo que tardó en apartar completamente de sí a Mitsuka.

Bedloe se puso en pie como un gato y ambos se enfrentaron de nuevo. Pero ahora, el japonés parecía más cansado. Al menos así se podía creer por su postura. Estaba casi doblado y sus oscuros ojos habían perdido gran parte de su brillo. Había recibido golpes terribles y empezaba a acusarlos. No obstante, le quedaba aún acometividad de sobra.

Pero debió ser ese mismo cansancio el que le impidió esquivar el puñetazo de Bedloe. El golpe, un gancho al mentón, le levantó casi en el aire y lo derribó a tierra. Tom, jadeante, esperó un instante, nada más que el tiempo justo para recobrar el aliento. Dominando el silbido de sus oídos, oyó los disparos, pero le parecieron venir de muy lejos. También él se estaba agotando en aquella horrible lucha.

Mitsuka se levantó de nuevo y se precipitó sobre él, casi ciego. Tenía una ceja partida y de su boca manaba un hilillo de sangre. Dio un golpe a Bedloe en un brazo, y el agente sintió como si le hubiesen dado un balazo y roto el hueso. El efecto fue el mismo, pues el miembro pendió inerte. Además era su brazo derecho, aquél en que más fuerza tenía. Las manos del japonés se dirigieron hacia su garganta y se aferraron allí. Pero ya no eran tan atrocamente potentes aquellos dedos amarillos y largos.

Bedloe pegó una patada con toda su fuerza y alcanzó la espinilla de su contrario. Ese golpe de la savate, el boxeo francés es uno de los más dolorosos que existen, cuando lo aplica un hombre fuerte. El japonés se encogió sobre sí mismo y Bedloe tuvo tiempo de colocarle un «uppercut» en la mandíbula. La lucha acabó cuando Mitsuka Hori rodó por el suelo, perdido ya el sentido.

Bedloe se dejó caer de rodillas, casi ciego, buscando a su alrededor. Dos brazos —los de Glenda— le estrecharon un momento antes de que se desmayase.



¿POR QUÉ SE HA IMPUESTO LA COLECCIÓN

F. B. I.

*Porque es un género novelesco inédito
hasta ahora en el mundo entero.*

IX



LE pareció que sólo habían transcurrido pocos segundos desde que perdiera el conocimiento hasta que lo recobró, con la cabeza apoyada aún en la falda de la muchacha, y esta susurrándole al oído. Algo húmedo cayó sobre su mejilla y se dio cuenta de que Glenda estaba llorando.

—Aún no me he muerto —dijo, tratando de sonreír. Atrajo hacia sí la rubia cabeza y la besó en los labios. La joven se apretujó contra él—. Aparta un momento, nena. Aquellos disparos...

—Hace un minuto que han dejado de sonar —contestó ella, sonriéndole a través de las lágrimas.

—Vamos a ver —dirigió la vista hacia el japonés y vio que continuaba inconsciente—. Aún estará así algún tiempo —dijo.

Se levantó y se dirigió hacia la salida del pasadizo, sosteniendo fuertemente a la joven contra sí. Recorrieron el pasillo en toda su longitud y desembocaron en la antesala, justamente en el momento en que dos hombres de paisano, llevando ametralladoras en la mano, surgían desde la sala de calderas.

—¡Arriba las...! ¡Pero si es Tom! —gritó uno de ellos. Echó a correr y apresó La mano de Bedloe entre la suya derecha, peluda como la de un oso.

—¿Qué hay, Jim? Espera, mataron a Stan. Allí está.

Se dirigieron hacia el cuerpo del «Carnicero» que continuaba bloqueando la entrada del pasillo. Jim se inclinó sobre él. Y se llevaron la sorpresa mayor de su vida cuando vieron que los párpados de Katzinsky aleteaban levemente y se abrían por fin.

—¿Ganamos? —preguntó.

Tom se arrodilló a su lado. Con Glenda a su derecha.

—Ganamos, chico, ¿no es así, Jim?

—Claro. No ha quedado uno para contarlos. Bueno, tenemos dos prisioneros.

—Tres —corrigió Bedloe—. Yo tengo al hijo de Hori.

—¿De veras? —preguntó «el Carnicero» en voz baja—. Buenas noticias, chico —de pronto, un chorro de sangre le brotó de la boca y cayó a borbotones sobre la pechera de su camisa. Glenda apartó la vista horrorizada y Tom se puso en pie palideciendo. La estancia estaba llenándose rápidamente de hombres. Uno de ellos, con un maletín en la mano, se adelantó:

—¡Pronto! —gritó Tom—. ¡Hay que sacarlo de aquí, infiernos!

—No... —empezó Kat. Un nuevo golpe de sangre salió de entre sus labios.

El hombre del maletín se inclinó sobre él. Los ojos del «Carnicero» perdieron brillo y cerró los párpados.

—Adiós, Tommy. So... mos muy grandes.

Y la cabeza cayó sobre su pecho. Stan Katzinsky, llamado «el Carnicero», el hijo del refugiado polaco, había intervenido por última vez en una batalla.

Tom Bedloe se incorporó pálido, pero con el rostro sin expresión.

—Adiós, Stan —dijo—. El hombre que te mató irá a la silla eléctrica, o yo mismo acabaré con él.

Glenda se le cogió al brazo.

—¡No! —gritó—. ¡Tú no puedes hacer eso, Tom, no puedes!
Él la apartó y la miró un momento a los ojos.

—Lo dejaré para la silla eléctrica, nena. Pero eso es lo único que puedo concederte.

Y echó a andar hacia el pasillo. Jim y varios de sus hombres le siguieron. Bedloe llegó el primero a la habitación del «Sable» y echó una ojeada dentro. Se puso rígido.

—¡No entres, Glenda! —ordenó con voz ronca.

La joven quedó parada, como clavada al suelo. Jim, a su vez, echó una ojeada por la estancia y juró entre dientes.

Porque a los pies del Buda, con el medio cuerpo casi encima del estrado, yacía Mitsuka Hori. No hacía falta ver el reguero de sangre que corría por el suelo y que se mezclaba a la de los cinco japoneses que murieron al tratar de entrar, para saber que estaba muerto. Además, firmemente sujeto por la mano derecha de Mitsuka, estaba el sable de Taiko-Sama. Mitsuka se había hecho justicia por sí mismo. Aquella especie de altar estaba orientado al este, en dirección a su país, aquel país tan extraño en el que un hombre debe morir desgarrándose las entrañas si no triunfa en una misión que le fuera confiada.

Seguramente que la vista de aquella estancia hubiera colmado de alegría a Stan. Pues era lo más parecido a un matadero que jamás vio hombre alguno.

El auto se detuvo junto a la acera. Era un «Buick» de ocho cilindros, pero en realidad, su motor había sido cambiado, para conseguir mayor potencia. Del coche se apeó un hombre que miró a su alrededor con aire de impaciencia. Se hallaba ante un gran edificio de piedras grises e innumerables ventanas. Sobre la fachada, encima de la puerta, había una placa de pizarra en la que en letras doradas se leían las palabras «Instituto Orientalista de los Estados Unidos».

Una muchacha joven, tocada con un sombrerito deliciosamente absurdo y con un abrigo ligero, salió del edificio y se aproximó a él. El hombre se quitó el sombrero, cogió entre las suyas una mano de la muchacha y la retuvo más tiempo del que se acostumbra al saludar a alguien.

—Si no eres la chica más bonita de toda la ciudad ya pueden ir

emplumándome. ¿Alguna vez te lo dijeron?

—Muchas —repuso ella entrando en el auto y sentándose en el asiento de al lado del conductor. Thomas Bedloe puso en marcha el motor.

—¿Dónde vamos? Quisiera comer algo. Hay que celebrar el que sea portador de buenas noticias.

Brillaron los ojos de la joven.

—¡Por favor, dímelas!

—Todo a su tiempo. ¿Sabes, nena? Tenemos algunos tipos magníficos en el

F. B. I.

Ella sonrió con aire esperanzado.

—Sí, ya lo sé. Tú y... Stan.

Ambos guardaron silencio un momento.

—Stan «era» uno de ellos. Lo echaré de menos, mucho, te lo aseguro. Pero —se encogió de hombros y procuró sonreír, aunque sus ojos continuaban serios— lo que a él le ocurrió son gajes del oficio. No podemos nosotros elegir la clase de muerte que nos gustaría. Si te parece no hablaremos más de él.

—Entonces, dime las noticias.

—Verás. Teníamos en Tokio un agente llamado MacTavish. Si yo pudiese decir qué clase de hombres me gustaría que colaborasen conmigo, lo escogería a él. Se presentó en Kobe y...

—¿Kobe...? Allí está mi...

—¿Tu padre? Estaba, nena. MacTavish lo raptó delante mismo de las narices de unos cuantos japoneses. Hace poco que hemos recibido un mensaje. MacTavish sabiendo que la presencia de agentes del

F. B. I.

en un país extranjero no son tolerados, no tuvo miedo de perder su chapa y se mostró a los guardianes de tu padre con su verdadera filiación. Bueno, fue una odisea. Se lió a tiros, logró llevar a su padre a un coche y lo condujo, a riesgo de estrellarse, hasta la misma puerta de la Embajada de los Estados Unidos. Cuando llegaron allí, estaba muy malherido, pero se salió con la suya. Tu padre, nena, está en este momento bajo la salvaguardia de la bandera estrellada. Pero creo que MacTavish se está muriendo. Y si se salva probablemente no podrá volver al servicio activo. Ese tipo

es de los más hombres que me he echado a la cara.

—Lo siento —dijo la joven.

—No lo hagas. No tuvo más remedio que oponerse si quería salvar al profesor Rhys. Bueno, le tocó la mala. Igual podría ocurrirme a mí cualquier día.

La joven le puso una mano enguantada sobre el brazo. Bedloe se la acarició distraídamente.

—Tom —dijo ella de pronto—. Cuando estábamos en aquella horrible casa... Me dijiste que algún día... ¡Bueno, demonios!, ya sabes a lo que me refiero.

Hubo otra pausa. Bedloe miraba fijamente delante de él.

—¿Me has oído? —preguntó Glenda un poco intranquila.

—Te he oído. Mira Lo que le ocurrió a MacTavish y a Stan son cosas que le pueden pasar a cualquiera de nosotros. Sabiendo eso, ¿podrías casarte conmigo?

—¡Vaya! Si llegas a tardar un minuto más hubiese tenido que declararme yo. ¿No sientes vergüenza, Tom Bedloe? Creí que eras más atrevido. Stan me dijo que tenías un gran partido con las damas.

—Claro que sí. Me persiguen como si yo fuera un pastel de nata. Espero que no seas celosa, querida.

—No, siempre que se limiten a mirarte como a un pastel y no intenten comérselo.

Tom la besó y puso en marcha el auto.





ALF MANZ

nos remite la siguiente carta, traducida, con un original titulado:

CONTRA SCOTLAND YARD

«Mi distinguido editor y querido amigo:

»Recibi su carta y agradezco sus elogios a mi obra anterior EL COBARDE, y me emociona la calurosa acogida del público español, mi preferido por su cultura y buen gusto.

»Le remito ahora una novela muy distinta a las otras; es manía en mi variar no sólo de argumento y ambiente, sino hasta de estilo. Esta nueva obra se basa en hechos verídicos, de actualidad, y presenta como protagonistas a un jefe del Estado Mayor del F. B. I., encargado de buscar en Inglaterra a un hombre de ciencia que escapó de Estados Unidos con un secreto capaz de desencadenar la Tercera Guerra Mundial. El peligro de su misión se acrecienta porque ha de arrebatar la codiciada presa a los astutos detectives de la Sección Especial del Departamento de Investigación Criminal de Scotland Yard.

»Como siempre, la trama está impregnada de espíritu dramático, pues creo que todo argumento sin calor humano no es más que un tablado de marionetas...»

* *

LECTOR:

A EDITORIAL ROLLAN sólo le resta decirte:
El próximo número de nuestra ya famosa

COLECCION F. B. I.

se titula

CONTRA SCOTLAND YARD

escrita por **ALF MANZ**

NOTAS

[1] Katana: sable japonés. Es, por otra parte, emblema de caballeros.

< <